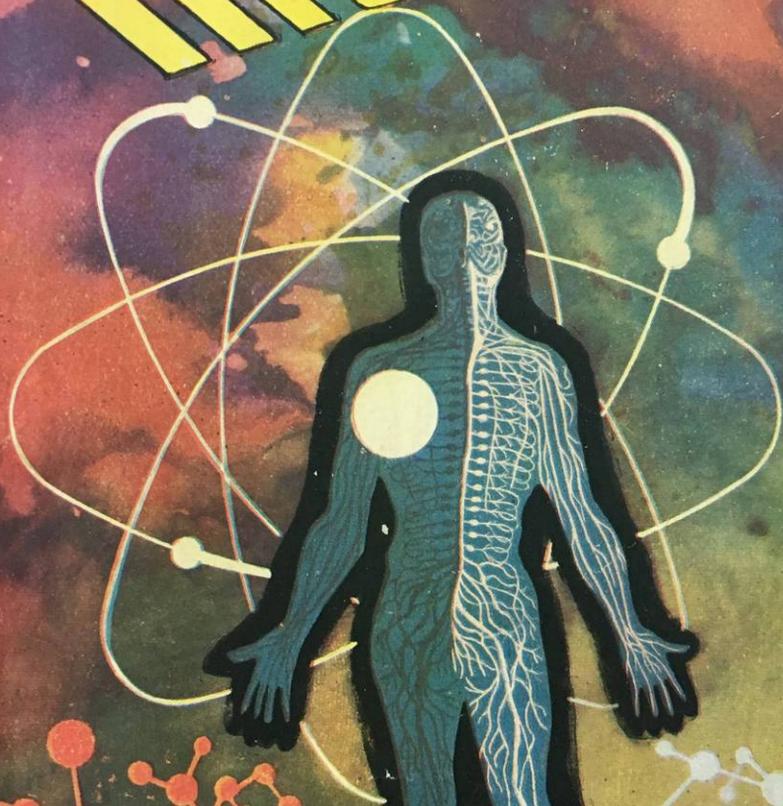


VOL. 4 N.º 48 JUNIO 1957

Mirada



REVISTA MENSUAL
de divulgación científica

58.-



SEPARADORA DE URANIO

Una de las primeras fotos oficiales de la construcción de una planta separadora de uranio en la Siberia Soviética. La fábrica se encuentra cerca de Irkutsk, y los ingenieros rusos esperan tenerla lista en el curso del presente año.

REVISTA MENSUAL
DE AVENTURAS
APASIONANTES EN
EL MUNDO DE LA
MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA PORTADA

por L. de la Torre

Seguramente quedan todavía por develar muchos misterios en la estructura del género humano.

sumario

Redacción y Administr.:
Editorial Abril S. A.
Avenida Alem 884,
Bv. As. Rep. Argentina

Industria Argentina
Imp. en Pabellón 3327

40

novela (conclusión)

EL DESPERTAR DE LAS MENTES,

por PAUL ANDERSON

Cualquier uso que le dieran a la inteligencia, sólo les permitiría comprender lo terrible de su propia posición

64

cuentos

EL RITO DE PASAJE, por CHAD OLIVER

Plantaron sólo una semilla muy pequeña en el joven amigo... una semilla que florecería lo suficiente para que él y sus hijos pudieran ser amigos en lugar de enemigos. ...

4

LA TERCERA MANO, por GEORGE P. MANN

Fueron juntos hasta su casa. Tomados del brazo, como en otros tiempos. Como si todo fuera a empezar otra vez

46

novedades cósmicas

PARA LOS PSICOLOGOS, EL ANIMAL MAS INTE-
LIGENTE ES EL GORILA

41

¿LA INTELIGENCIA SE MIDE POR EL PESO DEL
CEREBRO?

56

BANCO DE ORGANOS, por J. FOURNIÉRES ...

59

CUATRO AÑOS (Editorial)

2

se-
ta.

vo
es-
di-
a?
pe-
lay

tal)

ción
sal
p y
es-
li-
olu-
que
o de
iene
rista-
; la
de
fici-
500
e de-
prica
reac-
i re-
sal-
dirig.

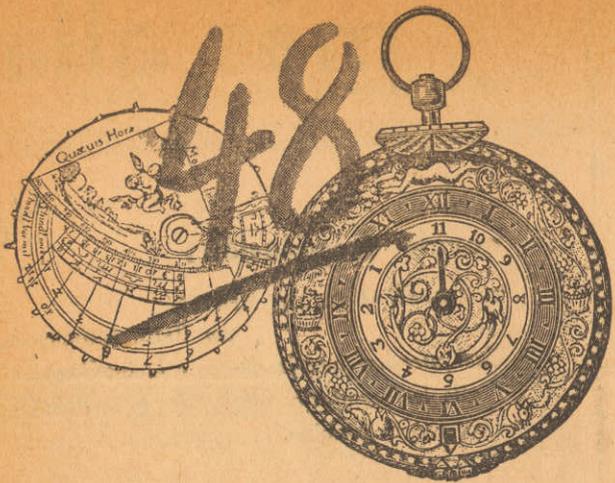
ale-
opera
e los
suce-
ambio
mos?
Lanús)

varia
especi-
a ace-
cultura.

GAR
4

IAL
923

ALLA



editorial

CON este número 48, MÁS ALLÁ cumple cuatro años. Es una de las formas más difundidas de la superstición la impresión de que cada doce meses un ciclo vital se cierra y concluye. Esto puede ser cierto para algunas plantas, animales, pero no en la existencia de los hombres, y, aun más, en la vida de una revista. Tanto más, tratándose de una revista como MÁS ALLÁ, que siempre ha rechazado todos los prejuicios y todo lo aceptado generalmente, y que considera el presente sólo como un instante fugitivo entre un pasado que nos condiciona y un futuro que ambicionamos amoldar a nuestro gusto.

Sin embargo, este cuarto aniversario asume para nosotros, editores y lectores de MÁS ALLÁ, un significado muy especial y un poco triste. En efecto, este número 48 es el último que se publica. La razón de este alejamiento, que deseamos sea temporal, de un público

CUATRO AÑOS

que nos ha seguido y alentado con verdadero entusiasmo y que de mil maneras nos ha demostrado su interés y su apoyo, es sencilla, y con toda claridad y honestidad la expresamos a nuestros lectores.

MÁS ALLÁ es una revista única y de excepción: no se dirige al gran público sino a un sector intelectual y espiritualmente privilegiado. El nivel de lo publicado limita el número de sus lectores a una élite relativamente restringida. Y su publicación resultaría económicamente justificada sólo si el número de lectores pudiera ser aumentado de manera muy considerable, lo que no es dable esperar que ocurra en un plazo suficientemente corto.

La alternativa hubiera sido una reducción de calidad y de costos: pero, para nosotros, esto hubiera sido igual a una estafa o a un insulto que los lectores no merecen ni habrían aceptado,

y que repugna a nuestra conciencia. Volveremos a nuestros lectores cuando, en nuestra opinión, el interés por la f. c. haya llegado a un punto más alto que el actual: y ojalá ese momento no esté demasiado lejos.

MÁS ALLÁ considera haber cumplido con una misión pionera y necesaria, estimulando intelectualmente a la nueva generación, apasionándola en los problemas del porvenir. MÁS ALLÁ les ha abierto nuevos e infinitos horizontes, ha agrandado sus dimensiones mentales, ha dirigido hacia el mundo encantado de la ciencia y de la fantasía su afán de conocimiento y su inquietud de progreso.

MÁS ALLÁ, su director y sus redactores, se despiden de sus amigos lectores; y lo hacen con verdadera emoción, un poco de amargura y con la promesa de volver a encontrarse lo más pronto posible.



LA astronave se llamaba Juárez. Afuera, todo marchaba perfectamente. Una diminuta burbuja blanca de fuego jugueteaba entre los retropropulsores de popa, y el Juárez, a cien años-luz de distancia del planeta Tierra, avanzaba airosamente a través del sistema de Carinae.

Adentro, todo era diferente. El Juárez estaba completamente muerto. Alguien, de algún modo, había corrido en exceso el albur con un germen, en uno de los planetas exteriores. Quizá hubiese estado apresurado, quizás hubiese sido

El Rito de Pasaje

un olvido, quizás hubiese sido simplemente una de esas cosas que solían ocurrir.

Ahora, en realidad, nada de eso importaba ya.

El Juárez llevaba una tripulación de cincuenta y cuatro personas. Seis aún estaban vivas. De estas seis, tres estaban agonizando a ojos vistas.

Y estaban lejos, muy lejos de la Tierra.

Martin Ashley se secó el sudor frío

de las palmas de las manos. Luego, le alcanzó al doctor un vaso de agua.

—Sírvese, Doc —dijo en voz baja.

El Doc Slonsky hizo un esfuerzo y logró dominar el temblor de sus miembros por un momento, lo suficiente como para arrojar el agua contra la pared en un gesto de supremo desprecio.

—Un hombre agonizante te pide un trago —dijo ácidamente—, y tú le traes agua. Ya te lo he dicho, Martin: no hay tiempo para bromas. Ya no más. —El temblor cesó, y unas gotas de sudor incoloro brotaron de su frente. —Tráeme un trago, te digo.

Martin Ashley atravesó vacilante la cámara débilmente iluminada, pasó con cuidado entre dos figuras silenciosas y ensabanadas, y tomó una botella semivacia de whisky que estaba sobre una mesa. Sabía que eso ya no podía hacer daño alguno. Cuando llegaban a esa etapa, nada influía ya en lo más mínimo. Volvió junto al doctor, llenó un vaso y se lo alcanzó. Slonsky lo vació de un trago prodigioso, tuvo un violento estremecimiento y luego se las compuso para incorporarse sobre un codo.

—Whisky —dijo amargamente el hombrecillo—, a un hombre agonizante le das whisky.

—Usted no está agonizando, Doc —repuso Martin, colocando un almohadón para que se apoyara—. Usted es indestructible.

—Basura —gruñó el doctor, dejando caer el vaso al suelo y tomando en cambio la botella—. Muchos hombres han sido indestructibles... César, Aníbal, Barba Azul. ¿Y dónde están ahora? Muertos, todos muertos —Se llevó la botella a los labios y tomó un prolongado sorbo.

—Se recobrará, Doc —mintió Martin—. Usted no está igual que los otros, no tiene siquiera lo mismo, ya ve, y...

—Martin.

La cámara estaba muy silenciosa al

rededor de ellos. Nadie habla en un cementerio —pensó Martin fríamente—. Nadie sino el cuidador.

Slonsky dejó caer hacia atrás la cabeza, y Martin tomó la botella de su mano inerte. El doctor cerró los ojos, como si el esfuerzo de mantenerlos abiertos fuera demasiado para él.

—Martin —volvió a murmurar con voz muy débil.

—Sí, Doc...

—Mira, Martin... Gallen tiene una oración para salir del aprieto. Pasó la crisis hace horas, y aún sigue vivo. Tiene una posibilidad. Tú pareces ser inmune: debe ser porque has llevado una mala vida, aunque ese particular remedio no dió resultado en mi caso. Ese muchacho Chavez tampoco cayó en ningún momento. Son tres, entonces... o dos con toda seguridad. Sería mejor que sacaras al resto de nosotros fuera de la nave, Martin...

—Vamos, Doc...

—Dame un trago, Martin.

Martin Ashley puso la botella en la mano de Slonsky, pero la mano no respondió. Estaba muy quieta. Los ojos del Doc Slonsky se abrieron por última vez, sin ver, y Martin corrió la sábana para cubrirle el rostro.

Estaba solo nuevamente.

—Buena suerte, Doc —dijo.

Cruzó lentamente la cámara silenciosa, sin pensar en nada. Había visto lo mismo demasiadas veces. Estaba aturdido. Tomó también él un trago de la botella, muy lejos ya de la etapa en que le preocupaban las precauciones sanitarias. Si no la tenía todavía, ya no se la pescaría más, y quizá también eso no fuera precisamente lo mejor. El whisky le ardió un poco en el estómago, pero no logró calentarlo. Puso la botella sobre una mesa y la dejó allí.

Salió al corredor y cerró la puerta tras de sí. Se quedó inmóvil durante un largo minuto, escuchando el débil zumbido vibrante de los insensibles ge-

neradores atómicos, y luego echó a andar por el desierto pasadizo, sin saber a ciencia cierta dónde iba o por qué.

COMO hiciera muchas otras veces, cuando se sentía confuso, o simplemente demasiado solo, fué a ver a Carol. La había llevado a su habitación hacía ya mucho tiempo, cuando quedaba aún alguna esperanza, y allí se dirigió ahora, necesitando una palabra, una mirada, cualquier cosa.

No pudo obtenerlo.

Su pelo rubio estaba inanimado sobre la almohada, y un brazo delgado pendía al costado del lecho, balanceándose levemente con las vibraciones de la nave. No tenía pintura, como de costumbre, y sus ojos azules estaban cerrados. Aún seguía respirando, muy débilmente.

Martin Ashley se quedó mirándola, durante largo rato. Recordaba. Más que todo, recordaba las charlas interminables que habían mantenido, y las risas, mientras la mayoría de los del Juárez dormía. Carol formaba parte del personal de navegantes, y Martin siempre la había considerado una mujer potencialmente hermosa. Podía haber sido hermosa, y aún más, pero ella no se lo permitía. Hacía mucho tiempo que perdiera al hombre que amaba, y Martin nunca había podido ocupar su lugar. Sólo la había besado una vez, y jamás volvió a hacer la prueba.

Pero había existido una estrecha intimidad entre ellos. Se habían comprendido mutuamente, y lo necesitaban. Había tratado de animarse el uno al otro cuando estaban deprimidos, y cuando ambos se sentían bien pasaban momentos muy alegres. Los dos sabían que quizás algún día...

Pues bien, ese día ya no llegaría. Tal vez no habría llegado jamás, de todos modos, pero a ambos les gustaba pensar que así sería.

Nada había ahora que pudiese decir-

le a Carol. La dejó donde estaba, porque no podía velar, y salió nuevamente al corredor desierto.

MARTIN Ashley necesitaba vida. Necesitaba ver alguna cosa viva, así fuera un perro, o un pez o una planta siquiera. El Juárez era como una tumba. Era una tumba.

Marchó a través de los pasillos hacia la cámara del primer oficial, escuchando el golpeteo y el eco de sus pasos en el piso de metal. Mucho antes de llegar, oyó los sollozos que llenaban el corredor.

Ese debía ser Bob Chávez, el hijo del primer oficial. Probablemente, eso significaba que el viejo Alberto Chávez había muerto. Sonrió un poco, tristemente. Al Chávez sólo tenía cincuenta y cinco años, o sea apenas veinte más que él, pero a esa edad ya era viejo para el espacio. Se sorprendió deseando que Al hubiese podido salir del paso, en lugar de su hijo. Ni siquiera se sintió disgustado consigo mismo por la idea: había superado ya tales inquietudes. No se trataba de que Bob no fuese bueno, desde luego, sino simplemente que quizá no fuera lo suficientemente bueno.

Golpeó a la puerta.

—Vamos, Bob, abre —dijo.

El sollozo fué bruscamente reprimido. Pero su llamada no obtuvo respuesta.

—Vamos, Bob —repitió con voz monótona—. Tenemos mucho que hacer.

Al cabo, la puerta se abrió. Robert Chávez tenía veintidós años, y era moreno y apuesto a la manera clásica. Sus ojos estaban enrojecidos ahora, y Martin reflexionó vagamente que era la primera vez que lo veía despeinado.

—Déjame tranquilo —dijo el muchacho—. Márchate.

Martin sintió pena por él, tanto como podía sentirla por cualquier otro ese día, pero era evidente que de nada serviría dejar a Bob solo allí con su padre.

—Nosotros somos los únicos que quedamos, Bob —dijo pausadamente—, a menos que cuentes también a Gallen. Ya sé cómo te sientes, pero eso a nada conduce. Tenemos unas doce horas a lo sumo para poner en órbita la nave y escoger un planeta. Necesito tu ayuda.

—No me importa un ardite —dijo Chávez—. Nada me importa ya en lo más mínimo.

Empezó a cerrar la puerta, pero Martín había puesto el pie y se lo impidió.

—No es nada fácil crecer tan de prisa —dijo—, pero tú tienes que hacerlo. Ahora me voy a la sala de control, y te doy quince minutos. Mira bien a tu padre, y piensa cuál es tu deber. Yo me marcho, y si tú quieres o no venir conmigo, es asunto tuyo.

Dió media vuelta y se alejó. Tenía que ser Bob —pensó—. Tenía que ser precisamente él.

Se dirigió hacia la sala de control, sonriendo amargamente.

Cincuenta y un muertos y tres sobrevivientes.

HABIAN colocado un catre para Gallen en la sala de control, cerca de su equipo de radio, por las dudas. Cuando Martín Ashley entró y se sentó junto a él, abrió los ojos y haciendo un esfuerzo alzó dos dedos formando una irónica V de la Victoria.

—Hombre —murmuró—, todavía estoy vivo. ¿Qué te parece?

—Magnífico, Ernie —repuso Martín—. ¿Cómo te sientes?

—Como los gusanos que no han de tenerme. Me temo que voy a vivir.

—Es lo mejor que puedes hacer.

—¿Quién más queda, Mart?

—El chico. Punto. Gallen suspiró.

—En ese caso —dijo—, supongo que no vacilarás en tomar un arma y meterme una bala en los sesos, y yo me iré brincando feliz y contento a ocu-

par mi lugar en la corte celestial. No vale la pena prolongar la agonía.

Martín Ashley miró al hombre tendido en el catre, tasando mentalmente lo que sabía de él. Ernie Gallen tenía alrededor de cuarenta años, ojos castaños, pelo rubio, y era bajo y algo rechoncho. De carácter taciturno, solía mostrarse más alegre y animoso cuando peor marchaban las cosas. Era —o había sido— el radioexperto del Juárez, y en otros terrenos tenía tendencia a encarar los problemas con lo que suele llamarse “sentido común”. Además de éste, tenía también el del humor. A Ashley le gustaba el hombre, lo cual ya era mucho. Desde un punto de vista puramente objetivo, Ernie podía ser un buen tipo para tener de compañero. O podía no serlo.

Eso dependería exclusivamente de las circunstancias en que se hallaran.

—Al diablo con la noticia —dijo Gallen, cambiando de posición en el catre—. Dos tipos se quedan solos para guiar una espacionave en el medio de la nada: un antropólogo y un radiobichólogo. Agréguese un mocoso que lo sabe todo, ¿y qué se saca en limpio de todo eso?

—No mucho —admitió Martín Ashley—. Ni siquiera lo necesario, por cierto.

Alrededor de ellos, la sala de control estaba en silencio, a excepción del golpeteo o zumbido ocasional del equipo automático. Los pequeños ruidos servían de contrapunto mecánico a la calma sin sonidos del vacío. El gran visor destellaba aún sus imágenes. El calculador ronroneaba diligente. Los diales presentaban sus datos con absoluta despreocupación, y el iluminado panel de control se hallaba pronto para funcionar.

Pero la nave estaba muerta. Su corazón y su cerebro y su espíritu no trabajaban. Estaban extendidos en filas, con los rostros cubiertos con sábanas.

Estaban helados. La nave era un cadáver... muy bonito por afuera, sí, y con todos los órganos aún en su lugar, pero incapaz de pensamiento o acción algunos. Seguía andando como un bólido, pero no estaba vivo.

¿Y los tres que aún vivían? Martín Ashley sonrió. Una glándula tiroides en actividad... el muchacho. Una laringe y un velo del paladar, Ernie. ¿Y él?

Un trocito de médula espinal, quizá. Y, sin duda, un toquecillo de ego latría. No iba a ser un cadáver muy animado, por cierto.

—¿Qué podemos hacer, Mart?

—La radio está funcionando, supongo.

Ernie Gallen se encogió de hombros todo lo que le permitió su posición.

—No pasará otra nave de la Tierra por esta ruta en unos cuantos millones de horas —dijo—. Quizá pudiera haber alguna nave extranjera, más o menos dentro del mismo período de tiempo. Hasta entonces, podemos charlar con la estática estelar. No se recibe absolutamente nada.

Martín Ashley sonrió con una mueca, apartando con toda deliberación su mente de quienes habían sido sus amigos, distribuidos ahora en blancas filas a todo lo largo del Juárez. Sus amigos y Carol, que habían sido algo más que eso. Con un suspiro, dijo:

—La solución es obvia. No podemos hacer otra cosa que sentarnos y aguardar alguna mutación que nos convierta en superhombres. Es de suponer que desde ese momento el problema será coser y cantar. Muy bonito, ¿no?

Ernie Gallen lanzó un gemido.

—En realidad, sólo hay una alternativa —agregó lentamente Ashley.

—Ya es una más que lo que se puede ver desde aquí —repuso Ernie—. Adelante con ella.

—Pues bien, examinemos la situación. Estamos a cien años luz de la

Tierra, y nosotros tres no podemos formar una tripulación adecuada para el Juárez. Si tres hombres —y aun tres especialistas— pudieran manejar esta jaula, enviarían sólo tres en lugar de cincuenta y cuatro. Quizá podamos arreglarnos para efectuar algún tipo de maniobra muy simple y elemental a baja velocidad, pero tratar de gobernar este monstruo a marcha forzada sería suicida. ¿Estás de acuerdo conmigo hasta ahora?

—Sin discusión —convino Gallen—. ¿Pero tú hablaste de una alternativa?...

—Es una manera de decirlo. Estamos de acuerdo en que no podemos sacar esta nave del sistema de Carinae; muy bien. Y parece que también estamos de acuerdo sobre ese desagradable punto de que no hay prácticamente posibilidad alguna de ser recogidos antes de llegar a una edad demasiado senil para que nos importe. ¿Qué nos queda, pues?

Gallen ensayó volver a encogerse de hombros, y Ashley advirtió alarmado que el esfuerzo de la conversación estaba empezando a fatigar a su ya debilitado compañero. Cuando hablaba de tres hombres, aun eso era en parte una exageración.

—He aquí como yo veo las cosas, entonces —dijo lentamente—. O bien podemos terminar nuestras vidas en el Juárez, dando vueltas y mirándonos uno a otro hasta reventar, o bien meternos en la chalupa, escoger un planeta y bajar a vivir de alguna manera allí... o hacer la prueba, por lo menos. Aquí hay otro pequeño detalle para nuestra colección: me imagino que si no ponemos al Juárez en órbita dentro de muy pocas horas, saldremos del sistema al espacio abierto... y no sé si entonces podremos retroceder o no.

Ernie Gallen se limitó a mirarlo, sin pronunciar palabra.

—Si encontramos un planeta donde vivir — y el examen mostró varias po-

sibilidades en ese sentido— podemos poner al Juárez en su órbita, y bajar con la chalupa. De ese modo, siempre estaremos en condiciones de volver si las cosas se ponen muy feas. También podemos radiar un mensaje en onda permanente, diciendo quienes somos y dónde estamos, para el caso de que otra nave se cruzara en nuestro camino. Esa es la única posibilidad que veo para nosotros, Ernie. No sé qué piensas tú, pero yo tengo sólo una vida, según las mejores informaciones disponibles, y no quiero vivirla en este ataúd. Quiero tener un poco de hierba bajo los pies y un poco de aire sobre la cabeza. Quiero tener una chance de ser un ser humano, y no un animal flotando por el espacio en una jaula hasta el fin del mundo. Y perdona el discurso.

La sala de control estaba perdida en el vacío, con furtivos zumbidos y golpeteos parlotando en la inmensidad.

¿QUÉ hay allí abajo, Mart? —preguntó finalmente Ernie Gallen. Martín Ashley se encogió de hombros.

—Tu conjetura es tan buena como la mía. No hemos podido captar ondas radiodifundidas de ninguna clase, y nada tampoco se recibe en los detectores de energía. Eso puede significar que no hay nada por allí, o quizás que hay algo que no ha alcanzado la Cuarta Etapa de tecnología, o bien que nos encontraremos ante algo tan distinto que nunca podremos entender. Elige tú.

—No tienes mucho de agente de propaganda —observó Gallen, sonriendo débilmente.

Martin Ashley abarcó en un ademán el vacío de acero que los rodeaba.

—Yo sé lo que hay aquí —dijo con calma, y esos datos son suficientes para mí. Me marchó. Si crees que tus posibilidades son mejores en el Juárez, probablemente tengas razón. Pero eso no reza conmigo, Ernie.

—Ni conmigo, tampoco, Mart —repuso Gallen en voz baja—. Tendrás que llevarme, entonces.

Luego se quedaron callados, sintiendo la muerte que flotaba alrededor de ellos por todo el Juárez. El silencio fué roto con sobrecogedora brusquedad por un ruido furtivo procedente de la puerta de la sala de control, casi seguro de ver un cadáver caminando.

Bob Chávez se hallaba en la entrada, con el rostro muy pálido y los ojos muy brillantes. Estaba respirando agitadamente. *

—Están todos muertos —dijo con voz tensa y aguda—. Todos muertos menos nosotros. ¿Qué va a ser de nosotros?

El silencio persistió.

—Esa sí que es una buena pregunta —dijo finalmente Martin Ashley.

CUATRO “días” más tarde.

La chalupa del Juárez atavesaba dificultosamente el espacio desierto en dirección al globo verdeazulado que era cuarto planeta del sistema de Carinae. Era una espacionave diminuta, diseñada para efectuar breves viajes de la nave madre a los planetas donde llegaban, y estaba a la sazón fuera de su ámbito normal de desplazamiento: era como un pececillo de soleados bajíos, atrapado en el centro de un oscuro mar, descendiendo más y más y más...

¿Hacia dónde?

Martin Ashley, amarrado junto a Ernie Gallen, no apartaba los ojos de Bob Chávez, sentado a los controles. Ni siquiera miraba la absorbente inmensidad que los aguardaba fuera del protector de cristal plástico. Pero la sentía: un sol amarillo y ardiente, un millón de estrellas, una vastedad inimaginable. Era una medida del infinito que reducía al hombre a su exacta dimensión. Era un espejo en el que cada uno veía reflejada una imagen

genuina y despiadada de sí mismo.

Mirar el espacio desde una pequeña astronave no era una experiencia muy agradable.

—Prueba la radioonda, Ernie —dijo Martin—. Está demasiado tranquilo aquí, con retropropulsores o sin ellos. Ernie asintió. Aún se sentía débil, pero mucho mejor que antes, y sus ojos castaños estaban despejados.

—Tú no quieres otra cosa que oírte a ti mismo, Mart —dijo, al tiempo que conectaba el radio de la chalupa.

La voz de Martin Ashley llegó desde el espacio.

Era una perma-grabación, procedente del transmisor del Juárez. Este se hallaba a la sazón en la órbita del cuarto planeta, recorriendo un largo y silencioso camino a través del vacío que fuera su hogar. No había señal alguna de vida a bordo del Juárez en sombras, y el único sonido era el de las palabras de Ashley fluyendo continuamente hacia lo desconocido:

TRANSMITE EL JUAREZ. ESPACIONAVE DE RECONOCIMIENTO DE LA TIERRA. VEINTE DE SEPTIEMBRE DE DOS MIL SESENTA Y SIETE. ENFERMEDAD DESCONOCIDA HA CAUSADO LA MUERTE DE CINCUENTA Y UNA PERSONAS EN UNA TRIPULACION DE CINCUENTA Y CUATRO. LAS TRES RESTANTES SE HAN EMBARCADO EN LA CHALUPA HACIA EL CUARTO PLANETA DEL SISTEMA DE CARINAE. LAS CONDICIONES DE ESTE SON DESCONOCIDAS. SE MANTENDRA CONTACTO CON EL RADIO DE LA CHALUPA. LOS SOBREVIVIENTES SON ERNEST GALLEN, RADIO-OPERADOR; ROBERT CHAVEZ, APRENDIZ DE PILOTO; MARTIN ASHLEY, ANTROPOLOGO. FELIZ NAVIDAD A TODOS, Y A TODOS BUENAS NOCHES. TRANSMITE EL JUAREZ. ESPACIONAVE DE RECONOCIMIENTO DE LA TIERRA. VEINTE DE SEPTIEMBRE DE DOS MIL SESENTA Y SIETE. ENFERMEDAD DESCONOCIDA...

Martin Ashley cerró los ojos, recordando.

Recordó la expulsión de cincuenta y un cuerpos al espacio.

Recordó la pesadilla de poner en órbita al pesado Juárez.

Recordó a Carol.

Recordó la Tierra... a cien años luz de allí.

—Es suficiente —dijo—. Córdala ya.

Estaban solos nuevamente; solos con el apagado alarido de los retropropulsores y los susurros de un infinito mar.

Frente a ellos, aguardando, se hallaba Carinae IV. Sólo un nombre para ellos ahora, un nombre y una esfera verde y azul: todo un mundo, completamente desconocido.

Y tres hombres tendrían que llamarlo su hogar.

Bob Chávez, rígido y pálido el rostro, cuando estaban a cinco millas de la superficie. Manióbró cautelosamente la pequeña nave hasta colocarla a una altura autocontrolable de una milla. La chalupa siseó al atravesar la atmósfera de Carinae perdiendo velocidad.

El equipo portátil de reconocimiento del Juárez estaba en acción, pero todos miraron igualmente hacia abajo.

Vieron grandes regiones boscosas, de un castaño suave bajo el sol amarillo. Vieron campos verdes y lozanos, ondulando en busca del horizonte. Vieron lagos de esmeralda y corruscantes arroyuelos que entretejían telarañas a través del territorio.

Y aparecieron luego cadenas de montañas azul oscuro, con sus picos espolvoreados de nubes, ante las cuales la chalupa hubo de ascender bruscamente para pasar. Y un desierto grisáceo, atravesado por resecos desfiladeros y trémulo de movedizas arenas. Y una faja de denso verdor...

Y luego el mar. Un mar enorme, verde translúcido y veteado con la espuma blanca de las largas olas agitadas. Un mar que parecía prolongarse sin fin, ininterrumpido a excepción de periódicos afloramientos de islas de coral, ligeramente salpicadas de verde. Un mar que se extendía más y más, agitándose caprichosamente, hasta perderse en la oscuridad.

La chalupa atravesó como un re-

lámpago el hemisferio nocturno, haciendo trizas con su agudo alarido la quietud del aire desierto. Los tres hombres permanecían en silencio, escuchando el equipo portátil de reconocimiento que golpeaba y zumbaba al recoger e integrar datos de los rayos registrados, radiaciones térmicas y movimientos índices, correlacionándolos en aproximados esquemas ecológicos.

Martin Ashley ya había visto lo suficiente como para confirmar los exámenes preliminares a distancia, efectuados por el Juárez cuando entraron en el sistema de Carinae.

No había allí ciudades, ni grandes concentraciones de ninguna clase. No había industria perceptible. No había radio, ni energía, ni tecnología que pudiese ser registrada por los ultrasensibles detectores.

Pero todos ellos habían visto una cosa que el examen a distancia pasara por alto. Una cosa que señalaba toda la diferencia del mundo. *Hombres.*

El planeta estaba ocupado.

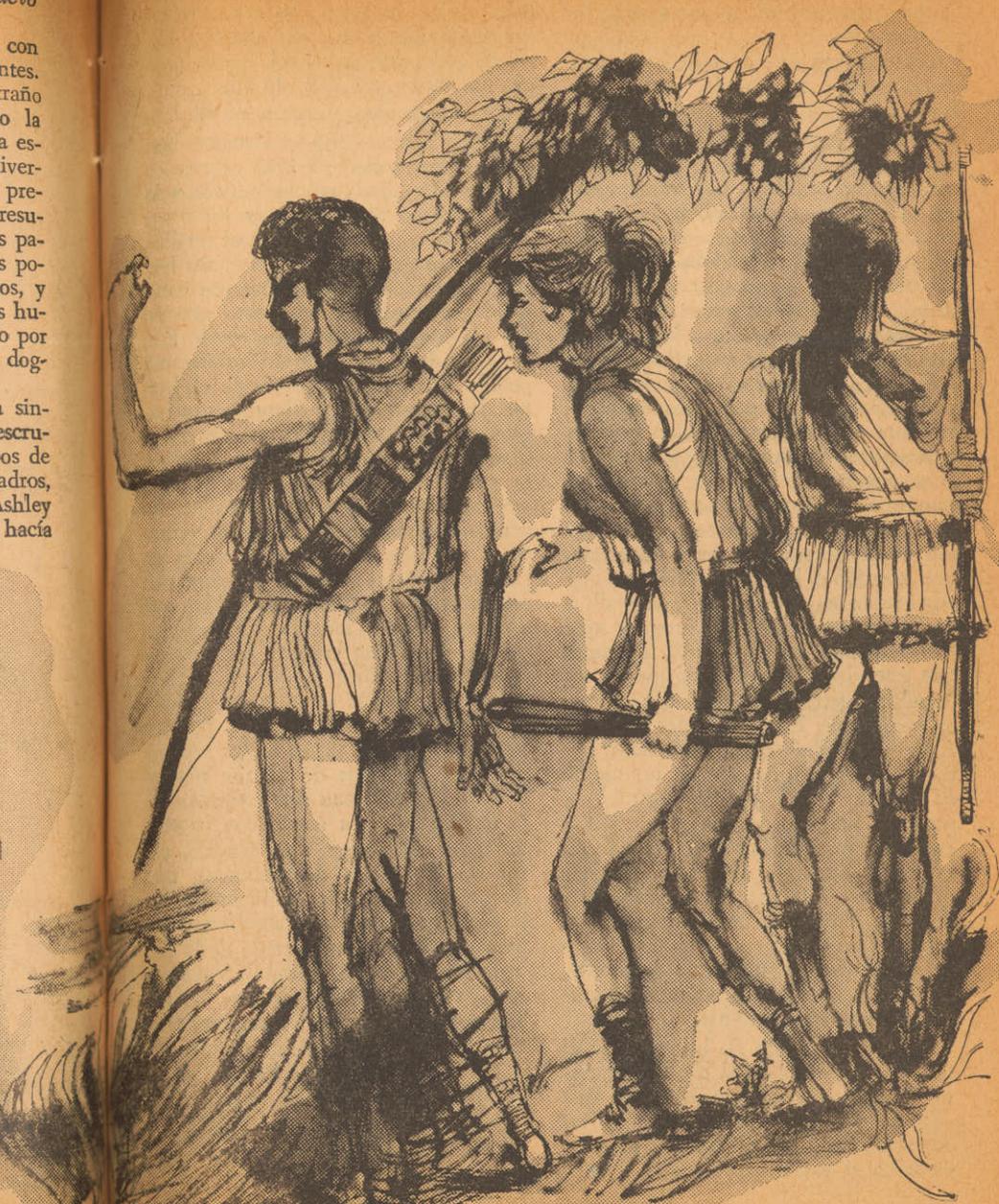
LA chalupa seguía su viaje alrededor de Carinae IV.

Martin Ashley encendió su pipa y trató de abrirse camino a través de los datos del reconocimiento, a los que agregó los resultantes de sus propias observaciones y experiencias. Sus ojos verdes estaban inyectados de sangre, y se mantenía sólo gracias a una intensa excitación nerviosa. Estaba deshecho de cansancio, pero había una pregunta a la que tenía que contestar. La leyó en los ojos de sus dos compañeros:

¿Qué clase de mundo es este nuevo hogar donde vamos a vivir?

Respiró hondamente y aseguró con más firmeza la pipa entre los dientes. Volvió a mirar hacia ese mundo extraño que se deslizaba velozmente bajo la chalupa, y que mostraba ahora una espesa selva, y se sintió vagamente divertido por lo que consideraba una presunción de su parte al tratar de resumir todo un planeta en unas pocas palabras bien escogidas. Los planetas podían ser en sí, bastantes engañosos, y cuando estaban habitados por seres humanos tenía que ser muy temerario por cierto el observador que predijera dogmáticamente cómo eran.

Los seres humanos tenían una singular tendencia a mantenerse inescrutables, a pesar de todos los equipos de reconocimiento y observación, cuadros, cifras y analizadores. Martin Ashley había llegado a la conclusión, hacía



bastante tiempo, de que era muy posible que precisamente por eso fueran seres humanos.

No obstante eso, decidió hacer una tentativa. Era su trabajo, después de todo.

—Parece bastante bueno —dijo lentamente, sopesando las palabras—, y creo que no tenemos inconvenientes si nos conducimos como es debido al descender. Pero es necesario que los prevenga de algo, que tendrán que recordar si quieren permanecer vivos allí abajo: todo lo que yo pueda decirles en este momento se refiere a lo que este planeta parece en la superficie. Ustedes dos ya han andado zarandeándose lo suficiente en naves de reconocimiento como para saber muy bien que las indicaciones de superficie pueden ser muy engañosas. Hay un ejemplo al caso que quisiera que se metan bien en la cabeza: imagínense ustedes que son unos observadores extraplanetarios que han ido a la Tierra. Digamos que descienden en una playa, y ven allí a un viejito con ganas de bromear que está tomando sol en shorts. Digamos que este viejito bromista es uno de los "cerebros" terráqueos, que se ha tomado vacaciones. El que ustedes quieran: Aristóteles, Shakespeare, Einstein, Retokín. Todo lo que ven es un viejito en shorts. Quizá parezca estúpido y senil. ¿Cómo van ustedes a evaluar a este hombre, sólo con verlo tendido en la playa tomando sol? Las primeras impresiones que ustedes reciban pueden ser muy pero muy erróneas... y si ustedes tratan a nuestro hipotético pajarraco como a un patán ignorante, es muy posible que amanezcan muertos a la mañana siguiente.

Exhaló un anillo de humo hacia el tablero de control de la chalupa, y trató de apreciar cuál era el efecto que estaban causando sus palabras. Difícil determinarlo. Era tan fácil dar un paso en falso al establecer contacto, que a

veces había que tomar las precauciones más fantásticas. Y si se equivocaban en sus conjeturas acerca del Carinae IV, no se podía contar con el Juárez para que los sacara con bien de allí.

Era estrictamente asunto de ellos.

—Pues bien —dijo—. Ustedes han estado observando lo mismo que yo, y no creo que pueda agregar mucho a lo que ya han visto. Aparentemente, y hasta donde puede alcanzar el análisis del equipo de reconocimiento, no hay allí abajo nada tecnológicamente complejo. La atmósfera y aspecto general del planeta son excelentes, desde luego, pues de lo contrario no hubiésemos podido llegar hasta aquí desde el Juárez. El planeta está evidentemente habitado, y sin duda alguna por seres humanos. Por lo que he podido apreciar, la gente está bastante dispersa: han podido ustedes ver habitantes en las zonas boscosas, en las llanuras, y hasta en las islas de coral que había en ese gran océano. Hay sin embargo una cosa muy curiosa, y aún no sé bien qué deducir de ello: toda la gente que vi parece tener una cultura material relativamente uniforme. No vi un solo grupo practicando un tipo de agricultura realmente avanzado, pero, por otra parte, tampoco vi ninguno sin sembrados bien definidos de alguna naturaleza. Si los datos han sido correctamente analizados, esos sembrados parecen ser todos del mismo tipo general, con variedades locales determinadas para diferentes condiciones ambientales. Eso puede ser, o bien muy significativo, o bien simplemente un detalle de la ecología planetaria... pero, de cualquier modo vale la pena tenerlo en cuenta. Todos los grupos que vi parecen practicar una economía mixta: un poco de pesca y caza junto con la recolección de frutos. El grupo más nutrido que ubicamos se componía de alrededor de unos cien individuos: no hay, por consiguiente, concentraciones de pobla-

ción realmente grandes. Las habitaciones típicas parecen toscas pero adecuadas. No hay en absoluto armas mecánicas, de modo que supongo que esta gente debe utilizar o bien una lanza, o bien arco y flechas, según el desarrollo que hayan alcanzado. Así es más o menos como lo veo yo. Un nivel de desarrollo cultural bastante primitivo, según lo que puedo apreciar desde aquí, con sólo un rasgo desconcertante: la cultura parece de una sorprendente uniformidad en todo el planeta. Esto es realmente asombroso, si se considera que tienen aparentemente pocos o ningún medio de comunicación a larga distancia. No puedo explicarlo. ¿A ustedes se les ocurre algo?

—No es mi especialidad, Mart —repuso Ernie Gallen encogiéndose de hombros—. Quizá sigan todos la misma rutina.

—¿Telépatas? —sugirió Bob Chávez. Martin Ashley dió una larga chupada a su pipa.

—Esperemos que no —dijo—. Aprender un lenguaje telepático es el trabajo más difícil que hay, especialmente cuando uno no tiene las condiciones necesarias.

—En cierto modo, eso viene a simplificar las cosas... la cultura uniforme, quiero decir —expresó Gallen—. Por lo menos, no se presenta el problema de escoger el grupo más adecuado para instalarnos. Como son todos iguales, con echar una moneda al aire está arreglado.

—No olvidemos al señor Einstein en la playa —advirtió Ashley. Estaba sinceramente preocupado, pero de nada serviría inquietar ahora a sus compañeros—. Pero Ernie tiene razón...; creo que podríamos decidimos de una vez a descender. El reconocimiento preliminar del Juárez puso de manifiesto otra posibilidad en este sistema; recuerden ustedes: Carinae V. Pero con toda seguridad que no siento deseo al-

guno de tratar de dar ese salto en esta motoneta, a menos que nos veamos obligados a ello. Por mi parte, voto por el descenso.

—Lo mismo yo —asintió Ernie Gallen.

—Que sea por unanimidad, entonces —agregó Bob Chávez. Una chispa de interés brilló en sus ojos oscuros: la primera señal de animación que demostraba desde la muerte de su padre—. Es algo extraordinario, realmente, ¿verdad? —exclamó maravillado—. ¡Pensar en todo lo que nosotros sabemos, en todo lo que hemos avanzado y en lo que esa gente ni siquiera ha empezado a pensar aún! Todo un mundo que nos aguarda, y en el que podremos construir algo para nosotros... y quizá para nuestros hijos.

—Con toda seguridad que le vendría muy bien alguna evolución —admitió Ernie Gallen.

Martin Ashley se rió, ocultando la sensación angustiada que convertía en hielo su estómago.

—Los mendigos no pueden ser demasiado exigentes —dijo—. Vamos abajo, Bob.

El alarido de los retropropulsores se transformó en un rugiente zumbido, y la chalupa del Juárez empezó a descender.

Pocos momentos después, se asentaba en tierra.

No pudieron, desde luego, abrir la tronera hasta que el aire no fuese cuidadosamente analizado, no por su constitución básica, que ya sabían excelente, sino por la posible contaminación de enfermedades. El solo hecho de que algunos seres humanos pudiesen vivir en Carinae IV no significaba que también ellos estuviesen en condiciones de hacerlo, sin inmunidades de prolongada evolución.

El Juárez, muerto en medio del espacio, era testimonio elocuente de este hecho fundamental.

Podían ver, sin embargo, y también oír. Vieron un prado intensamente verde todo alrededor de ellos, extendiéndose hacia el oeste tanto como el ojo alcanzaba a divisar, y fundiéndose en el este con los suaves tonos castaños, amarillos y verdes de una espaciosa floresta. Oyeron el extraño silencio de la tierra en soledad, un silencio vibrante, compuesto de miríadas de diminutos sonidos, susurros del viento, furtivos gorjeos y gritos distantes de animales desconocidos.

Carinae IV tenía un "día" de veintidós horas terrestres, y, a la sazón, el sol amarillo se estaba poniendo en el lejano horizonte, posándose cautelosamente como un balón elástico entre los picos de una cadena de montañas azul oscuro. Largas sombras se deslizaban silenciosamente sobre ese mar de hierba que los rodeaba.

Los analizadores de aire zumbaron suavemente, y la noche cayó sobre Carinae IV. Aun aquí, pensó Martin Ashley, tan lejos del hogar, también llegaba la noche. ¿Cuántas veces habría caído sobre este mundo la noche, y qué dramas de amor y de odio se habrían desarrollado en este prado de hierba que se mecía indiferente alrededor de la pequeña espacionave extraña de la Tierra? ¿Cuántas veces tendría que ver caer aquí la noche, y cómo serían los días que seguirían a su transcurso?

Este mundo parecía enteramente pacífico y satisfecho. Pensó que a un hombre podían pasarle cosas mucho peores y que, en realidad, a algunos ya les habían pasado. Pero ¿cómo prever lo que podía ocurrir?

Un volcán era algo bastante agradable... hasta que entraba en erupción. Y este mundo estaba lejos de la Tierra; jamás había oído siquiera hablar de la Tierra.

Sus normas debían ser diferentes.

—Bueno, de todos modos, no podemos salir hasta la mañana —dijo Ernie,

sospechando los pensamientos que bullían en las mentes de sus compañeros—. Vamos a dormir un poco y a dejar las preocupaciones para cuando llegue el momento.

Probó la radio e inmediatamente se oyó el mensaje:

CHALUPA HACIA EL CUARTO PLANETA DEL SISTEMA DE CARINAE. LAS CONDICIONES DE ESTE SON DESCONOCIDAS. SE MANTENDRÁ CONTACTO CON EL RADIO DE LA CHALUPA. LOS SOBREVIVIENTES SON ERNES GALLEN, RADIOOPERADOR; ROBERT CHAVEZ, APRENDIZ DE PILOTO; MARTIN ASHLEY, ANTROPOLOGO. FELIZ NAVIDAD A TODOS Y A TODOS...

Cortó la transmisión.

—Buenas noches —finalizó—. Dile al corneta que no sople muy fuerte mañana por la mañana; tengo los oídos demasiado sensibles.

—Buenas noches —dijo Bob Chávez, perdido en sus pensamientos y aturdiendo nuevamente ante la enormidad de lo que les había ocurrido.

—Buenas noches —dijo Martin Ashley. Estaba muy cansado y tratando de no hacerse demasiadas esperanzas. No se pudo dormir durante largo rato, escuchando los ruidos de la noche y el susurrar de la brisa entre las largas hojas de hierba.

Al cabo, se durmió, pero fué el suyo un sueño inquieto, intranquilo... el sueño de un hombre que sabe que no está solo.

Y allá arriba, muy alto, como una chispa de luz casi invisible perdida entre el destello plateado de la luna solitaria de Carinae IV, el Juárez vacío flotaba en un lento círculo entre las estrellas.

A la mañana siguiente, los nativos estaban allí.

Había tres, aguardando pacientemente entre la alta hierba.

Estaban vestidos con una especie de togas cortas, que dejaban libres brazos y piernas. Dos de ellos llevaban arcos,

y el tercero hallábase armado de un garrote metálico de tipo muy particular. La actitud que mostraban no era amenazadora, pero tampoco temerosa.

Simplemente, aguardaban.

Martin Ashley los examinó cuidadosamente desde la seguridad que le prestaba la chalupa, haciéndose cargo de la situación con ojo avezado. Bob Chávez era novicio aún para este tipo de experiencia, y su rostro pálido estaba arrebatado de excitación. Ernie Gallen los miró de arriba abajo sin mayor entusiasmo: para él, se parecían mucho a cualquiera de los pueblos primitivos que había visto ya en alrededor de una docena de planetas ocupados.

—Salud, compañeros ciudadanos y nuevos hermanos —dijo, tratando de sacar mejor provecho de una situación que no le interesaba en modo alguno—. Queremos ser amigos de modo que tengan la amabilidad de apuntar con esas cositas hacia otro lado.

—No parecen tan malos; ¿verdad, Mart? —preguntó Bob.

—Desde aquí, no —convino Martin Ashley.

—La vista desde el interior de una cacerola es menos favorecedora —observó Ernie Gallen—. Pero ésta es tu especialidad, Mart. ¿Qué sacas en limpio de ellos?

Martin Ashley sonrió. Allí había tres seres humanos, inmóviles entre la hierba, a cincuenta yardas de la espacionave. Jamás los había visto antes, y nada conocía prácticamente sobre ellos. Los seres humanos eran muy inciertos y delicados para evaluarlos, aún cuando uno los conociera muy bien. ¿Qué infería él de Ernie Gallen y Bob Chávez? No estaba muy seguro, y eso que se hallaban dentro de la nave.

Pero no se preocupe por todo eso, doctor. Dénos simplemente el diagnóstico, y si está equivocado... bueno, tendrá mejor suerte la próxima vez. Si es que la hay.

—Hay sólo tres de ellos —dijo—, y, a menos que mis ojos estén envejeciendo demasiado para advertir la diferencia, uno parece una mujer. Miren: el que tiene el garrote o lo que quiera que sea eso, ¿verdad? Quizás me equivoque, pero no tienen precisamente el aspecto de venir en son de guerra. No parecen irritados, ni tampoco temerosos. Probablemente seamos algo extraños por completo a su experiencia, pero esto es sólo una presunción. Por desgracia, no soy Sherlock Holmes. No puedo mirar el barro de sus zapatos y decirles a ustedes cuál es su filosofía de la vida. Hay una sola manera de poner eso en claro.

Ernie Gallen lo miró alzando una ceja.

—Tendré que salir y comprobarlo personalmente —continuó Martin—. El analizador de aire no señala ninguna anomalía, y tarde o temprano tenemos que hacerlo.

—Iré contigo —se ofreció Bob Chávez de inmediato.

Ashley se sintió un poco más animado con eso: quizás había juzgado mal al chiquillo.

—Gracias, pero no conviene de esa manera —dijo—. Tú quédate aquí con Ernie, y entre los dos ténganme cubierto. Pero recuerden: no disparen, a menos que yo les haga señas de que estoy en dificultades. Y si ellos me alcanzan primero, límitense a salir de aquí y hacer la prueba en alguna otra parte.

—Buena suerte —dijo Ernie Gallen.

Martin Ashley hizo un movimiento afirmativo de cabeza y entró en la esclusa de aire. Cerró tras él la puerta interior, aunque no era necesario, excepto por el hecho de que la exterior no funcionaría con aquella abierta. Hizo girar la pesada rueda y la puerta exterior se abrió con un chasquido metálico.

Inspiró profundamente y salió al sereno aire matinal.

La alta hierba del prado estaba húmeda aún con el rocío y el mundo

estremecido todavía por el fresco de la noche. El sol, que había empezado ya a trepar rápidamente, veíase muy pálido y comenzaba recién a calentarle la espalda.

Echó a andar resueltamente, observando a los tres nativos. Sentía muy poca emoción ahora: éste era un trabajo que había hecho muchas veces, en muchos otros mundos. No estaba visiblemente armado, pero tenía una pistola oculta bajo la camisa. No quería usarla si podía evitarlo. Pero la había usado ya otras veces, y volvería a hacerlo si fuese necesario. Sonrió con una mueca.

No era necesario ir a la escuela para aprender las leyes de la supervivencia.

Los tres nativos lo miraron aproximarse, inmóviles. A medida que se acercaba, comprobó que uno de ellos era, sin lugar a dudas, una mujer. Los tres tenían un extraño color rosáceo de tez, casi del tinte del salmón, muy semejante a un perpetuo tostado por el sol. Eran agraciados, sea cual fuere el tipo humano en que se los clasificara, y lo miraban fijamente a los ojos.

Ashley caminaba lentamente. Las cincuenta yardas se le hicieron interminables. Puso buen cuidado de no sonreír. Sabía que no se podía confiar en cosas tales como los gestos "universales", que por otra parte, no existían. Una sonrisa podía significar amistad en un planeta, mientras que en otro podía ser un terrible insulto. Los rasgos inexpresivos eran casi siempre una muestra de neutralidad, puesto que era la posición de descanso del rostro. No había, en todo caso, actitud más segura.

Cuando llegó a unas siete yardas de ellos, Ashley se detuvo. No hizo nada. Simplemente se quedó allí, con las manos caídas a los costados. No hizo manifestación alguna. Esperó que ellos hicieran el primer movimiento.

Los nativos lo miraron sin temor... sin expresar siquiera curiosidad, según

le pareció. Transcurrieron unos sesenta segundos, eternos. Luego uno de los hombres sonrió, ante lo cual Ashley se sintió un poco tonto, y depositó su arco en el suelo. El otro hombre siguió presuntamente su ejemplo, y la mujer dejó también su garrote metálico.

Sintiéndose más seguro, Ashley sacó su pistola y la colocó junto a las demás armas. Los otros sonrieron, aprobadores.

El primer hombre le dijo algo, hablando lenta y suavemente. ¿Probando? Ashley no pudo, desde luego, comprender una palabra, pero contestó en inglés:

—Sé que no podemos entendernos, todavía, pero espero que lo consigamos con el tiempo. —Sonrió ligeramente y agregó:

—Sería muy bueno que eso ocurriera... y pronto.

EL nativo pareció satisfecho. Señaló hacia el este, donde los árboles del bosque se alzaban como una muralla más allá de la pradera, dibujó en el aire la forma de una choza y luego señaló a Ashley. El significado era bastante claro: era invitado a ir a la aldea, si así lo deseaba, donde sería bienvenido.

A su vez, Ashley efectuó algunas señales para indicar que deseaba ir a la nave primero. Los nativos entendieron inmediatamente. *No son estúpidos* —pensó él—, *y eso es bien evidente*.

Ashley volvió a la chalupa y les dijo a Bob y a Ernie dónde iba. Les advirtió que le dieran cuatro días, y si al cabo de ellos no volvía, que se marcharan sin aguardar más. Les estrechó las manos, y volvió a reunirse con los tres nativos.

Estos recogieron sus armas y lo propio hizo Ashley, sin que nadie volviera a preocuparse para nada por ellas. El primer nativo abrió la marcha a través de la hierba húmeda, seguido in-

mediatamente por Ashley, y el otro hombre y la mujer marcharon detrás. Los nativos hablaban tranquilamente entre ellos, y parecían conducirse con entera naturalidad.

Martin Ashley sentía el sol que le calentaba cada vez más la espalda, y trataba de convencerse de que esa sensación de *anormalidad* que experimentaba era debida solamente a los nervios.

Pero él sabía muy bien cuál era la causa.

Una vez establecido el contacto, el resto se deslizaba fácilmente hacia lo rutinario, por un tiempo. Ashley tenía que recordarse constantemente que esta vez era *distinto*. Esta vez no había que enviar el informe al Juárez, ni que escribir notas sobre unas gentes cuyas vidas se habían cruzado con la suya por unas breves semanas, para perderse luego nuevamente entre las estrellas.

Esta vez era para siempre.

Esta vez, la gente era *su* gente.

Pero la rutina es una cosa insidiosa; embota la mente y adormece los sentidos con la comodidad de lo familiar. A Martin Ashley le gustaba su trabajo, y lo hacía con orgullo, pero era difícil recordar ahora que se trataba de algo más que una simple tarea de rutina.

Que era la vida misma.

Iba a llegar a conocer muy bien la aldea durante el mes que siguió, mientras estaba aprendiendo el lenguaje nativo, como hiciera con tantos otros en su vida. Había en ella dieciséis estructuras: catorce casas familiares construídas de troncos alrededor de la plaza central, un gran edificio de ceremonias en el medio de ésta, y una especie de cámara semisubterránea que era empleada como depósito para los productos de la agricultura. Vivían en la aldea ochenta personas, claramente divididas en cinco ancianos, cinco ancianas, cincuenta varones y mujeres entre jóvenes y maduros, y veinte niños.

Los nativos se mostraron afectuosos

y serviciales, y al tercer día Ashley fué en busca de Gallen y Chávez.

Ellos mismos se construyeron una pequeña cabaña de troncos en el linde de la aldea, y pasaban la mayor parte del tiempo vagabundeando por los alrededores y aguardando impacientes que Ashley les explicara cuál era la situación. Ambos parecían muy complacidos con lo que veían, y estaban empezando a pensar que aquél estaba tomando todo con un poco de exagerada seriedad. Después de todo, aquí estaban en una aldea pacífica y bastante agradable, con abundante comida y tiempo de sobra. Aquí estaban, y aquí tendrían probablemente que quedarse para siempre. Tenían una serie de ideas y deseaban ponerlas en práctica cuanto antes. No eran egoístas, como suelen serlo los hombres, sino humanos. Se daban cuenta de que habían olvidado mucho más de lo que esta gente que los rodeaba jamás aprendiera, y querían ayudarla a evolucionar. ¡Pero si estos nativos ni siquiera habían descubierto la rueda... y ellos habían descubierto en el planeta mediante la energía atómica!

El futuro estaba abierto de par en par ante ellos.

Pero seguían aguardando.

Y mientras dormían, un Martin Ashley perplejo y confundido trabajaba hasta altas horas de la noche, hilvanando conjeturas que a nada conducían y manipulando con columnas de cifras que no llegaban a sumarse.

EL nativo que le enseñó a Ashley los rudimentos del lenguaje se llamaba Rondol. Era un especialista en la estructura social de los suyos, evidentemente una especie de hechicero, entre otras cosas. Al perecer, tenía también otras aptitudes. Era un hombre impetuoso, un poquito afectado, perspicaz y muy bueno como maestro. Muy pronto se puso claramente de manifiesto que estaba enseñando a Ashley una forma

simplificada del lenguaje de su pueblo, que él mismo reducía gradualmente para facilitar su comprensión.

Esto era algo sin precedentes.

—Le enseñaré el resto cuando esté preparado para ello —le dijo Rondol con un aire ligeramente superior—. Para comprender bien, se debe comenzar por el principio.

—No te andas con vueltas —dijo Martin Ashley... para sí. No estaba durmiendo lo suficiente, y se sentía anonadado ante su propia incapacidad para comprender la cultura en la cual se hallaba.

Aparentemente, no era demasiado complicado. Los nativos se denominaban a sí mismos los Nern, que significaba simplemente "seres humanos". Entre los pueblos primitivos era bastante común llamarse de esa manera, y por lo general la deducción resultaba obvia: ningún otro podía ser un ser humano desde el momento que no estaba en la tribu.

No se trataba, reflexionó Ashley, de una característica privativa por entero de los pueblos primitivos.

Los Nern, como ya lo había comprobado desde la chalupa, tenían una economía mixta muy simple. Cultivaban un solo fruto, un tubérculo dulzón muy semejante a la patata, que plantaban cavando con unos palos aguzados y cosechaban cuando escaseaban sus provisiones. Cazaban con sus arcos diversos animales, en su mayoría unos parecidos a los venados que pastaban en las grandes llanuras de hierba. Pescaban un poco en los arroyuelos próximos y recolectaban gran variedad de frutas y vegetales que crecían salvajes en el bosque.

Los Nern eran monógamos y vivían en pequeñas unidades familiares, pero tenían muy en cuenta los lazos de parentesco, y la pequeña aldea estaba dividida en mitades. Cada una de éstas era una unidad en la organización so-

cial, y trabajaban juntas como un todo recíproco. Los matrimonios siempre tenían lugar entre miembros de opuestas mitades.

Esto no tenía nada de raro.

No había clanes, aunque las mitades tenían ciertas características de los mismos. Los sexos, según lo que Ashley pudo advertir, poseían iguales derechos. Había un "jefe" o algo por el estilo, un hombre muy simpático llamado Catan, pero la mayor autoridad la investía un consejo de ancianos, formado por los diez hombres y mujeres mayores de la aldea. El hechicero, Rondol, se ocupaba principalmente de todo lo relacionado con las curaciones y lo sobrenatural.

Esto no tenía nada de raro.

Al parecer, se insistía mucho en la mitología, o aun en la filosofía. Había muchas ceremonias rituales, en las cuales participaba toda la aldea, que se cumplían en un ciclo anual. Esto era de universal virtualidad entre los seres humanos. Algunos las llaman Navidad, Día del Armisticio o Cuatro de Julio; otros, danzas de la lluvia, cantos de la cosecha o sacrificios al sol.

Esto no tenía nada de raro.

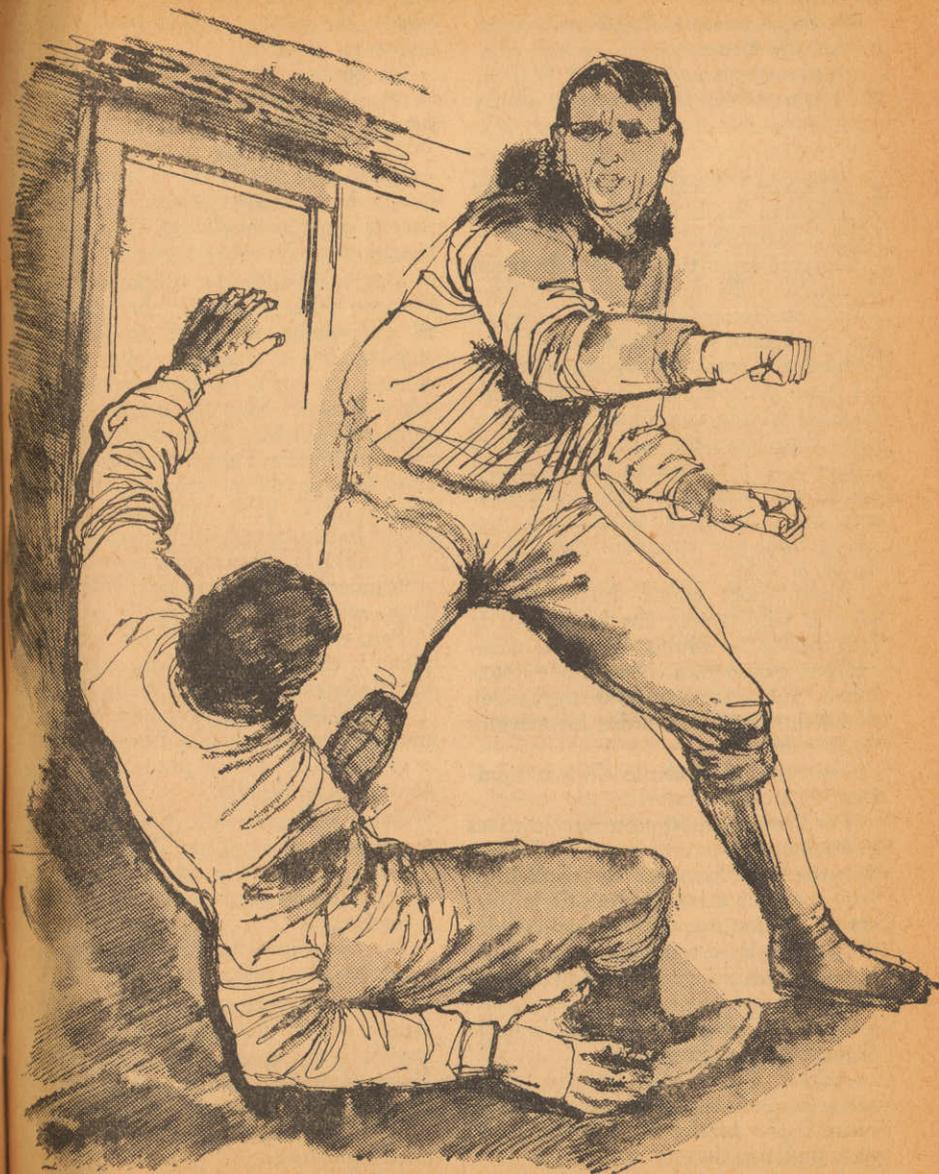
Una noche, Rondol se hallaba con Ashley en la plaza central. Una fresca brisa susurraba en la pradera, perdiéndose con suspiros entre los árboles del bosque lejano. Algunos fuegos anaranjados restallaban y siseaban suavemente frente a las cabañas de troncos de la aldea.

Rondol alzó el brazo para señalar hacia la noche, hacia el infinito.

—Tú dices que vienes de las estrellas, Martin —expresó.

—Sí —repuso Ashley—, de las estrellas, de la Tierra.

—Lo que ustedes llaman estrellas son para nosotros hogueras en el cielo —dijo Rondol con una sonrisa—. Allá arriba están nuestros antepasados y los que aún no nacieron. Las estrellas son



nuestras hermanas. Nosotros las llamamos así. ¿No son hermanas de ustedes las estrellas?

Desde las praderas llegaban los murmullos del viento.

¿Esto no tenía nada de raro?

Martin Ashley miró hacia lo alto, y a lo lejos.

CUANDO hacía ya dos meses que estaban en la aldea, fueron invitados a marcharse.

Durante largo tiempo, la vida social de los Nern iba dirigida hacia un acontecimiento excepcional: la iniciación de dos muchachos y de dos chicas en la vida adulta. Como muchos otros pueblos, los Nern simbolizaban los períodos críticos de la vida con rituales y ceremonias. Estos eran los ritos del pasaje; el pasaje a la vida cuando uno nacía, el pasaje a la adultez cuando concluía la infancia, el pasaje al matrimonio, y el pasaje final que cumplían todos al cabo de la vida.

Ahora bien, cuatro Nern estaban prontos para ocupar sus lugares en la sociedad de los adultos. Para eso necesitarían cuatro días de ayuno y estoicismo, mientras recibían la instrucción que habrían de impartirles los mayores de la tribu.

Era el acontecimiento de más significación en sus vidas.

Los Nern se mostraron muy corteses y amables respecto al asunto. Llegaron a verdaderos extremos de cordialidad para asegurar a los hombres de la Tierra que serían nuevamente bienvenidos después de las ceremonias, y fueron de lo más profusos y sinceros en sus expresiones de disculpa.

Pero no había la menor duda de la firmeza de sus intenciones.

Ashley, Gallen y Chávez se volvieron a la chalupa, silenciosos y solitarios entre la alta hierba. No había otra cosa que pudieran hacer.

Aguardaron.

A la cuarta noche, la última noche de ceremonias, se deslizaron por la pradera hasta el bosque para echar una ojeada. Se movían calladamente y hablaban en susurros.

Un tambor palpitaba hipnóticamente en la calma nocturna y podían ver los fuegos anaranjados que ardían en la aldea. Un profundo salmo se alzaba como un sollozo a la luz de la luna... quejumbroso, triste y lejano. El bosque parecía contener el aliento, absorbiendo los ruidos de la vida palpitante.

Martin Ashley se sentía solitario. Siempre había sido un hombre solitario. El preguntaba, en lugar de limitarse simplemente a aceptar, y éste es un camino que todos los hombres recorren solos. Quizás todos los hombres sean solitarios, y Ashley lo ocultaba tan bien como cualquiera. Pero él tenía un agudo conocimiento de su soledad, y ahora que Carol se había marchado, y con ella el Juárez, que fuera único hogar...

Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos. *Me estoy poniendo moroso* —reflexionó—. *No puede ser.*

Pero estaba mirando la vida, esa vida plena y cálida de una aldea situada a un centenar de años luz de la Tierra. Y se hallaba aislado, apartado, completamente apartado de ella. No pertenecía a ella. Quizás nunca pudiera llegar a formar parte de ella.

Sabía perfectamente, y no se sentía avergonzado por eso, que hubiera dado gustoso su alma por estar ahora en la aldea, entre los tambores y las canciones y los fuegos.

No como investigador. Simplemente como Martin Ashley.

—Son muy agradecidos —dijo Ernie Gallen—. Miren que golpetear esos tambores como si el mundo se viniera abajo. Hombre, bonito manicomio hemos escogido para hogar, dulce hogar.

Bob Chávez estaba empezando a sentirse romántico.

—Es hermoso, realmente —dijo—.

Tan incorrupto y simple... Pero... ¿qué hay en eso que valga la pena para nosotros? Tenemos que demostrarle a esa gente que nos proponemos algo; tenemos que enseñarles algunas cosas; debemos hacernos un lugar para nosotros. Nos estamos mostrando demasiado cuidadosos. Después de todo...

Si —pensó Martin Ashley—. *Después de todo, después de todo...*

Fué entonces cuando lo encontró.

Lo levantó del suelo.

Lo miró. Un tubito blanco, de cuatro pulgadas de largo. Hecho a máquina. Mientras lo sostenía entre el pulgar y el índice, un destello rojizo brilló en un extremo. Una diminuta espiral de humo se enroscó hacia lo alto, perdiéndose en la noche.

—Un cigarrillo —dijo lentamente—. Y mejor que cualquiera de los que se hacen en la Tierra.

Los otros lo miraron fijamente.

—Parece como si no fuéramos los únicos visitantes que este planeta ha tenido últimamente —agregó—. A menos...

—¿A menos qué? —inquirió Ernie Gallen.

—¿A menos qué?

Martin Ashley se quedó inmóvil a la luz de la luna, entre los árboles.

—No sé —murmuró—. Simplemente, no lo sé.

Escuchó la solitaria salmodia que traía el viento de la noche, mientras miraba los resplandores anaranjados de los fuegos lejanos.

Martin Ashley sintió un creciente temor... y una excitación cada vez más intensa.

ESTABA lloviendo; una lluvia lenta y continua que golpeteaba entre los árboles, goteando de rama en rama, y caía como una cascada en miniatura del tejado de la cabaña de troncos.

Martin Ashley se hallaba en la

entrada, mirando afuera. La lluvia era una susurrante sábana gris y plata, que cubría el mundo sin ocultarlo. Los árboles altos y erguidos la aceptaban pacientemente, sin mucho interés. Esos árboles se parecían mucho a los pinos de la Tierra, con agujetas y piñas chorreantes. Hasta olían como los pinos, con esa fragancia densa y húmeda que podía forjar sintéticos recuerdos para aquellos infortunados que no tenían ninguno propio. Los brillantes senderos de la aldea serpeaban entre las casas, y unos chiquillos jugaban riendo en el lodo. El aire estaba tan limpio que vigorizaba los pulmones como un tónico.

Quizás esto, también, vale un poco la pena.

A Martin Ashley le gustaba la lluvia.

Hacía ya diez semanas que estaban entre los Nern. Bob Chávez estaba sentado en un banquillo de madera, en medio de la habitación, silencioso y desanimado. Ernie Gallen, bajo y morrudo, con el pelo rubio sobre los ojos, recorría nerviosamente la habitación de arriba abajo. Ashley se daba cuenta de que estaban empezando a sentirlo. A sentir el aislamiento, la Tierra que les era negada para siempre. Ya no era más como un picnic irreal. Se sentían aislados de todo aquello que alguna vez tuviera importancia para ellos. De los helicópteros brillando al sol, de las mujeres envueltas en sedas, de los bares oscurecidos y tranquilos, con música en el aire...

La lluvia caía...; una lluvia suave, familiar. Era la misma lluvia. Ashley la había oído tan a menudo...; ¿cuántas veces? Había blasfemado contra ella mientras pescaba; la había maldecido en el Yankee Stadium, escuchando su arrullo bajo la carpa de lona, antes de dormirse. Sí, la lluvia era la misma.

—Mira —dijo Ernie finalmente, inte-

rumpiendo su paseo. Todos estamos metidos por igual en este jaleo, ¿verdad?

—Claro, Ernie —repuso Martin Ashley, sabiendo lo que seguiría.

—Entonces no hay por qué callar ninguna de las referencias ocultas sobre primitivos misterios insolubles, Martin. No tenemos que recibir órdenes de ti, ya sabes. Nos hemos pasado cerca de tres meses sentados, esperando, sin que hayas insinuado todavía la menor idea sobre lo que podemos hacer. Dime que soy un bruto, Martin, pero yo necesito una mujer, una casa decente y una posibilidad de hacer algo en este piojoso lugar.

Había, pues, un clima de tensión en la cabaña; una tensión agudizada por la dureza de las personalidades que no podían armonizar.

—No recuerdo haber dado orden alguna, Ernie —dijo Ashley—. Lo único que he dado han sido consejos. Que quieran o no aceptarlos, es cosa que les atañe exclusivamente a ustedes.

—Ernie tiene razón, sin embargo, Mart —intervino Bob Chávez con voz cansada—. Si vamos a jugar en esta partida, tenemos que conocer las reglas.

Martin Ashley se encogió de hombros. *¿Reglas? Aquí no había reglas de ninguna clase. El espacio era ancho y profundo. Aquí sólo había cerebros y sentimientos y viento en la noche.*

—No hay secretos —repuso—. Simplemente, no tengo mucho que decir.

—Dilo, de todos modos —sugirió Ernie.

Ashley se demoró un buen rato en limpiar su pipa con un cortaplumas. La cargó con su propia mezcla de tabaco mojado en whisky, que ningún fumador que se respetara tocaría ni con pinzas aisladas, y la encendió con el encendedor más eficaz que conocía; un gran fósforo de madera. Escogió cuidadosamente sus palabras, sabiendo que, de todos modos, no le creerían.

—En resumen —dijo lentamente—,

creo que los Nern son mucho más adelantados que nosotros. Creo que si nos pasamos de la línea podemos quemarnos la punta de los dedos.

Afuera, la lluvia golpeteaba ahora con más fuerza, y el retumbar de un trueno llegó descendiendo de las colinas distantes.

Los otros se quedaron mirándolo.

Ernie Gallen señaló con el pulgar hacia las cabañas bajo la lluvia.

—¿Ellos? ¿Más adelantados que nosotros? ¿Sin conocer ni siquiera la rueda? Estás chiflado, Martin, simplemente chiflado.

—Gracias —repuso Martin Ashley, Ernie vaciló, confuso.

—Perdona —se disculpó luego—; no lo dije con esa intención. Todos estamos metidos en esto, ya sabes.

—Claro —dijo Ashley.

—Está ese cigarrillo —murmuró débilmente Bob Chávez. Su rostro estaba muy pálido—. No entiendo eso. No lo entiendo.

—Olvidemos el cigarrillo, por ahora —dijo Martin con un movimiento de la mano—. Ya he llegado a una conclusión al respecto. No hay en este planeta tecnología alguna digna de mención, a menos que esté oculta en una cueva o algo por el estilo, y eso es pura charla. Ese cigarrillo llegó hasta aquí desde algún otro lugar, lo cual plantea un interesante problema, o tres, si quieren. Pero dejémoslo, por ahora. No me estaba refiriendo al cigarrillo.

—¿Y qué, entonces? —inquirió Ernie, irritado—. ¿Cómo es posible que tú...?

Martin Ashley dió una chupada a su pipa. *¿Dónde están las palabras? No hay palabras. Es como el chiquillo que pide: Papá, dime algo de las estrellas y todas esas cosas. Pero pronto... tengo que ir a jugar.*

—Puedo explicarles todo eso —dijo—, tanto como tú, Ernie, podrías hacer de

mí un experto radiotécnico en diez minutos. Pero haré la prueba. Les prepago que mucho de esto va a sonarles considerablemente más objetivo de lo que es en realidad, pero ustedes se limitarán a escuchar, y decir por sí mismos.

—Trata solamente de no tirar muy alto —repuso Ernie, apenas con un acento de ironía—. Nosotros nos esforzaremos por pescarlo.

—Veamos el asunto de este modo —comenzó Ashley—. Es muy fácil enumerar e identificar las diversos artículos que componen una cultura: un totem aquí, una lanza allá, una capa de plumas en alguna otra parte. Tampoco es difícil determinar los elementos de la organización social: aquí un clan, allá el grupo, algo más atrás un primo desterrado. Infortunadamente, sin embargo, nada de eso es muy importante. No explica mucho de lo que uno necesita saber si quiere comprender una cultura. *Lo que interesa es cómo están ensambladas todas estas cosas.* Las culturas no son simplemente colecciones de ideas fortuitas y puntas de lanzas. Son *sistemas* dinámicos, integrados... planos para vivir.

—¿Quieres decir algo así como los moldes?

Martin Ashley estaba esperando esto.

—Sea, si lo ves mejor de ese modo —dijo. Exhaló un grueso y vacilante anillo de humo hacia la lluvia—. El caso es éste: todos los ingredientes están aquí, y todos parecen muy simples, si bien un poquito idealizados. Pero, ¿cómo se mantienen unidos? ¿Cuál es el principio organizador? ¿Cómo funciona todo eso?

—Dímelo tú —lo animó Ernie.

—No lo sé, y soy el primero en admitirlo. No puedo llegar al *quid* del asunto con esta gente. Pero una cosa puedo decirles: esta no es en absoluto

una cultura primitiva, y los Nern no son tampoco gente primitiva. Todo esto *parece* primitivo, pero no lo es. Recuerden a nuestro amigo Einstein en shorts, tomando sol en la playa. Quizás hayan oído hablar de evolución convergente: dos líneas de desarrollo que siguen sendas enteramente distintas, pero son aparentemente de un aspecto muy semejante. Pues bien, así es la cosa, y estamos metidos hasta la nariz en ella.

Ashley pudo percibir el escepticismo que parecía flotar en la habitación.

—Un momento —dijo—. Aun no he terminado. Quiero darles a ustedes dos detalles para que piensen un poco en ellos —sonrió placidamente—. Primero, consideremos la situación al establecer contacto. Nosotros llegamos zumbando del cielo en una espacionave, pasamos por arriba de la aldea y vamos a aterrizar en la pradera próxima. Pocas horas más tarde, allí aparecen tres Nern para decirnos buen día. No demuestran tener miedo de nosotros y, lo que es más evidente, ni siquiera están muy *interesados* en nosotros. En cuanto a la nave, ni siquiera le dedican una mirada. Una antigualla, ¿comprenden? Mecanismo de operación *standard*. Otro día, otra espacionave. Pero al mismo tiempo la aldea y la cultura de estas gentes no muestra en absoluto indicio de algo recogido de una cultura "superior": ni cuchillos de acero, ni rifles, ni arados, ni pantalones de fantasía, ni baratijas de joyería, ni *nada*. Eso es algo que hay que masticar bien un rato, caballeros. Nada espectacular, nada que le pegue a uno en el ojo, ningún cartel con grandes letras que digan ¡AQUI MISTERIO!..., pero, ¿cómo lo explican ustedes?

Nadie lo podía explicar.

—Muy bien. Segundo, tenemos también ese pequeño asuntito del lenguaje de los Nern. Con fines de establecer comunicación, ellos me enseñaron —y

yo traté a mi vez de enseñarles a ustedes una jerga simplificada, más o menos del tipo *este es un libro, el libro es gris*. Todo perfectamente. La complejidad de un lenguaje dice muy poco de la complejidad de una cultura. ¡Pero lo extraordinario es que esa jerga no es su lenguaje! Lo que tienen en realidad es un engranaje lingüístico extremadamente intrigante, del cual recién ahora estoy empezando a pescar el sentido. Básicamente, tienen alrededor de diez clases de verbos diferentes... y el tipo de verbo que se emplea indica la autoridad de la persona que hace la declaración. Es decir, expresa si la información proviene de un conocimiento directo o de una autoridad digna de confianza, o de algún rumor, o de quién sabe qué. Bonito, ¿eh? Una cosa así ya existía antes, desde luego: había un lenguaje de ciertos indios americanos, llamado wintu, que estaba contruido más o menos en las mismas líneas. Pero lo importante es que ellos corrigieron su lenguaje cuando me lo enseñaron a mí, lo redujeron al nivel de mis conocimientos para facilitarme su aprendizaje. Esto no suele ocurrir todos los días. ¿Alguna explicación, por favor?

Lanzó una nube azul de humo hacia el cielo raso.

Bob Chávez estaba silencioso y se movía inseguro en su banquillo. En sus ojos se reflejaba una expresión distante y fatigada. Esos ojos preocuparon vagamente a Ashley. ¿Donde había visto antes unos ojos como éstos?

—¿Y con eso qué? —dijo Ernie—. De modo que son raros. De modo que eluden tu aguda mentalidad científica. Sin embargo, siguen siendo salvajes, Martin, y todos tus libros no conseguirán cambiar eso. En cuanto al cigarrillo, les digo que crucemos ese puente cuando lleguemos a él... si llegamos.

—De acuerdo, Ernie —repuso Ashley

sonriendo—. Cierra los ojos, simplemente... y quizá todo desaparezca. Tú me pediste que te diera mi opinión, y ahí la tienes. Puedo estar equivocado... antes ya me ha pasado. —Señaló hacia las húmedas calles de la aldea. —Anda, ve a contarles todo lo que sabes sobre la rueda.

Después, por largo rato, reinó profundo silencio.

—No discutamos más —dijo súbitamente Bob Chávez con voz pastosa y apagada por la debilidad—. No... no me siento muy bien.

Martin Ashley dejó su pipa, alarmado, y se acercó al muchacho. Lo miró atentamente, recordando de pronto. Le tocó la frente. Estaba helada. Pero, mientras su mano descansaba sobre ella, el calor volvió a fluir impetuosamente, y el frío se convirtió en fiebre. —Vete a la cama, Bob —dijo lentamente.

Martin Ashley y Ernie Gallen se miraron sin pronunciar palabra, a la luz grisácea de la tarde. No había necesidad de hablar, ni había tampoco nada que decir. Ambos recordaban perfectamente al Juárez.

Afuera, la lluvia seguía cayendo, monótona y opaca.

Seis horas más tarde, era de noche.

La lluvia se había convertido nuevamente en una fina garúa.

Bob Chávez estaba, evidentemente, agonizando. Se hallaba inconsciente a la sazón, y ni siquiera se agitaba en su lecho. Su rostro veíase alternativamente muy pálido e intensamente enrojecido por la sangre.

La enfermedad había vuelto a golpear. Cuando llegaron, el planeta parecía, por lo que ellos podían decir, inocuo, y eso significaba, probablemente, que habían traído la enfermedad consigo desde el Juárez. Había aguardado, pues, latente, esperando el momento propicio.

Y ahora...

Y ahora había vuelto, en una pequeña cabaña, en un nuevo mundo.

Bob estaba muy enfermo, lo cual era ya bastante tremendo. Pero eso no era todo. Martin Ashley y Ernie Gallen, sin haber intercambiado palabra alguna, lo sabían. Cada uno de ellos podía sentir ya los síntomas en sí mismo. Gallen ya había tenido una vez la enfermedad, y Ashley había visto a cincuenta y una personas morir a causa de ella.

Cincuenta y un muertos y tres sobrevivientes —recordó

—Es más rápida esta vez —dijo Ernie, rompiendo el prolongado silencio—. Mucho más rápida.

Se sentó en su cama y enjugó con un pañuelo el sudor de su frente.

La lluvia tamborileaba suavemente sobre el tejado, indiferente y eterna.

Martin Ashley se pasó la lengua por los labios, súbitamente reseco y ardientes. Sentía la sangre golpeteando en las venas, pesada, torpe, viciada. Escuchó a Bob Chávez, que respiraba con breves y enronquecidos gemidos en la oscuridad. Con tanta rapidez, entonces, llegaba la muerte y derrotaba cualquier argumento...

La noche transcurría lenta, interminable.

Pasó una hora. Sin pronunciar palabra, Martin Ashley se acercó a Bob Chávez y lo levantó en sus brazos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Gallen, sorprendido.

—Voy a dar un paseo.

—¿Bajo la lluvia?

—Voy a llevar al chico a un médico —la cabeza le daba vueltas ahora, y era difícil pensar en lo que decía.

Ernie Gallen se puso débilmente de pie.

—¿Te has vuelto loco? ¿A ese médico brujo?

—Obtuvo su título en la Sorbona—, repuso Ashley, aturcido.

—¡Estás loco! No te dejaré ir.

—De todos modos, va a morir, Ernie.

—¡No te dejaré!

Martin Ashley sonrió lentamente. Su mente se tornó, de pronto, clara como el cristal. Con toda calma, volvió a depositar al muchacho en la cama.

—Ernie —dijo—, por si no llegamos a salir de esta, quiero que recuerdes una sola cosa: me causas un gran dolor.

Se movió velozmente, danzando sobre la punta de los pies. Lanzó el puño sólo una vez, haciéndolo subir en un largo arco que comenzaba casi en el suelo. Llevaba tras de sí hasta el último resto de su energía, y fué a dar con un crujido en la punta de la mandíbula de Gallen.

Ashley ni siquiera se detuvo a mirarlo. Volvió a levantar a Bob Chávez y salió tambaleándose a la llovizna y las sombras. El muchacho le resultaba terriblemente pesado, como un saco de plomo en sus brazos. Sus pies resbalaban y chapoteaban en el lodo, y el pelo mojado se le caía sobre los ojos.

La fiebre se estaba apoderando ahora de él. Se sentía arder. Desatinadamente, se preguntó cómo podía ser que las gotas de lluvia que caían sobre su frente no empezaran a hervir y a consumirse en vapor. No podía pensar con



—¿Por qué la miraste así? ¿No sabes que es la presidenta de la Sociedad de Telepatas?

claridad, y los pies se le enredaban cuando trataba de caminar.

Cayó dos veces, y el lodo le resultó fresco.

¿Dónde estaría el Juárez ahora, se preguntó, más allá de la lluvia? Le pareció volver a oír su propia voz: "ESTE ES EL "JUAREZ", ESPACIO-NAVE DE RECONOCIMIENTO DE LA TIERRA, VEINTE DE SEPTIEMBRE DE DOS MIL SESENTA Y SIETE. ENFERMEDAD DESCONOCIDA HA CAUSADO LA MUERTE DE CINCUENTA Y UNA PERSONAS EN UNA TRIPULACION DE CINCUENTA Y CUATRO. LAS TRES RESTANTES SE HAN EMBARCADO EN LA CHALUPA HACIA EL CUARTO PLANETA DEL SISTEMA DE CARINAE. LAS CONDICIONES DE ESTE SON DESCONOCIDAS..."

Empezó a reír. Se interrumpió de pronto, al oírse.

Vió la oscura estructura que se alzaba ante él, y cayó al atravesar la puerta de Rondol. Retorciéndose con un esfuerzo, se interpuso con su cuerpo para tratar de detener la caída del muchacho.

—Enfermo —dijo desde una densa y aceitosa negrura—. Enfermo. Necesita un médico...

Desde alguna parte, desde la nada, unas manos recias tocaron sus hombros, y no supo nada más. Sólo la lluvia, la lluvia cálida y reconfortante, cayendo y cayendo y cayendo, eternamente.

MARTIN Ashley despertó. Sobre su cabeza se extendía el cielo, un cielo brillante, asombrosamente azul. El yacía muy quieto, sin tratar de moverse, mirándolo, simplemente, bebiéndose su belleza. El aire a su alrededor era cálido y limpio, car-

gado con la penetrante dulzura de los pinos.

Se sentía bien: lo advirtió instantáneamente. No quedaba en su cuerpo ni rastro de la enfermedad. Muy vagamente, le pareció recordar largas salmodias y cantos y hierbas en la boca. Pero todo eso había sido mucho tiempo atrás, y ahora sólo contaba el cielo azul y el perezoso deleite de estar vivo.

Echó una mirada a un lado, y allí estaba Bob Chávez. Como él, se hallaba tendido en un lecho de hojas, cubierto con una manta liviana. Con el rostro despejado y los ojos claros, sonreía débilmente.

—Cuéntales lo que sabes de la rueda —le dijo Bob débilmente.

Ashley le sonrió a su vez. Trató de pensar, pero no le pareció que valiera la pena el esfuerzo. Dejó que el aire lo acariciara, mientras se adormecía.

—¿Te sientes mejor? —preguntó una voz que parecía venir de muy lejos.

Abrió nuevamente los ojos. Estaba anocheciendo. Rondol se hallaba acuchillado a su lado. El hechicero había perdido mucho de su primitiva afectación, y ahora parecía casi bondadoso.

—Mucho mejor —contestó soñoliento—. Gracias, Rondol.

Rondol frunció el ceño.

—El otro —dijo—, el que siempre estaba tan seguro de todo...

—¿Ernie?

—Sí. No quería dejar que lo ayudara. Fuí a verlo tan pronto como descubrí la naturaleza del mal de ustedes. Empezamos a cantarle, a invocar a las fuerzas del bien para que lo ayudaran, pero él nos maldijo y ordenó que nos marcháramos —se encogió de hombros—. Nos fuimos. Ha muerto. Nos hemos deshecho ya del cuerpo.

Muerto. Cincuenta y cuatro habían subido a bordo del Juárez, y ahora sólo quedaban dos.

Martin Ashley se sentía aún en medio de una bruma de sueño. Indudablemente, pensó, había sido narcotizado. La voz de Rondol descendía hasta él desde una caliginosa altura.

—Ahora nos dejarán ustedes muy pronto, Martin. Ya los hemos estudiado lo suficiente; no queríamos hacer peligrar más sus vidas, y hacer que piensen mal de nosotros.

¿Estudiado a nosotros? ¿Estudiado a NOSOTROS?

Trató de pensar, pero estaba demasiado cansado. Era mucho mejor estar tendido, inmóvil, escuchando el viento y los mil ruidos de la noche que se acercaba.

Se quedó dormido.

Cuando volvió a abrir los ojos ya era de día: una mañana clara y brillante que se lo hizo doler. Y la mañana estaba llena de ruido: un restallido violento y atronador que parecía precipitarse de los cielos y retumbar por las calles de la aldea. Alcanzó a vislumbrarle fugazmente, un destello plateado al sol que atravesaba velozmente allá, muy alto, en una órbita de retardación.

Una espacionave.

Y de las grandes.

LA nave se alzó sobre la cola, y descendió. Martin Ashley la observaba mientras perdía altura, suspendida en el aire como un hábil nadador manteniéndose de pie en el agua, hasta que los altos árboles la ocultaron de la vista.

Un agudo zumbido continuó sonando durante un largo minuto, y luego el silencio nuevamente, un silencio más sonoro aún en sus oídos. El mundo se lanzó precipitadamente a llenar el vacío, con susurros del viento y gorgoteos del agua al saltar sobre las rocas y murmullos de la vida en la aldea.

La nave había aterrizado... en la

pradera, evidentemente, no muy lejos de la vacía chalupa del Juárez.

Rondol ayudó a Ashley a ponerse de pie, dejándole una mano sobre el hombro para sostenerlo. El mismo Catan, el "jefe" de los Nern, ayudó a Bob Chávez. Una muchacha, cuyo nombre era Lirad, marchó delante de ellos saliendo de la aldea por el camino que pasaba entre los árboles.

Un poco confundido aún e inseguro sobre lo que estaba ocurriendo, Martin Ashley se volvió una vez hacia la aldea de los Nern, como para dirigirle una silenciosa despedida. Rondol, que marchaba a su lado, pareció a punto de hablar, pero nada dijo.

Por increíble que pareciera, se estaba marchando. Pero... ¿dónde iban?

Siguieron andando bajo los pinos hasta que llegaron al linde del bosque, y la pradera de alta hierba se extendió ante ellos. Allí, al sol, descansaba la poderosa espacionave que viera poco antes como una chispa de plata en el cielo, y algo más allá se hallaba la chalupa que los había traído a Carinae IV. Esta última parecía reducida a la insignificancia por el imponente gigante que dominaba el campo.

Los tres Nern observaron a la gran nave sin envidia ni curiosidad. Ashley los observaba estrechamente. Llegó a la conclusión de que se reflejaba en sus ojos cierto afecto, pero eso era todo. Como un hombre podría volver los ojos hacia los inolvidables juguetes de su infancia.

—Son nuestros hermanos de las estrellas —dijo Catan calmamente—. No les teman. Ellos los llevarán a sus hogares.

Martin Ashley tuvo un sobresalto. Les estaba ocurriendo todo con tanta rapidez, que no podía organizar sus pensamientos. Había renunciado a la Tierra como algo fuera de su alcance para siempre, y ahora Catan les habla-

ba del hogar como la cosa más natural mundo. Ashley sintió que multitud de encontradas emociones estrechaban en su cerebro, y trató desesperadamente de decir algo... algo para lo cual no encontraba palabras de lenguaje ninguno. Tuvo la sensación de haber captado un vislumbre, una simple sugestión de algo maravilloso... y ahora eso le iba a ser arrebatado, y él estaba libre para irse a su hogar.

Nada dijo, porque no sabía cómo hacerlo. Bob Chávez, a su lado, también estaba en silencio.

—Te echaremos de menos, Martin —dijo Rondol—. Eres un buen hombre.

Y luego la muchacha, Lirad, se acercó a él. No era lo que se considera habitualmente una mujer hermosa, pero su cabello oscuro enmarcaba el rostro más sensitivo que Ashley viera jamás; sensitivo y al mismo tiempo revelador de firme decisión y carácter amable. ¿Cómo era que no la había advertido antes? Suavemente, ella le tocó el hombro con la mano. Lo miró hondamente en los ojos, sonrió débilmente y no dijo nada.

Tan pocas palabras, tan poco tiempo les quedaba ya. Pero Ashley sabía que algo había pasado entre él y los Nern, algo nuevo, algo que sería suyo si él podía simplemente extender la mano y tomarlo.

Demasiado tarde.

Dos hombres uniformados, vigorosos y eficientes salieron de la nave, intercambiaron cordiales saludos con los Nern, y se hicieron cargo de los dos hombres de la Tierra. Cuidadosamente, los condujeron a través del prado hasta la espacionave que se erguía hacia el cielo.

El sol había desaparecido, y la aldea, y los pinos. Ahora estaban allí nuevamente los metales y las máquinas, y los zumbidos y chicharras y clics. Y los rostros alerta, las actividades ordena-

das, las bromas y la pericia de los hombres uniformados.

—Bienvenidos a bordo, caballeros—dijo el capitán, hablándoles en el lenguaje de los Nern—. Pónganse cómodos.

El amortiguado despegue y el sacudón de la gravedad suavemente compensado revelaron a Martin Ashley que se encontraba en una nave junto a la cual el viejo Juárez parecía un tosco experimento.

—¡Háblales un poco de la rueda! —exclamó entusiasmado Bob Chávez, radiante el rostro de placer.

Martin Ashley sonrió, tratando aún de organizar sus pensamientos. Todo había ocurrido con tanta rapidez...

Sólo sabía que estaba nuevamente en el espacio, y que los Nern habían quedado atrás.

UN "día" después descendieron en Carinae V.

Salieron de la nave a un espaciopuerto de hormigón, el mayor que ninguno de ellos viera jamás, con verdes jardines en lo alto de las murallas y las torres de una blanca y resplandeciente ciudad que centelleaba al sol algo más allá.

—Este, según creo, es el planeta que no tenía tecnología —dijo Bob Chávez frunciendo el ceño—. Da la impresión de que en nuestro reconocimiento inicial se hubiera cometido un ligero error.

—Se indicaban dos planetas que aparentaban ser ecológicamente perfectos, si no lo ha olvidado —señaló Ashley—. Pero parecen haber alcanzado su punto decimal en el lugar inexacto. En realidad, ni siquiera tienen un punto decimal.

Todo fué muy rápido y cumplido con gran cortesía. Un veloz helicóptero los recogió para trasladarlos prestamente a la ciudad, depositándolos sobre la terraza de una torre. Un silencioso ascensor los sumergió en las profundidades

del edificio y se detuvo en el piso veinticinco. Al abrirse la puerta pasaron directamente a una gran oficina, elegante y confortable, con notables pinturas en las paredes y un gran ventanal, el cual daba a un jardín que era una verdadera orgía de color.

Un hombre se levantó ágilmente de detrás de un escritorio, y avanzó hacia ellos con la mano extendida a la manera terrestre. Era un hombre corpulento, de más de un metro ochenta de estatura, que debía pesar fácilmente alrededor de cien kilos, muy revuelto el pelo castaño y con una franca expresión de cordialidad en sus ojos del mismo color.

—Me alegro muchísimo de tenerlos con nosotros —expresó en un inglés impecable, con una voz poderosa y tonante que llenó la amplia habitación—. ¡Muchísimo, realmente! ¿Cigarrillos? ¿Van a beber algo? —Se echó a reír, y su risa era, como él, poderosa y franca. —Tomen asiento.

Martin Ashley se sentó. Se hallaba aún un poco débil, y comenzó a dominarlo la penosa sensación de parecer algo así como un chiquillo algo estúpido. La personalidad de aquel hombre era como un puñetazo en la cara, pero a él le gustó de inmediato. Para ocultar su nerviosidad, sacó su pipa, la cargó sin apuro y la encendió con un fósforo.

—Mi nombre es Shek —dijo el anfitrión. Hizo saltar un cigarrillo de su marquilla, y el primer misterio quedó resuelto. Era idéntico al que Ashley

había encontrado aquella noche, hacía ya tanto tiempo, en las afueras de la aldea de los Nern. Una chispa brilló en su extremo mientras Shek lo sostenía entre los dedos, y prontamente quedó adherido como por milagro a un extremo de la boca de éste, que continuó hablando tranquilamente—. El nombre debe parecerles algo exótico, me imagino, pero Martin Ashley es también un aullido, o lo sería para ustedes si estuvieran en mi lugar.

Shek recorría la habitación, echando nubes de humo que el acondicionador de aire trataba valientemente de expulsar por la ventana. Tenía mucho lugar para pasearse, y por cierto que lo necesitaba.

—Pues bien —continuó con su voz profunda—, sé muy bien lo que ustedes deben estar pensando, de modo que dejemos de lado las preguntas, para poder pasar un buen rato agradable. —Apuntó a Martin Ashley con un dedo enorme. —En realidad, usted ya conoce las respuestas, y lo único que tiene que hacer es sacudir un poco la modorra y sacarlas a la superficie.

Ashley sonrió dudosamente y se concentró en su pipa.

—Se lo demostraré —siguió diciendo Shek—. Yo haré las preguntas. Primeramente, ¿cómo fué que no consiguieron localizarnos ustedes con el equipo de reconocimiento del Juárez?

Tras una breve vacilación, Ashley repuso:

—Están ustedes protegidos por una pantalla, supongo.

Tijereteando hormonas

UN tal doctor Li ha conseguido aislar, de entre los 39 aminoácidos que componen el A. C. T. H., una cadena de 28 que tiene todas las propiedades biológicas de la hormona íntegra. Esto abre el camino para obtener por vía sintética esta costosa sustancia. Los trabajos de Li consumieron la fabulosa cantidad de 360,000 hipófisis de carnero.

—¡Naturalmente! Es la única respuesta posible. ¿Ha visto? Sabe usted mucho más de lo que creía. Es una larga historia, y muy aburrida probablemente para ustedes, pero como consecuencia de ella preferimos establecer *nosotros* contacto con los demás, en lugar de permitir que los forasteros anden metiendo aquí las narices a cada momento. —Se dió el puño contra la palma de la mano con un resonante chasquido. —No tienen ustedes idea de la cantidad de mirones que andan revoloteando por el espacio, excluyendo la presente compañía, desde luego. ¡Hombre, no querrán creerlo! ¡Pero un bonito equipo descendió aquí antes de que hubiéramos extendido la pantalla, y trató de colonizar el campamento!

Estalló nuevamente en estruendosas carcajadas, y Martin Ashley se sintió un poquito incómodo. Ese tiro había dado muy pero muy cerca del blanco.

Sí, señor —prosiguió impetuosamente Shek, disparando las palabras como ristas de cohetes—. La siguiente pregunta: ¿Cómo supimos nosotros dónde se hallaban ustedes, y cuándo teníamos que ir a recogerlos?

—Pues bien, pudieron captar el mensaje del Juárez —sugirió Bob Chávez.

—O los Nern se pusieron en contacto con ustedes de alguna manera —agregó Ashley. Se estaba sintiendo algo mejor, y ensayó hacer un anillo de humo que atravesó bomboleante la habitación para salir finalmente por la ventana.

—¡Bonito anillo de humo! —lo cumplimentó Shek. Y él a su vez lanzó uno con el rostro radiante de orgullo—. Las respuestas de ambos son correctas, desde luego. Captamos de inmediato el mensaje del Juárez, y comprendimos que lo pasarían perfectamente si no se precipitaban a hacer algo estúpido. Luego Rondol nos dirigió una llamada.

—¿Cómo? —preguntó Ashley, empezando a sentirse mareado nuevamente.

—De la manera habitual —repuso Shek riendo, mientras seguía paseándose de arriba abajo por la habitación y echando humo—. Nosotros efectuamos un pequeño... humm... intercambio con Rondol y los demás, y tenemos que estar ocasionalmente en contacto con ellos. De modo que hay allí un buen transmisor. El de Rondol está en la casa de reuniones, en medio de la plaza. Supongo que no habrán podido entrar allí.

Ashley movió negativamente la cabeza.

—Están ustedes contestando a las mil maravillas —les aseguró Shek—. La otra pregunta: ¿Qué les parece mi inglés? ¿Bueno, eh? —Sonrió con orgullo.

—No sólo bueno, fantástico —afirmó Ashley—. Supongo que lo aprendió usted por intermedio de Rondol. Pero yo ni siquiera me di cuenta de que él estaba aprendiendo mi lenguaje mientras me enseñaba a mí el suyo.

Shek sacó otro cigarrillo.

—Seguro. Tipo vivo este Rondol. Capta con mucha facilidad las cosas. Además, es el mejor médico del sistema. Ustedes, caballeros, han sido muy afortunados.

—Ya lo sabemos.

—Bueno —concluyó Shek—. Esto en cuanto a las inevitables preguntas. ¡Ya les dije antes de empezar que conocía usted todas las respuestas!

¿Conocer todas las respuestas? ¡Apenas si conocía las preguntas!

—Este es el trato —les dijo Shek. Su inglés era a tal punto impecable que costaba creer que no fuera su lengua nativa. Y la había aprendido en unos pocos meses. Martin Ashley ya estaba casi más allá del asombro. Si a Shek le hubieran brotado de pronto unas ruedas, y hubiese salido rugiendo por el pasillo, ni siquiera hubiese pes-

tañeado—. Tenemos una nave que parte hacia Centauro pasado mañana —continuó Shek—. Nos hemos hecho hasta ahora el propósito de evitar las rutas de la Tierra, pero ésta es la que tienen que seguir ustedes para volver a casa. Los dejaremos allí, donde serán recogidos en cuestión de unos días. Hay mucho tránsito espacial actualmente por ese lado.

—A casa —murmuró lentamente Bob Chávez—. Voy a volver realmente a casa.

Martin Ashley fumó su pipa y nada dijo.

LA entrevista, si así podía ser llamada, se prolongó hasta que las largas sombras del atardecer empezaron a filtrarse por los hondones desfilaros que se abrían entre las torres blancas. Martin Ashley se sentía cada vez más a gusto. El hombretón era una compañía realmente agradable, y uno de los pocos que Ashley conocía en su tipo, del que no se podía decir que fuera ni un farsante ni un asno. Shek era realmente franco y bonachón, y muy estúpido tenía que ser el que no llegara a captar el destello de sutil inteligencia que brillaba en sus ojos.

Martin Ashley se sintió más tranquilo... y eso significaba que podía pensar nuevamente. No se trataba esa vez de esas cavilaciones que lo tenían perpetuamente sumido en la consideración de los Grandes Problemas, los cuales eran, por lo general, infinitamente más ridículos que muchos de los "pequeños" problemas que toda la gente debe enfrentar en el transcurso de la existencia sólo para poder vivir, sino más bien una aguda curiosidad que operaba casi en un nivel subconsciente, adelantándose periódicamente en demanda de su atención. Había estado haciendo preguntas casi desde el momento en que aprendió a hablar, y pa-

ra bien o mal ya era muy tarde para cambiar ahora.

—Es tan sorprendente —decía Bob Chávez moviendo la cabeza—. Todo esto, quiero decir. Hace apenas pocas horas estábamos en medio de la nada, separados para siempre de nuestro hogar y de la gente como nosotros, y he nos aquí ahora... en esta ciudad fabulosa, cómodamente sentados y con un billete para volver a casa en el bolsillo.

Martin Ashley cambió de tema. Todo eso ya lo habían exprimido por completo.

—¿Cuánto tiempo hace que están ustedes en contacto con los Nern? —preguntó lentamente.

Con una sonrisa, Shek repuso:

—Hace mucho, muchísimo tiempo. Y no sólo con los Nern, sino también con otros pueblos de Carinae IV. Hemos estado en contacto con ellos durante miles de años. Si hasta podría decirse que hemos crecido juntos.

Ashley miró a Shek y le hizo la pregunta que había estado pensando durante quince minutos. No estaba expresada como tal, en realidad, pero sabía que Shek captaría su sentido:

—Han sido ustedes en extremo prudentes y medidos —sugirió—, al no tratar de interferir en la cultura de esa gente. No pude advertir la menor señal de que hubiesen tratado de remodelarla siguiendo los cánones de ustedes, a pesar de que debe haber sido una tremenda tentación... tan próximos como están, y siendo un mercado potencial tan grande. La política abstencionista que han seguido es prácticamente única para una cultura tan extraordinariamente desarrollada como ésta.

Shek rió nuevamente con sus atornadoras carcajadas, y volvió a clavar un cigarrillo en un extremo de la boca.

—Ashley —dijo—, usted sabe algo

más que eso. La verdad es que ellos fueron extraordinariamente decentes al permitirnos seguir por nuestro camino lo mejor que pudimos. —Movié la cabeza antes de agregar:— Créame usted, sería enteramente fantástico que nosotros llegáramos a considerar la idea de meternos con la cultura de los Nern: eso sería un rápido atajo hacia el olvido —y apuntó su dedo imponente hacia Ashley—. Nosotros no estamos tratando de enseñarles algo... , ¡estamos tratando de aprender!

Martin Ashley sonrió con cierta íntima satisfacción.

También esa respuesta la había conocido por adelantado.

ERA al atardecer del siguiente día. Faltaban sólo catorce horas para que partiera la espacionave hacia Centauro.

Martin Ashley había dejado a Bob Chávez en el espaciopuerto y se había hecho invitar a la casa de campo de Shek. En realidad no le resultó muy difícil, puesto que los dos habían simpatizado casi de inmediato.

Era una casa encantadora, ubicada en un rectángulo de césped y flores. La esposa de Shek era el polo opuesto de su marido: serena, apacible, recatada. El matrimonio tenía dos chiquillas pequeñas, que empezaron a perseguirse por el *living* hasta que fueron obligadas por su madre a quedarse en penitencia en un rincón. Ashley se sentía enormemente divertido por el castigo: al parecer, los métodos para disciplinar a los chiquillos no cambiaban mucho aun a través del golfo de los años-luz.

Solamente Shek hablaba inglés, desde luego, de modo que Ashley tuvo que limitar su expresión a sonrisas y movimientos de cabeza cuando no hablaba con aquél. Tenía en la mano un vaso alto con una fresca bebida, que el dueño de casa había preparado con mayores cuidados que los que él dedi-

có jamás a sus propias bebidas, y experimentó entonces una curiosa dualidad de sentimientos que ya había conocido antes muchas otras veces. Se sentía simultáneamente como un extraño y como un amigo de la familia. Le gustaba ese lugar, y se daba cuenta de ser apreciado a su vez, pero como quiera que fuese no ajustaba del todo allí. Era muy honesto consigo mismo al respecto: envidiaba a Shek su manera de vivir, y sin embargo sabía que él jamás podría vivir de ese modo.

—Shek —dijo al cabo—, hay ciertas informaciones que necesito, y he venido a verlo para que usted me las suministre. Me queda ya muy poco tiempo, y quiero que me ayude a ordenar algunos datos.

—Haré lo posible —repuso Shek de buena gana. El hombretón parecía más calmoso en su hogar que en la oficina, y se ponía así más en evidencia el lado reflexivo de su carácter—. Diga usted.

Martin Ashley tomó un sorbo de bebida, que era deliciosa.

—Desde que salí del Juárez y puse la proa hacia Carinae IV —dijo—, he estado husmeando como un gorila en un generador de energía. Desde el primer momento me di cuenta de que había algo enteramente fuera de lo común en este planeta, pero eso no es una respuesta, es simplemente un problema. Comprendí en seguida que los Nern no eran tan simples como parecían, y traté de conducirme siempre en base a la suposición de que no eran primitivos, a pesar de todo lo que su aspecto exterior pudiera indicar. Sabía que tenía razón, y usted me lo confirmó ayer cuando nos dijo que, en efecto, estaban un gran trecho por delante de ustedes, tal como ustedes lo están con respecto a nosotros...

Shek alzó la mano, objetando.

—Digamos que son diferentes —expresó—, o quizá más complejos en ciertos aspectos. Este asunto de estar “ade-

lantados” es, en mi opinión, algo bastante subjetivo.

—Aceptada la corrección —admitió Ashley de buena gana—. No es, sin embargo, ese particular problema el que debemos resolver esta noche. Pero éste es el asunto, Shek: sé muy bien, y desde hace mucho tiempo, lo que los Nern *no son*; pero no tengo la menor idea acerca de lo que son realmente—. Hizo una pausa. —Necesito saberlo, Shek. Y no me pregunte usted por qué.

Shek lo observó detenidamente.

—En cuanto a eso, supongo que usted lo sabe —repuso—. No puedo pretender, desde luego, contarle toda la historia, porque, de todos modos, no la conozco. Puedo hacerle, en cambio, una especie de descripción general. Eso es todo.

—Y será suficiente —le aseguró Ashley.

—Muy bien, Martin. Permítame llenar nuevamente su vaso. Esto habrá de llevarnos algún rato.

Martin Ashley se inclinó hacia adelante, esperando no parecer tan excitado como se sentía.

ESTA es la historia que Shek refirió, mientras las sombras del atardecer se deslizaban en lenta pero continua procesión hacia la noche.

El hombre, donde quiera que se encuentre, es un animal extraño y sumamente mal comprendido. No fué tanto el famoso “cerebro privilegiado” del hombre lo que influyó, aunque tuvo también su importancia. Fué, más bien, su habilidad para simbolizar y convertirse de este modo en un portador de cultura. La suma creciente de esta cultura fué transmitida de generación en generación, y los individuos nacían en sistemas en actividad a cuya formación poco o nada habían contribuido.

A cada nueva persona no se le ocurrieron de pronto las ideas de cocinar la comida, o jugar al fútbol o usar la

electricidad: hizo esas cosas “naturalmente”, porque “todo el mundo las hacía así”.

Ahora bien, la cultura es un proceso que se aprende, que debe ser enseñado y absorbido, lo cual es la razón de que los niños humanos sean “desvalidos” durante tanto tiempo, y tengan que pasarse casi la mitad de sus vidas yendo a la escuela en una u otra forma.

A medida que las culturas evolucionaban, se fué presentando un problema cada vez más intrincado: *¿Qué ocurre cuando la cultura se torna tan complicada que una persona no puede en modo alguno abarcarla completamente en su conocimiento?*

Los procesos tecnológicos aumentaban rápidamente de volumen toda vez que eran puestos en movimiento, y cuando las tecnologías cambiaban, lo mismo ocurría con el resto de las culturas. Estas crecían desmesuradamente en poco tiempo: de los habitantes de las cavernas a las aldeas y a las ciudades gigantescas; de las historias referidas alrededor de las hogueras a bibliotecas tan llenas de libros que era necesario un personal especializado para mantenerlos en orden.

Había demasiado para aprender. ¿Cuál era la solución?

Una salida, la que fué escogida inconscientemente por la Tierra y por los habitantes de Carinae V, fué aprender una pequeña esencia de cultura, y luego especializarse con creciente minuciosidad en un terreno técnico. Los resultados fueron a veces dolorosos: hombres de ciencia que ni conocían ni les importaban los efectos de lo que salía de sus laboratorios, soldados que combatían sin saber por qué, escritores que escribían volublemente sobre problemas que no estaban preparados para comprender, gobernantes que legislaban con una absoluta oscuridad mental. Los

hombres aprendían y aprendían y trabajaban con renovado esfuerzo, amontonando más y más cosas con las que tendría que entenderse la siguiente generación. ¿Y todo eso para qué?

Para pasar el rato, y para obtener una pensión a la vejez que jamás aprendieron a disfrutar.

Existía otra solución, y los Nern la habían adoptado mucho tiempo atrás. *Reducieron su cultura a los términos esenciales, y aprendieron a vivir de acuerdo con ellos.*

El mismo concepto de reducir los términos de una cultura, supone un conocimiento de lo que ésta era: un proceso adquirido mediante el aprendizaje, el resultado de arbitrariedades históricas, y no una "manera correcta de hacer las cosas" puramente instintiva, en oposición a todas las demás, que era erradas. Infundir esta idea a toda una población era la mayor dificultad que tenían que enfrentar, pero una vez hecho esto, el resto era relativamente fácil. Los Nern configuraron su adoctrinamiento en lo que parecía ser un rito de pasaje, una ceremonia de iniciación para los niños. Era, por cierto, una iniciación: los chiquillos habían sido educados en la estimación de los ideales de su cultura, y de pronto se les decía y demostraba que estas formas de vida eran arbitrarias y podían ser cambiadas. Esto no significaba que ya no fueran a valorarlas más, sino simplemente que debían saber criticar esos valores y ser capaces de una evaluación racional.

Se presentó entonces otro problema, o más bien dos problemas. ¿Qué era lo esencial, y para qué era esencial?

Los Nern tomaron como meta el valor de la supervivencia con un máximo de integración, coherencia de función, realización individual, constante demanda y paz. No era Utopía, desde luego, sino una verdadera cultura, con verdaderos seres humanos, y esperanzas y

temores y dolores verdaderos.

No se encontraron desvalidos, ni aun después de haberse decidido en contra de una cultura mecánica que se multiplicaba eternamente. Conocían realmente la cultura, que era la posesión más privativa del hombre. Dominaban por entero el proceso cultural: sabían qué semillas sembrar en otras culturas para producir cualesquiera de los resultados deseados. Conocían los puntos cardinales de las culturas: mediante la psicología y la hipnosis podían convertir, a la distancia, a un enemigo en aliado, o lograr que se destruyera a sí mismo en una guerra civil.

Habían encontrado los verdaderos "corredores ignorados de la mente" y los exploraron bien a fondo, sin dejar rincón sin revisar.

A simple vista, como Ashley observara, sólo había una cultura planetaria sorprendentemente uniforme, que vivía en base a una economía mixta y empleando solamente las herramientas más simples. Había hechiceros, y rituales y organizaciones sociales referidas a la división en mitades. Había, asimismo, una elaborada serie de mitos sobre los hermanos y hermanas estrellas, con sus hogueras en el cielo.

Pero por debajo todo era diferente. Muy diferente. Bajo la superficie de esa "uniforme" cultura planetaria existía una tremenda diversidad cultural. Cada grupo era único y distinto en la forma en que estaban ensamblados sus elementos, en los valores dominantes por los cuales se regía su cultura. La pesca, la caza, la recolección y la limitada agricultura servían para fortalecer los lazos de la gente con la tierra donde vivía, y hacer que la apreciaran, en ausencia de una economía comercial. Habían descubierto que las máquinas eran útiles, y nada "malas", pero habían descubierto también que tenían un precio que ellos no podían pagar.

4
nuevos éxitos
de la

COLECCION NEBULAE

Isaac Asimov

EL FIN DE LA ETERNIDAD

John Wyndham

LAS CRISALIDAS

Murray Leinster

ATAQUE DESDE LA CUARTA DIMENSION

Arthur Clarke

CLARO DE TIERRA

de **RECIENTE APARICION**

Francis Carsac - **LOS ROBINSONES DEL COSMOS**

David Duncan - **LA FUENTE DEL EDEN**

Will Jenkins - **ATENTADO A LOS ESTADOS UNIDOS**

Murray Linster - **GUERRA A LOS DJINNS**

**DISTRIBUCION
EXCLUSIVA**

Precio de c/vol., \$ 25.-

LIBRECOL

**HUMBERTO 1º 545
BUENOS AIRES**

Una solución para un sistema especializado fué la de construir robots; otra, eliminar por entero los trabajos inútiles. Sus sembrados no eran fatigantes; requerían muy poco tiempo y producían abundantes resultados. Al mismo tiempo, cuando uno comía algo sabía de dónde provenía y no lo tomaba como algo muy natural. Los hechiceros eran verdaderos médicos, que combinaban la medicina psicosomática más avanzada con "hierbas" similares a las maravillosas drogas naturales y las técnicas quirúrgicas ortodoxas, y conservaban los cánticos y salmos para evitar el divorcio entre la ciencia y la religión. Los rituales replanteaban los valores de la cultura y eran considerados como grato pasatiempo al tiempo que como eficaces recursos estructurales para la sociedad. La actitud que se tenía hacia ellos no era muy distinta de la que suscitaba Santa Claus en América: algo en lo que sólo los chicos creían literalmente, pero que todos los adultos podían apreciar y compartir. La división dual de la sociedad que habían establecido era un sistema concienzudamente integrado, que les proporcionaba una estructura inigualable para deportes, juegos y torneos de danzas, y sus sistemas matrimoniales preferidos eran formas de seguridad social enteramente aplicables. El lenguaje que empleaban había sido concebido con el fin de acentuar la objetividad y la tolerancia cul-

tural. ¿Y quién podía sentirse apremiado por el tiempo, cuando el día era siempre exactamente el mismo, repitiéndose continuamente?

No era un sistema perfecto, y ellos lo sabían. Cambiaba continuamente, y la gente era lo suficientemente humana como para cometer de vez en cuando alguna falta. Pero era una prueba, y una forma de hacer las cosas, y en cuanto a si era mejor o peor que otras dependía bastante de cómo se sintiera el observador respecto de tales cosas.

Los Nern habían reemplazado los libros por filosofía, danzas y cánticos, y esa filosofía era simple solamente en la superficie. Las estrellas eran sus hermanas, porque ellos habían percibido una verdadera unidad de la vida en todas partes: todo estaba relacionado porque todo integraba el mismo proceso, y para los Nern eso era un parentesco.

Y allí estaba el sol, y los árboles y las expresiones de un pueblo feliz. Quizás, en cierto modo, eso fuera lo mejor de todo. La población era pequeña, alrededor de cuatro millones de almas en todo el planeta, pero ellos no determinaban su valor en números.

—Eso es todo lo que sé sobre los Nern —concluyó Shek, dejando su cigarrillo, que se extinguió rápidamente—. Y ahora es muy tarde. Vamos, Martin; pasará la noche con nosotros. Lo dejaré en el espaciopuerto mañana por la mañana.

S E calcula que si se consigue utilizar industrialmente el proceso de fusión nuclear en que se basa la bomba de hidrógeno, con aprovechar el deuterio, o hidrógeno pesado, existente en los océanos, tendríamos reservas de energía para varios miles de millones de años.

—Es usted muy amable, Shek —repuso Ashley—. Muchas Gracias.

Le dieron una habitación en el segundo piso; una habitación con una ventana abierta al fresco aire nocturno. Se quedó despierto durante largo rato esa noche, mirando las estrellas, las hermanas estrellas, los muertos ancestrales y los que aun no habían nacido, sentados alrededor de las hogueras en el cielo...

Estaba amaneciendo cuando se quedó dormido.

LA gran espacionave gris que debía partir con destino a Centauro, a cien años luz de allí, apuntaba su delgada proa hacia el sol del mediodía, y aguardaba.

Martin Ashley había tenido que tomar dos arduas decisiones, y así lo había hecho sin vacilar. Se hallaba con Bob Chávez ante el ascensor compuerta, aguardando que subiera al interior de la nave. Esta se alzaba sobre su cabeza, como un gigante de metal, señalando a lo alto.

De pronto, le pareció que la Tierra estaba muy cercana.

—Adiós, Bob —dijo, extendiendo la mano.

Bob Chávez se la estrechó firmemente, y no hizo intento alguno de argumentar con Ashley sobre las decisiones que había tomado. *Es gracioso lo que unos pocos meses pueden hacer de un muchacho* —pensó Ashley—. *Bob se ha convertido en todo un hombre.*

Lo echaría de menos.

—Que tengas la mejor suerte del mundo, Mart —dijo Chávez—. Perdona si me porté como un tonto al principio.

—Has sido un gran compañero —repuso Martin Ashley—. Quizás algún día volveremos a encontrarnos.

—Quizá. Así lo espero. Le daré tus saludos a la Tierra.

Se encendió una luz, y el ascensor partió velozmente. Bob Chávez se había ido.

El viejo Alberto Chávez se sentiría orgulloso de su hijo ahora, pero de todos modos nunca lo sabría —pensó Martin con una leve sonrisa—. *De los cincuenta y cuatro ha quedado sólo uno.*

Dió media vuelta y echó a andar, alejándose de la gran espacionave gris, con el sol en los ojos. Se sentía muy solo ahora. Caminó lo más rápido que pudo, sin volver ni una vez la espalda.

UNA semana más tarde, Martin Ashley estaba nuevamente en el espacio.

La gran nave de Carinae V había maniobrado con rara habilidad, para ponerse a la par del casco vacío del Juárez, que seguía girando en su interminable órbita alrededor del planeta de los Nern.

En un espaciotraje extraordinariamente liviano y flexible, Martin Ashley se dirigió hacia la nave que durante tanto tiempo fuera su único hogar. Shek fué con él, y juntos entraron por la compuerta de emergencia.

Había aún en el Juárez suficientes luces encendidas como para que pudieran ver, pero en cierto modo eso mismo aumentaba la lobreguez y la tristeza del lugar. No hay nada más deprimente que una nave muerta, y el Juárez estaba muerto. Ya no quedaba allí nada, a excepción de una voz mecánica y el recuerdo fantasmal de los muertos, y las tinieblas rondaban calladamente por cámaras y corredores.

En la silenciosa sala de control, Ashley conectó uno de los amplificadores de la nave. El mensaje, interminablemente repetido en la perma-grabación, aún continuaba enviando sus propias palabras de hacia una eternidad, que quedaban flotando a la deriva en el espacio:

"ESTE ES EL "JUAREZ", ESPACIONAVE DE RECONOCIMIENTO DE LA TIERRA, VEINTE DE SEPTIEMBRE DE DOS MIL SESENTA Y SIETE... CHALUPA AL CUARTO PLANETA, SISTEMA DE CARINAE... MANTENDRA CONTACTO... SOBREVIVIENTES SON ERNEST GALLEN, RADIOOPERADOR; ROBERT CHAVEZ, APRENDIZ DE PILOTO; MARTIN ASHLEY, ANTROPOLOGO; FELIZ NAVIDAD A TODOS..., ESTE ES EL JUAREZ..."

Martin Ashley canceló el mensaje y cortó el transmisor. Ya no hacía falta, con Ernie muerto y Bob ya en viaje de regreso.

La última voz del Juárez fué acallada, y ni Martin Ashley ni Shek quebraron el silencio.

Apararon todas las luces y volvieron a la nave que los aguardaba.

Esta partió velozmente... hacia Carinae IV.

—En cierto modo lo envidio, Mart —dijo Shek—, pero no por mí.

—Es gracioso —repuso Ashley—, pero exactamente lo mismo pensé yo en su casa.

—Vendré a verlo alguna vez. Muy pronto.

—Lo aguardaré con mucho gusto.

Y la gran espacionave descendió... en un mar de hierba, junto a una diminuta chalupa espacial que se erguía solitaria, como una estatua exótica en los campos de la noche. Martin Ashley desembarcó, en medio de la oscuridad, y momentos más tarde la nave de Carinae V se elevaba hacia la inmensidad sin límites con un agudo y prolongado rugido.

Martin Ashley se estremeció. Durante toda su vida había sido un hombre en busca de algo innominado. La búsqueda lo había llevado a las escuelas y a través de los años-luz, y una vez, con

carol, había estado a punto de hallar lo que quería. Y ahora, después de tanto tiempo...

Era demasiado viejo y había vivido demasiado intensamente para que por fin hallado. Quizá los hombres jamás lo encontraban, y ése era el secreto que los mantenía andando. Pero ahora, por lo menos, había una posibilidad.

Una posibilidad.

La nave se había marchado, y ahora reinaba un silencio absoluto. El silencio de la noche y de la tierra solitaria.

Martin Ashley tuvo un escalofrío.

Sabía que los otros lo estaban observando.

SALIERON de las sombras, donde habían estado aguardándolo, Rondol, Catan y la mujer, Lirad. Esta sonrió y le tomó la mano.

—Bienvenido, hijo mío —dijo Catan—. Hemos estado esperándote. Martin Ashley dijo entonces, vacilante:

—Creo que ya sé lo que pasó con Bob. Ustedes... lo enviaron... de vuelta a la Tierra, ¿verdad?

Rondol asintió.

—Tu gente es joven, y muy agresiva —dijo—. Nos encontró una vez, y volverá a hacerlo. Nosotros plantamos sólo una semilla, muy pequeña, en tu joven amigo... una semilla que florecerá lo suficiente para que tu gente esté deseosa de escucharnos y cooperar la próxima vez que se crucen en nuestro camino. Tú o tus hijos pueden hablar con ellos, y podemos ser amigos, en lugar de enemigos. Tu amigo deseaba volver a su hogar, de todos modos. Ya lo sabes. Nosotros no le hicimos daño alguno.

—Dejo, pues, que se marche —dijo Ashley lentamente—. ¿Y yo? Debo saberlo. Sé que ustedes no me mentirán.

—A ti nada te hicimos, Martin —dijo Rondol—; tú eras uno de los nuestros desde el principio; siempre lo has

sido. Tu decisión fué resultado del libre albedrío, por lo menos hasta donde cualquier hombre puede considerarse dueño de sí mismo.

—Vamos, entonces —dijo Martin Ashley—. Estoy pronto.

LO oyó antes de verlo, mientras marchaba por el sendero bajo los pinos. Tambores y voces que cantaban en la noche. Y luego los vió aguardando: los fuegos anaranjados que ardían en la aldea de los Nern.

Ya había visto antes todo eso, hacía mucho tiempo, con Ernie y Bob, ocultos en ese mismo bosque.

El rito de pasaje, la ceremonia de

iniciación durante la cual el niño pasaba a la adultez.

Esta vez, bien lo sabía, era para él. Apretó con fuerza la mano de Lirad.

Con una humildad más grande que la que sintiera jamás, y con un orgullo que ardía como una llama en su interior, avanzó hacia los tambores y los cantos, hacia ese pueblo que estaba aguardando para recibirlo en su seno.

Miró una vez hacia lo alto. Allí estaban, en incontables millones, sus hermanos y hermanas estrellas, los que habían muerto y los que aún no habían nacido, centelleando en el cielo.

Todos sonrieron, comprendiendo.

Erguido, con la cabeza alta, Martin Ashley siguió andando hacia la aldea.

Lléveles Ud. la buena nueva...

Lléveles

CLAUDIA

la gran revista moderna
en maravilloso color

DONDE HAYA UNA MUJER Y UN HOGAR... ALLI DEBE ESTAR

CLAUDIA Con sus secciones íntimas y sus notas espectaculares... con sus cuentos inolvidables... con su despliegue de belleza y de modas... con sus consejos, útiles y prácticos, para hacer la vida más grata y más confortable...

Ya apareció **CLAUDIA** cuesta \$ 5.-

PARA LOS PSICÓLOGOS,

EL ANIMAL

MÁS INTELIGENTE

ES EL GORILA

DESDE hace más de dos años, se hacen experiencias en todos los parques zoológicos sobre la inteligencia de los animales. Más de un centenar de psicólogos —la mayoría de ellos en los Estados Unidos— se dedican arduosamente a investigaciones cuantitativas en ese sentido.

De todos los animales, el más inteligente parece ser el mono chimpancé. Entre los más estúpidos —mal que pese a muchos— se encuentran los mejores amigos del hombre el caballo y el perro.

El perro no tiene igual en cuanto a fidelidad. Convenientemente educado, puede dar la pata o saltar a través de un aro. Para ello basta enseñarle claramente la lección. Pero esas habilidades no implican ningún esfuerzo de razonamiento. Cuando se lo somete a una experiencia en la que debe resolver una dificultad nueva, el perro más

desilusiona por completo. Claro que se obstinará horas enteras a poco que uno le dé una palmadita amistosa.

En esta clase de experiencias, lo difícil es encontrar un estímulo eficaz. El ofrecimiento de comida tiene, muy a menudo, ese poder. Los chimpancés, sin embargo, reaccionan por su inclinación natural a aguzar el ingenio y por el placer de burlarse del experimentador. Uno de ellos fué introducido un día en una habitación llena de juguetes mecánicos, donde se lo abandonó con todo sigilo. ¿Cómo se condujo el animal, una vez solo, en presencia de todos esos objetos? Un sabio psicólogo espíó la escena por el agujero de la cerradura. Todo lo que vió fué un ojo brillante que lo miraba desde el otro lado.

Otro investigador inventó otro test: suspendió una banana fuera del alcance de lo menos de un chimpancé. Un me-

tro y medio largo separaba al animal de la fruta. Sobre el suelo, dispersas, se habían dejado algunas cajas. ¿Tendría el mono la astucia de apilarlas para alcanzar la banana? Tras medir con los ojos la altura que debía alcanzar, el chimpancé tomó al psicólogo por el fundillo de los pantalones, lo llevó hasta debajo de la fruta, y luego, de un solo salto, se encaramó sobre las espaldas del sabio y se apropió de la banana en diez veces menos tiempo del que hubiera necesitado para colocar las cajas una encima de otra.

El récord del mono "cebus"

Una experiencia destinada a medir la inteligencia de los animales consiste en colocar comida dentro o fuera de una jaula especial. Para abrir la puerta es necesario empujar un pestillo, caminar sobre un disco, o cualquier otro gesto parecido. Algunos puerco-espines aprendieron a abrir las jaulas bajando una palanca, levantando un janchito, tirando de un pasador y apretando un botón. En una de estas cajas, donde el animal debía, para accionar la cerradura, avanzar y retroceder sucesivamente sobre una serie de discos, una rata blanca aprendió a caminar sobre dos discos, un gatito llegó a siete discos. El récord lo estableció un mono "cebus" que consiguió abrir una jaula cuyo mecanismo exigía que marchara sobre discos 22 veces, en correcto orden.

Los perros se comportan en forma lamentable ante este género de cajas. Todo son golpes con las patas y carretas sin sentido. Si uno de ellos llega a abrir, es generalmente por simple azar. Unos perros habían terminado por aprender a bajar una palanca, que les permitía abrir una caja con un hueso dentro. Los psicólogos cambiaron ligeramente la orientación de la caja,

y los perros, confundidos, se perecían buscando con todas sus patas el mecanismo en su vieja ubicación, sin advertir que lo tenían a pocos centímetros de distancia.

¿Quién es más inteligente, el perro o el gato? Los psicólogos dudan y no se pronuncian. En muchas experiencias, el perro demostró una cierta superioridad, pero, según piensan los hombres de ciencia, ésta se debería parcialmente a su extraordinario deseo de satisfacer a los experimentadores humanos.

¿Cuál es el verdadero nivel intelectual del magnífico cuadrúpedo que es el caballo? El profesor Frank Beach, de la Universidad de Yale, declara:

—Los caballos hacen triste papel en tests de inteligencia que resuelve fácilmente cualquier cerdo que se respete. No son más brillantes compitiendo con las vacas.

En un test colectivo en el que intervinieron una ardilla, un gato, un perro, un mono y un caballo, este último evidenció absoluta torpeza. Se trataba de una sala con cuatro puertas, una al lado de la otra. Tres de ellas estaban siempre cerradas con llave. El juego consistía en advertir que la puerta no asegurada en una de las experiencias, lo estaba siempre en la siguiente. El mono comprendió inmediatamente que había que eliminarla. Ni el perro ni el gato llegaron a esa conclusión y optaron por ensayarlas todas hasta dar con la puerta abierta. El caballo, por su parte, se obstinó en piafar ante una sola puerta sin mostrar nunca el más mínimo destello de reflexión. Ocupó el último puesto, junto con la ardilla.

Según el profesor Niess, los animales salvajes se comportan, en todas las experiencias de laboratorio, mucho mejor que los animales domésticos.

—Sin duda —dice—, porque estos últimos nunca tuvieron que desarrollar su iniciativa para alimentarse.

El ratón es un pícaro

Para los psicólogos el más pícaro de los animales es el ratón. Entra nuevamente en la caja mecánica cuya puerta ya abrió, por el solo placer de accionar el sistema. Un experimentador construyó un día una jaula en la que un ratón debía apretar dos pedales diferentes, tirar de un piolín, levantar un pasador, deslizar una clavija, soltar un gancho y bajar una palanca. Poco tiempo hizo falta al animal para llevar a cabo esta evasión a lo Houdini en diez segundos solamente.

Un tejón y un ratón que estaban en la misma jaula se evitaron al principio prudentemente. Después el tejón se quedó inmóvil, sentado y con la boca abierta, durante algunos minutos. Curioso, el ratón se acercó más para ver qué ocurría. Finalmente, miró dentro de esa boca que tanto lo intrigaba. El otro cerró sus mandíbulas con un golpe seco. Cuando la víctima, chillando, consiguió desprenderse, su demasiado curioso bigote había quedado entre los dientes del tejón.

Otro animal que inspira a los psicólogos creciente respeto es el elefante. En el curso de una experiencia, los elefantes comprendieron rápidamente que había que tirar de una cuerda para conseguir alimentos. En la India realizan tareas que exigen un esfuerzo de inteligencia bastante grande, sin que el hombre tenga que vigilarlos mucho. Los elefantes amontonan troncos en pilas bien hechas y parecen comprender perfectamente la utilidad del plano inclinado. Colocan el tronco sobre el borde de una rampa, lo orientan cuidadosamente con la trompa en la posición requerida, y luego, tras empujarlo con el pie delantero, observan con ojo crítico el momento en que el madero cae al agua, levantando espuma.

Los chimpancés tienen miedo de las ratas

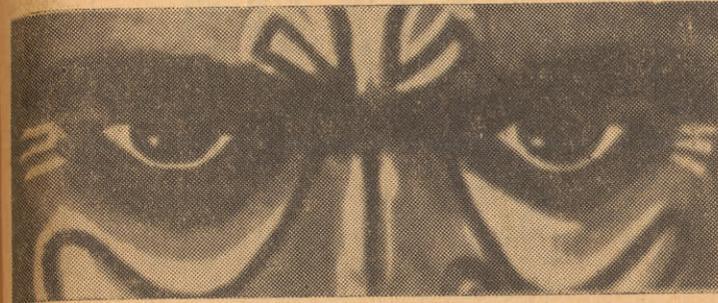
Un sabio norteamericano, el doctor John Wolfe, inventó una máquina parecida a las que, en los parques de diversiones, entregan algo a cambio de una moneda. En lugar de éstas usó fichas. Introduciendo un disco blanco, se obtenía una naranja. Luego de una sola demostración, un chimpancé se apoderó ávidamente de una ficha blanca, la metió en la ranura correspondiente y recogió su fruta.

Los doce chimpancés de la experiencia fueron presa de un verdadero frenesí de "dinero" y el doctor Wolfe tuvo la idea de hacérselo ganar. Para obtener una ficha había que levantar un peso de diez kilos. Uno de los monos estuvo a punto de comprometer su salud, ganando 185 fichas blancas en diez minutos. Es de hacer notar que trabajaba con más ardor cuando sus fondos estaban en baja que cuando disponía de una buena reserva.

Después, el doctor Wolfe complicó más aún el juego. Las fichas blancas siguieron valiendo una fruta; pero las azules valían dos. Los discos de latón no tenían premio, pero una ficha amarilla daba derecho a un paseo "a babuchas" sobre los hombros del investigador. No tardaron los chimpancés en desdeñar los discos de latón y preferir las fichas azules a las blancas. Una tarde el doctor Wolfe puso una rata blanca sobre el piso. Los chimpancés tienen miedo a las ratas. El primero que la vio se precipitó sobre su reserva de fichas, eligió una amarilla, la colocó en la ranura y saltó sobre las espaldas del sabio dando gritos frenéticos para que lo alejara pronto del lugar.

El doctor Wolfe, que se pasó la vida estudiando a los monos, afirma que el gorila supera aún al chimpancé, por su similitud psicológica con el hombre.

¡qué aventuras!



Sargento Kirk en

LOS CABALLOS DE WAHTEE

Misterix en

PESADILLA INFERNAL

Bull Rockett en

MATADOR DE HOMBRES

Mariano Flores en

LA PATRULLA MISTERIOSA

\$5.-

¡qué cuentos! ¡qué notas! ¡qué fotografías! ¡qué chistes!

EL MARTES 4 DE JUNIO APARECE

super **MISTERIX**

ILUSTRÓ ELI DELL

LA 3^a MANO

Los Adaptantes eran tan útiles que no se los podía matar así como así. Había que emplear la inteligencia...

ALGUIEN les había puesto por nombre los Adaptantes, y el nombre había perdurado.

Era un nombre que los describía perfectamente. Podían adaptarse a cualquier cosa. El planeta de donde procedían era, naturalmente, el origen de esa capacidad. La presión de su superficie era inconstante. Si se ponía en él a un ser humano, desprovisto de su traje espacial, y se le hacía caminar, es-

tallarían a los tres pasos, porque no estaba hecho para vivir en un mundo de presiones atmosféricas inconstantes.

Pero los Adaptantes sí podían vivir en él.

En su planeta, cambiaban de tamaño y forma casi con cada paso. Echaban manos nuevas para asirse de las formaciones de roca volcánica; les crecían piernas para atravesar el eterno hielo de los lagos... como si fueran arañas. Sus

brazos salían y desaparecían, lo mismo que las piernas y las manos, en el preciso momento que los necesitaban. Crecían y se hinchaban como el humo.

Pero estaban hechos de carne. Eso era lo más extraño de todo. Tenían carne como los humanos. Mas a diferencia de los humanos, podían adaptarse a cualquier cambio de la naturaleza. No tenían que alterar las cosas, construyendo puentes o haciendo trajes de buzo. Podían hacer lo que quisieran. Eran Adaptantes.

Lessinger no figuraba en la expedición que descubrió el planeta. Así que estaba acostumbrado a la idea de su existencia antes de verlos. Al principio, como los demás, se había negado a aceptar que pudiera haber una forma de vida tan versátil. Había echado la culpa a la fiebre del espacio, atribuyéndole las historias que publicaban los diarios acerca de lo que habían visto los descubridores. Decía que era imparcial; que podía creer cualquier cosa. ¡Pero una cosa así!

Y su esposa, Molly, había reaccionado como él, y los dos habían tratado de hacerse a la idea, buscando sus posibilidades más fantásticas y risibles. Hasta se habían reído de ella —se dijo Lessinger—. ¡Diablos! ¡Hasta se habían reído! ¡Pero ahora no era cosa de risa ni mucho menos!

Miró su tablero de instrumentos, sin verlo. Se volvió y miró a Mike. Y Mike le sonrió. Era un chico agradable. Limpio. Derecho. Hasta buen mozo, a su modo. Fácil de tratar. ¡Peor para él! Era una lástima que fuera demasiado limpio, demasiado derecho, demasiado fácil de tratar. Una lástima que Lessinger le odiara de muerte.

¡Y cómo no! Mike era un Adaptante. ¡Su Adaptante!

Lessinger pensó amargamente en ello.

Claro está que en cuanto se empezaron a enviar a las criaturas de la Tierra, no hubo medio de impedir que vinie-

ran. Eran tan útiles. Se adaptaron a la atmósfera de la Tierra como si hubieran nacido en ella. Se ponía a uno de ellos en medio de un grupo y se le confundía con los demás. Era imposible distinguirlos. ¿O tal vez sí? Por el aspecto no, desde luego. Pero sí por otras cosas.

Dos semanas después de que llegara el primer cargamento, un tipo que ocupaba un puesto muy importante descubrió que el Adaptante podía hacer cinco veces más trabajo que el ser humano. Tres semanas más tarde, y las naves espaciales no podían cubrir con toda la velocidad que se les pedía el espacio que separaba a Limnos de la Tierra.

“Gracias a Dios, —pensó Lessinger—, gracias a Dios que los hacía estériles.” De no ser así, habrían acabado con toda la humanidad. Habrían ahogado la población humana, asfixiándola, como los hongos asfixian la vida de un árbol. Era algo por lo que uno debía estar agradecido, aunque le dejara a uno un gusto desagradable en la boca. Aunque lo hiciera pensar cosas realmente desagradables...

Seis meses después de que el primer Adaptante llegó a la Tierra empezó una ola de huelgas. ¡Los disgustos del trabajo habían empezado! Algunos humanos iniciaron acciones enérgicas contra los Adaptantes. Hasta llegaron a matar a algunos de ellos. Pero era muy difícil matarlos. Como tuvieran un instante de aviso, crecían y se escapaban del lugar peligroso. ¡Sí! ¡Crecían! El único medio de matarlos era empujarlos sobre una máquina que se moviera de prisa. O sino, dejarlos morir de hambre.

Bueno, el primer método se había puesto a prueba. A muchos de los habitantes de la Tierra no les gustaba perder el empleo porque unas criaturas de otro planeta podían echar miembros nuevos cuando querían. Se enfurecieron. Se tomaron la justicia por su mano. Y mataron.

Entonces, el Estado se enfureció también. La pena capital había sido abolida siglos atrás. Había que buscar la frase en una enciclopedia, para saber lo que significaba. Pero el Estado no podía permitirse el lujo de perder unas criaturas que habían traído desde el otro extremo del Espacio. Y mucho menos cuando eran tan útiles como los Adaptantes. Así que volvió a ponerse en vigor la pena capital. Para los que mataban a los Adaptantes. Vamos. ¡Maten todos los humanos que quieran! Todo lo peor que puede pasarle es que lo condenen a cadena perpetua, o quizá que lo destiernen a Marte. Pero mate un Adaptante (sólo uno), y ya verá lo que le pasa.

Claro que los sindicatos obreros no aceptaron aquello de brazos cruzados. Lucharon del mejor modo posible. Pero la respuesta de los grandes negociantes era siempre la misma. Siempre decían que el pueblo saldría beneficiado al final. La abundancia para todos, era un grito de guerra. La Tierra desbordante de miel y leche. ¡Ah-já! Y después de eso, la cola de los que iban a cobrar el subsidio del paro.

“Si los Adaptantes se dieran más cuenta de su situación, —pensó Lessinger—, estarían donde yo estoy ahora. Pero todavía no han llegado a eso, hay que darles tiempo. Uno o dos años. Darles un poco de tiempo para que se encajen bien en el ambiente y luego verán. ¡Van a quedarse con todo!” Y ya iban camino de ello. Eran gentes de confianza, decían los patrones. Podían hacer las cosas mejor, y más de prisa, que los humanos.

Por ejemplo, ahí estaba el hermano de Lessinger. Decía que ya estaba todo lo cerca de la frontera del espacio que quería estar. Solía reírse cuando se llamaba a sí mismo en terrestre verdadero. Solía decir que era el único miembro de la familia que tenía sus dos pies en la tierra.

Y precisamente eso era lo malo.

Una mañana, fué a su trabajo como de costumbre y se encontró con que un Adaptante había ocupado su puesto. Se quejó al capataz.

—¡Si puede mantenerse sobre tres pies, le doy en seguida su puesto!

Eso fué lo que le dijeron.

Y no habría sido tan mala la cosa si su versatilidad hubiera terminado ahí, si todo lo que hubieran podido hacer hubiera sido echar miembros nuevos cuando los necesitaran. Pero era algo más que eso. Era algo más que un juego de salón.

Se adaptaban también mentalmente. Tomaban el mismo color como si fueran camaleones mentales, del ambiente en que se les colocaba. Las mujeres los adoraban. Y eran estériles.

Las mujeres los adoraban y uno no podía estar nunca seguro de ellas.

Como en el caso de Molly.

Muy bien, había sido un estúpido. Cuando empezó aquello no vio adónde iba o parar. Pensó que sería divertido tener en casa uno de esos muchachos. Por eso, se había llevado con él a Mike, al final de uno de sus viajes. Parecía normal... cuando quería. Se portaba de un modo normal. Encajaba tan bien en la familia, que uno habría creído que era el hermano de Molly.

¿Lo habría creído?

Lessinger no podía estar nunca seguro.

Las mujeres eran raras. Al principio querían que sus hombres salieran a conquistar el Espacio. Querían que su enamorado fuera con el uniforme de un piloto del espacio. Si no se usaba el distintivo de las dos esferas entrelazadas, nadie lo miraba a uno. Luego al cabo de un tiempo, las mujeres se fueron enfriando. Ya nos les interesaba aquello tanto. Decían que el espacio cambiaba a sus hombres. Que se marchaban contentos y felices, y volvían callados y serios. Algunos de ellos, en los viajes

largos, no volvían hasta al cabo de diez o veinte años. A veces, tardaban más. Lessinger pensaba que eran unos imbéciles al casarse. Pero no se les podía decir y, aunque se les dijera, la mayoría de ellos no hacía caso.

Y veinte años es mucho en la Tierra. Particularmente en la vida de una mujer. Y cuando un hombre volvía como si hubiera envejecido solamente quince días (porque había atravesado el Tiempo, además del Espacio), a las mujeres tampoco les gustaba mucho.

Lessinger no estaba muy seguro. No sabía si la reacción de Molly, aquel ligero enfriamiento que sentía en sus relaciones se debía o no a la tensión normal entre un piloto del espacio y su mujer. O si todo se debía a Mike. Si la criatura se había adaptado hasta un punto que...

Lessinger pensó en eso.

Pensó en ello largo rato. Y mientras lo pensaba, sus manos apretaban con fuerza los bordes de su asiento, y Mike seguía mirando hacia adelante, sonriendo todo el tiempo y, de cuando en cuando, echaba una mano nueva para dar la vuelta a un botón o apretar una palanca.

¡Eran tan adaptables!

ESTE fué mi último viaje —dijo Lessinger. Lanzó el humo de su cigarrillo y lo vio subir en espirales hasta el techo de la habitación. Miró en torno suyo, fijándose en la belleza y lujo de los muebles, en el confort, en los herrajes de acero cromado que brillaban al sol. Y miró al hombre que había detrás del escritorio. Suave y blando, como lo que lo rodeaba. Parecía que él había sido hecho también para la comodidad.

—Voy a dejarlo —le dijo—. Me he cansado un poco de recorrer el universo. He ahorrado un poco de dinero. Creo que voy a comprar una granja... ¡Después de todo alguien tiene que

cultivar las cosas que comemos!

—¡Vamos a sentir mucho el perderle! La voz del hombre era suave, también, pensó Lessinger. Sus palabras le recordaban una alfombra de terciopelo. Uno casi se hundía en ellas —Vamos a sentir mucho que se vaya. Pero si es eso lo que desea hacer...

La frase se apagó a la mitad. Lessinger se enteró de algo que ya sabía. Que nadie pensaba que podía retirarse. Que según la opinión de todos, después de haber viajado por el espacio iba a encontrar muy aburrida la vida de la Tierra.

Y el modo de terminar la frase le dijo algo también. Que si quería podía dejarlo todo por no dicho. Que no tenía más que balbucear unas cuantas palabras, decir que hablaba en broma, que realmente nunca había pensado en retirarse, que le costaría mucho decidirse a hacerlo. Bastaba decir eso y seguiría trabajando también por las Espaciosvias. Si quería podía volver atrás. Si era un cobarde.

El hombre grueso, le dijo:

—Va a encontrarlo todo muy distinto al trabajo que hacía con nosotros. Es más fatigoso. Más duro. Oh, ya sé que ustedes trabajan también duro... —agregó precipitadamente: el hombre no quería ofender a nadie, ni siquiera a sus pilotos—. Ya sé que trabajan mucho en los viajes por el espacio, pero es un trabajo diferente. —Se dió una palmadita en la frente. Donde debería tener el cerebro, pensó maliciosamente Lessinger—. Pero el piloto trabajó con esto. Con esto. Con la cabeza. No tiene que hacer esfuerzos con las manos.

—Voy a darle otra noticia —le dijo Lessinger—. No voy a estar solo. Mike va a venir conmigo.

—¡Mike! ¡Pero si es de los mejores que tenemos!

—Ya sé que es uno de los mejores. Y por eso me lo llevo. Va a trabajar conmigo. O, al menos, eso dice. Lo hemos pensado ya todo.

El hombrecito se animó. Estaba pensando que quizá no le costaría mucho trabajo entrenar a otra de las criaturas para que ocupara el puesto de Mike. Y mientras aprendía, naturalmente, no habría que pagarle tanto como a Mike.

—Así le resultará fácil el trabajo de la granja —dijo—. ¡Los trabajos del campo van a parecerle un juego, si cuenta con un Adaptante!

LESSINGER tomó el auto desde la Terminal. Todo resultaba como había pensado. Era demasiado fácil. Lo que tenía que hacer ahora era conseguir el título de propiedad de la tierra. Después de eso, estaba listo para empezar su plan. Tendría que comunicarle la noticia a Molly, pero quizás a ella no le disgustaría el ver que se acababan sus viajes por el espacio. Y además tendrían la granja. Y cuando estuvieran algún tiempo en ella, Mike desaparecería. Un día estaría allí y, al siguiente, se habría ido. Después de todo, no había accedido a quedarse allí para siempre. Mike no había dicho nada de eso. Había dicho que probaría a ver si le gustaba el trabajo. Eso era todo. Se lo explicaría así a Molly y un día, cuando no viera más por allí a Mike, no encontraría nada de anormal en eso.

Y luego no volvería a dejar nunca más a Molly. Y no permitiría que ningún otro Adaptante se acercara ni a un kilómetro de ella. El se encargaría de eso. Trabajarían en la granja y quizás tendrían unos hijos y vivirían como si nunca hubieran conocido a Mike. Como si todo aquello hubiera sido un sueño. Y quizás, con el tiempo el gobierno de la Tierra aprendería a tener un poco más de sentido y enviaría a los Adaptantes adonde debían estar.

Entonces se podría vivir cómodamente, sin inconvenientes. Como se debía vivir.

Y el plan le resultaba bien. Lo único que necesitaba era tener la tierra. Lo

había pensado todo muy bien. No habría errores ni falsos movimientos. Todo saldría estrictamente de acuerdo con su plan.

Conocía el trozo de tierra que pensaba labrar, como la palma misma de su mano. Había sido criado allí. Había vivido allí de niño. Así le resultaba más fácil de explicárselo a Molly. Podía simplemente decirle que ansiaba volver a los lugares donde transcurrió su niñez. Ella le creería. Siempre le había creído. También ahora creería.

Y en aquel trozo de tierra había un pozo de mina que no se empleaba. Muy profundo. Con las paredes cortadas a pico. Ni una araña podría trepar por ellas. Y colocando dinamita en el lugar apropiado, y echando cinco toneladas de cemento, ningún ser vivo podría salir de él. Ni siquiera un Adaptante. ¡Nada!

Pero había que calcular cuidadosamente el tiempo. Todo tenía que estar a mano, cuando lo necesitara. Mas él se encargaba de arreglar todo aquello. Podría enterrar vivo a Mike. Se moriría de hambre. Quizás no en seguida. Durante algún tiempo podría vivir de las ratas y los ratones que había en aquel agujero. Pero al cabo de un tiempo se iría debilitando y no podría perseguirlos y, luego, vendría el final.

Lessinger pensó en él. Le gustaba la idea. Le daba un gran placer. ¿Así que no se podía matar a esas criaturas, eh? ¿Así que el Estado no le deja a uno matarlas, hicieran lo que hicieran? Por mucho que le destrozaran a uno la vida. Y tampoco se las podía matar porque eran prácticamente inmortales. ¿Sí? Se los podía matar dejándolos morir de hambre, y si se los ocultaba bien, nadie sabría lo que había sido de ellos.

Actualmente, los hombres sólo miraban hacia arriba. Estaban tan ocupados mirando las estrellas que nunca tenían tiempo para mirar los agujeros abiertos en la tierra.

El plan era perfecto. Más aún. Era



un plan digno de un Adaptante. Lessinger se rió entre dientes.

¡Muy bueno! ¡Vaya si lo era!

LA besaba. Con unos besos como si hubiera estado fuera mucho tiempo. Con los besos perfectos para la esposa perfecta. Había llegado el momento...

Le dijo:

—He dejado Espaciovías para siempre. Voy a establecerme. Tal vez compraré una granja... —La miró apartándola un poco, para ver cómo tomaba la noticia. Luego dijo:— Le he echado el ojo a un lugar que hace mucho tiempo deseaba comprar.

—¿Crees que podemos comprarlo?

Dudaba de él. Se veían pasar los pensamientos por su linda cabeza. Era el mismo pensamiento de los demás. “¿Eres lo suficientemente fuerte para eso?”, querían preguntarle, pero no se lo decían así. No se atrevían a expresarlo de ese modo. Por eso dudaban y vacilaban. Todos eran como Molly.

—¿No te gustaría?

—¡Oh, claro que sí, querido! ¡Claro! Simplemente pensaba que el cambio puede ser demasiado para ti... así de repente...

—¿Crees que soy demasiado blando?

Le sonreía. Eso era lo que había estado pensando y no había querido decirlo hasta no saber cómo iba a reaccionar él. Una cosa es pensar que nuestro esposo no es un tipo capaz de hacer un trabajo rudo y fuerte. Y otra cosa, decirlo. Particularmente, cuando nuestro esposo acaba de llegar de un viaje por el espacio. Con los hombres nunca se está muy segura. No se sabe lo que el espacio hace de ellos. Allí arriba se pasan el tiempo pensando. Y no les hace ningún bien pensar tanto. Porque no pueden dejarse arrastrar por sus pensamientos, de cuando en cuando, no pueden convertirlos en acción. Le devolvió su sonrisa. Estaba contenta porque

a él no le había molestado lo que había dicho. Contenta porque iban a volver los tiempos antiguos.

—¡Sí... pensé que eras un blando! El seguía sonriendo.

—Voy a tener quien me ayude —dijo—. Mike va a venir conmigo.

—Podrás trabajar como quieras, si cuentas con un Adaptante. Hiciste muy bien trayéndolo. ¡No puedes perder, querido! ¡Es mejor que contar con una cuadrilla de veinte seres humanos!

Pero en su interior no estaba pensando nada de eso. Pensaba que, si hubiera conocido mejor a su esposo, le habría dicho lo que realmente pensaba. Que no le gustaba Mike. Que no tenía confianza en él. Que lo aguantaba al final de los viajes, solamente porque quería hacer feliz a su esposo. Porque al parecer, a él le gustaba tener a Mike.

Luego pensó, bueno, quizás cuando llevemos algún tiempo en la granja podré decirselo. Y entonces no le importará tanto, porque yo estaré con él y me encargaré de llenarle la vida. Yo y la granja formaremos hasta un punto tal parte de su vida, que ya no necesitará a Mike. Y cuando eso ocurra, yo me daré cuenta de ello. Y se lo diré. Entonces, él se deshará de Mike... porque hay docenas de lugares que piden gritos un Adaptante. Y nos quedaremos solos los dos. O tal vez seremos tres, o cuatro. ¡Gracias a Dios, mi esposo no es estéril!

Y le sonrió de nuevo.

Le dijo:

—Te las arreglarás muy bien con Mike. Ya lo veras.

E interiormente, él reía. Interiormente, se decía. “Lo sabías desde un principio, ¿no, Lessinger? No te cabía la menor duda, ¿no es cierto? Siempre supiste que era el amante de Molly. Que tendrías que matarlo. ¡Qué inteligente eres, Lessinger!

Pero sentía deseos de llorar.

ERA un día muy caliente. El sol brillaba abrasador en el cielo. Nada se movía. Hasta el sabueso no pudo reunir las fuerzas suficientes para mearle la cola a Lessinger, cuando subió al porche.

Lessinger pensó que aquél era el día que buscaba. Todo el mundo estaría dentro de sus casas, en un día así. El calor que hacía afuera era opresivo. Era un calor que derribaba como un puñetazo. En un día así sólo se quería beber algo fresco en una habitación en penumbra. Para Lessinger era perfecto. El día parecía de encargo.

Todo estaba en su lugar. Sabía exactamente dónde se encontraban todas las cosas y había calculado el tiempo con toda exactitud. Sólo tardaría unos segundos en empujar a Mike hasta el borde. Primero, lo aturdiría de un golpe. La dinamita estaba en su lugar y, exactamente treinta segundos después de que Mike hubiera caído, Lessinger se pondría a cubierto y volaría la boca de la mina. Después, no tardaría más que una hora en cubrir la entrada con el cemento. Podía usar el camión pero, aun así, tardaría bastante tiempo. No le importaba. Aunque Mike sobreviviera a la caída, aunque sobreviviera a la explosión, seguiría allí cuando el cemento cayera sobre él. Y entonces, nunca más podría salir. La mina no tenía otra salida más que aquel pozo. Nunca la había tenido. ¡Mike se vería enterrado en vida!

Entró en la casa. Molly descansaba. Parecía cansada y alterada. El le dijo.

—Voy a volar unas rocas.
—¿Oh, vas a hacerlo? ¿No puedes descansar un poco? ¿Por qué no trabajas menos? Vas a matarte, trabajando con este sol.

—Creo que es mejor acabar de una vez. Mike no va a quedarse con nosotros mucho más tiempo. Dijo que tenía ganas de cambiar.

—Yo creí que era feliz aquí.

—Y lo es, pero ya sabes... las ganas de viajar...

Le sonrió.

—¡Me imagino que no va a irse tan pronto!

—Nunca puede decirse. Tal vez se vaya esta noche. O mañana. Una vez que le entraron las ganas...

Su voz se apagó, mientras se alejaba de ella. Le oyó llamar a Mike, antes de salir. Molly se alegró de que Mike se fuera. Se alegró de que su esposo se hubiera olvidado por fin del espacio, y que ya no necesitara la compañía de Mike... En los últimos tiempos Mike se portaba de un modo...

Molly pensó que era hora de que se fuera. No se sentía segura cuando él estaba allí. No es que hubiera intentado nada... al menos por el momento. Simplemente la miraba y a ella le parecía que estaba a punto de hacer algo. Había que estar siempre en guardia. Y era tan adaptable. Una se hartaba de él. Trataba de pelearse con Mike... trataba de mostrarle que no lo quería. Pero era inútil. Era tan *persuasivo*. Encajaba tan bien en el ambiente que no podía pelear con él. Era como tra-

Sistema decimal

LA India decidió aplicar el sistema decimal en su moneda, calculando que en cinco años de transición habrá tiempo para acostumbrarse a las nuevas unidades. Sin embargo, no se atrevieron a ser tan drásticos con las medidas de peso, porque consideran que no podrán pasar menos de quince años antes de que los hindúes dejen de añorar los doscientos sistemas a que están acostumbrados.

tar de pelear con el humo. Pero la ponía enferma.

Se levantó de la cama y se fué a la ventana. Vió alejarse el camión. Su esposo la saludó agitando una mano. Mike lo imitó.

Ella les devolvió el saludo. El sol la agobiaba. Se alegraba de que Mike se fuera. Y esperó que se iría pronto.

UNAS dos horas después de haber oído la explosión, su esposo volvió a casa, solo. Vió que venía solo cuando el camión entró por la puerta del jardín y, al verle la cara, pensó que había ocurrido algo. Su esposo tenía la cara alterada.

Corrió a su encuentro, sin preocuparse del sol.

—¿Dónde está Mike?

—Se fué, como te dije.

—¿Ha ocurrido algo? Pareces preocupado.

—No, nada. —Sonrió haciendo un esfuerzo. Y luego, —dijo—. Sabes, me alivia, el vernos solos. —Agregó:—Me alegro de que se haya ido. ¡Vaya si me alegro!

Entonces, Molly se sintió feliz. Pasó su brazo por debajo del de él. Lo acompañó hasta la casa, tratando de acompañar su paso con el suyo.

—Yo también me alegro —le dijo—. No me atreví a decírtelo antes. No quería decírtelo por si te enojabas conmigo. Pero me alegro de que se haya ido. Me alegro mucho. Los años que viajabas por el espacio han quedado atrás. Hemos vuelto a conocernos. Nos hemos acostumbrado el uno al otro. Hemos adaptado nuestras vidas...

Se echo a reír.

—Lo dije... ¿vez?... ¡Adaptado! Y río de nuevo, con una risa alegre, descuidada. ¡Lo dije!

Lessinger rió también.

Fueron juntos hasta su casa. Tomados del brazo. Como en otros tiempos. Como si todo fuera a empezar otra vez.

LESSINGER estaba clavando la puerta de rejilla cuando lo llamaron. El viento la había golpeado por la noche y la había desclavado en parte. Lessinger lo había oído, y Molly también. La había despertado, y él se había levantado y la había atado, para que Molly pudiera descansar. Ahora, la estaba arreglando para que no volviera a soltarse más.

Vió que el auto entraba por la puerta y se preguntó qué querían. En cuanto lo vió, comprendió que era un auto de la policía. Aquellos autos-cohetes eran inequívocos. Pensó que la policía tenían siempre lo mejor de todo. ¡Hasta los autos!

Se acercaron a la casa. Eran tres hombres. Iban mirando a todas partes. Subieron al porche.

El más viejo era grueso. Su barbilla le rebosaba del cuello de la camisa. Miró la casa. Miró de pie a cabeza a Lessinger. Escupió en el polvo, junto al porche.

—¿Es usted Lessinger?

El asintió.

—¿En qué puedo servirles?

—La gente habla; ya sabe cómo son esas cosas... Los ojos del más viejo iban de un lado a otro.

—¿No podemos salir del porche?

Lessinger se rebeló interiormente. Se sentía furioso sin saber por qué razón. Estaba harto de ser cortés con la policía.

—¡Prefiero quedarme aquí!

—Como quiera...

—¿De qué habla la gente?

El viejo lo miró, disgustado. Clavó los ojos en la puerta, y dijo.

—Piensan que su ayudante se fué demasiado de repente. Especialmente, porque nadie lo ha visto ir, y nadie lo ha visto desde entonces.

—¿Y qué?

—Así que pensamos que tal vez sería mejor venir aquí y ver lo que usted tenía que decirnos...

Molly salió al porche entonces.

El viejo le sonrió, con sonrisa de desconfianza.

—Hemos venido de visita, señora.

—¡Querrá decir que han venido a husmear! —exclamó Lessinger, volviéndose a Molly—. Dicen que hay algo raro en el modo como Mike se fué. Que se marchó demasiado de prisa. ¡La policía necesita que la avisen antes de que un hombre se decida a hacer algo!

Molly los miró sorprendida y dijo.

—¡Pero si hacía tiempo hablaba de irse! No creerán... no querrán decir...

Se detuvo. La cara del viejo enrojeció. Le dijo.

—Tenemos que investigar, señora. Ya conoce la ley. No queremos que le hagan nada a ninguno de ellos.

—Pero, ¿por qué íbamos a hacerle daño? Era el amigo de mi esposo.

El viejo se meneó incómodo, y su cara se puso todavía más roja.

—Ya sabe cómo son las gentes. Dicen toda clase de cosas.

—¿Qué clase de cosas? Oh... ya comprendo... ¿quiere decir que era mi amante?

—Bueno, sí, en cierto modo...

—¿Y qué mi esposo lo mató en un arrebato de celos?

—¿Qué opina usted? ¿Mi esposo le parece un hombre que tiene un crimen sobre su conciencia? ¿Cree que viviría con él si eso fuera cierto? ¿Parezo una mujer capaz de traicionar a su esposo y, luego traicionar a su amante?

—No.

¿A qué hora nació usted?

SI nació entre las 9 de la mañana y las 3 de la tarde, puede usted considerarse un caso, si no raro, por lo menos no de los más abundantes. En efecto, una estadística realizada en una clínica de Praga, con 92.590 observaciones, demuestra que de cada tres nacimientos, dos ocurren entre la puesta y la salida del sol, con el máximo a la una de la madrugada, mientras que el mínimo está situado en el intervalo entre las 9 horas y las 15.



¿la inteligencia se mide por el peso

DEL CEREBRO?

TENEMOS buenas razones para situar el asiento de la inteligencia en el cerebro. Se sabe que las lecciones profundas de este órgano afectan seriamente las facultades intelectuales. Es lógico, en consecuencia, que los sabios se hayan esforzado en todos los tiempos para descubrir relaciones entre algunas particularidades del noble órgano y el grado de inteligencia de la especie o del individuo.

Las posibilidades de un órgano dependen habitualmente de la importancia del desarrollo de este último. Se comprende entonces que busquemos en primer término un nexo entre el peso del cerebro y el grado de inteligencia. Pero pronto nos damos cuenta de que una concepción tan simplista del problema conduce al absurdo. La ballena, por ejemplo, cuya sustancia cerebral pesa por término medio 6 Kgs., sería, de acuerdo al razonamiento precedente, cinco veces más inteligente que el hombre. Queremos creer que no es así... A poco que se piense, salta a la vista la causa del error: los resultados nada pueden significar si no se tiene

en cuenta el tamaño del animal. No puede compararse el peso del cerebro de un mosquito con el de un elefante, por ejemplo, sin considerar la enorme diferencia de masa que separa a estos dos animales. Dicho de otro modo, hay que comparar no solamente los pesos directos de los cerebros de diferentes especies animales, sino también la relación que existe entre el peso del cerebro y la masa total del organismo.

El cerebro crece menos rápidamente que el organismo

De este modo, nuestra clasificación de los seres vivientes según el peso relativo de sus cerebros, se hace más reveladora, o, más exactamente, satisface mejor nuestro deseo de ver figurar a la cabeza de la lista a la especie humana.

De acuerdo con esta nueva clasificación, la relación peso del cerebro-peso del cuerpo es en el hombre 1/35, no llega a 1/106 en el término medio de los mamíferos y a duras penas alcanza 1/5668 en los peces.

Pero todavía nos aguarda una sor-

presa. En efecto; si ensayamos la misma relación con los pájaros, comprobaremos asombrados que los gorriones serían —si creemos en la infalibilidad de nuestra fórmula— mucho más inteligentes que el hombre. El hecho tendría sus repercusiones en el campo de la filología. Expresiones antes peyorativas como "pajarón" o "cabeza de chorlito", se tornarían verdaderos cumplidos.

Pero la verdad es que el hombre no quiere dejarse disputar el privilegio de ser el "non plus ultra" de las criaturas. En consecuencia, la fórmula que dió resultados a tal punto heteróclitos fué tachada de inadecuada, descubriéndose entonces que en la escala de las diversas especies animales, el cerebro crece menos rápidamente que el resto del organismo.

Esto incitó recientemente a algunos sabios a retomar el problema y a comparar no ya el peso simple sino el cuadrado del peso del cerebro, con el peso del cuerpo. En este nuevo sistema de clasificación el hombre se encuentra —desde luego— en el primer lugar. En seguida viene el chimpancé, y el vil gorrion cierra la lista, en compañía de la paloma y la gallina doméstica, emblema de la perfecta estupidez.

Peso y circunvoluciones

Pero he aquí que el problema se complica una vez más. La inteligencia humana, como es público y notorio, varía grandemente de un individuo a otro. Un abismo separa al cretino del genio, igual que a un protozooario de un chimpancé. ¿Por qué no relacionar también las diferencias de inteligencia entre individuos humanos por el peso del cerebro?

Ya se ha hecho. Y se descubrió de ese modo que el cerebro del gran naturalista Cuvier, por ejemplo, pesaba

1.800 gramos (el promedio normal es de 1.300 a 1.360 gramos), mientras que el de los hotentotes —que no brillan precisamente por su inteligencia— llega a apenas a los 1.120 gramos. En la euforia de haber encontrado una relación tan hermosa, se formuló la regla siguiente, sobre la base de muchas mediciones: "Todo cerebro que pese menos de 1.000 gramos pertenece a un idiota". Desgraciadamente los hechos no quisieron ajustarse a la regla y pronto se encontraron idiotas cuyos cerebros pesaban más de dos kilos y genios que se acercaban a los 1.000 gramos. (El cerebro de Anatole France, por ejemplo, pesaba sólo 1.017 gramos).

Atención, dirán algunos; que allí donde el peso del cerebro de un genio es netamente inferior al promedio, la corteza cerebral, en cambio, presenta numerosos pliegues y surcos. Podría pensarse que no es el peso sino en número e importancia de las circunvoluciones las que condicionan las inteligencias superiores. Sin embargo, el cerebro del perro tiene muchas circunvoluciones, mientras que el de ciertos monos, conocidos por su inteligencia, presentan una superficie completamente lisa.

¿En qué quedamos?

Todo esto lleva a la conclusión de que es necesario abandonar —aunque ello no guste a muchos— las concepciones simplistas que tienen la pretensión de relegar las facultades más elevadas del hombre a una diferencia de peso o de superficie. No dudamos de la existencia de equivalentes anatómicos o fisiológicos de las facultades intelectuales y físicas, pero la naturaleza misma de estas facultades superiores exige una fineza de observación y de experimentación que no puede alcanzarse con los medios de investigación de nuestra época. ✦

COLECCION
FANTACIENCIA



La más interesante y amena selección de obras maestras de la ficción científica, en sus versiones completas, cuidadosamente traducidas y esmeradamente presentadas.

títulos aparecidos

SOMBRA EN EL SOL, por Chad Oliver.....	\$ 24
PERSECUCION COSMICA, por Hal Clement.....	\$ 24
LA AGUJA DEL Dr. COSTIGAN, por Jerry Sohl ...	\$ 18
PODER EXTRAÑO, por Wilson Tucker.....	\$ 18
EL FENIX, por H. Mead.....	\$ 24
LAS HAPLOIDES, por Jerry Sohl.....	\$ 18
LOS AMOS DEL TIEMPO, por Wilson Tucker... .	\$ 18
PARTIDA, por Cyril Kornbluth.....	\$ 18

FANTACIENCIA es la marca registrada que distingue las novelas de ficción científica que publica

JACOBO MUCHNIK EDITOR

FLORIDA 948

BUENOS AIRES

BANCO DE ORGANOS

EXISTE UN 80% DE EXITO
EN LOS INJERTOS,
PERO LOS TRASPLANTES
PRESENTAN TODAVIA
GRANDES DIFICULTADES

"Hemos entrado en la era milagrosa. No sabemos ya cuál es el alcance de la medicina. Nuestra fisiología patológica ha sido superada. No encontramos ya nada en que apoyarnos. ¿Podemos prever acaso qué será de la cirugía?" Estas palabras que el profesor Leriche pronunciara poco antes de su muerte, ilustran de un modo inmejorable acerca de la reacción del cuerpo médico ante los últimos éxitos de la cirugía, particularmente en cuanto al trasplante de órganos se refiere.

Por la misma época, el doctor Leriche escribía:

"Podemos esperar que dentro de una decena de años, el problema del trasplante de órganos haya entrado en vías de realización. Desde Carrel, el problema técnico está resuelto. El problema biológico no lo está. ¡Cuántas cosas para resolver! ¿Quién proveerá los órganos? ¿Cómo se los hará tolerables? ¿Qué preparación deberán sufrir? Enigmas..."

Los obstáculos a vencer

Estos problemas están aún lejos de ser resueltos. Cierto es que la sugestión de crear un "banco de órganos" ha monopolizado la atención de los cirujanos; pero éstos no han disimulado los obstáculos que deben superarse, tanto desde el punto de vista humano como desde el técnico.

Ante las objeciones religiosas que han opuesto ciertos católicos, un portavoz de la Iglesia ha manifestado que si fué posible enmendar un reglamento de administración pública para crear el "banco de ojos" es igualmente posible promulgar una nueva enmienda autorizando la extracción de todos los órganos del cadáver fresco de un dador voluntario.

Más delicados son los obstáculos puramente biológicos. Las palabras de otro gran sabio, el profesor L..., así lo atestiguan:

—Técnicamente hablando —declaró—, puedo decir que una organización de ese género me parece extremadamente difícil. Nos vemos en la obligación de lanzar esta advertencia, en el momento en que ciertos espíritus audaces quieren lanzarse a una empresa muy bella pero muy insegura, sobre todo para no suscitar en los enfermos esperanzas prematuras, con la obligada decepción, al menos por ahora.

“Tal como se practica actualmente —prosigue el eminente hombre de ciencia—, el injerto demanda no solamente un dador al que pueda tomarse un órgano inmediatamente después de su muerte, sino también un paciente del mismo grupo sanguíneo, con idéntico factor rhesus, un grado homólogo de acidez en la sangre, y cuyo estado sea óptimo para practicarle un injerto inmediatamente. Esta cuasi coincidencia y la simultaneidad rigurosa de la extracción del órgano y el comienzo de la operación requiere verdaderamente un milagro para producirse.”

—Pero este milagro es posible —contestó otro cirujano que desea igualmente conservar el anonimato:

“¿No ha hablado el mismo profesor Leriche de la era milagrosa de la cirugía? El verdadero problema que nos absorbe en la hora actual es la conservación de los órganos luego de su extracción. En el curso de recientes tentativas de injerto de riñones, los cirujanos utilizaron como agente de “perfusión” (circulación) líquido de Ringer. Sería preferible hacer circular sangre humana en los riñones extraídos. Los glomérulos (filtros) de este órgano son muy delicados y el peligro de lesionarlos no sería tan grande.”

Un órgano puede vivir fuera del organismo

Cuando se preguntó a este cirujano cuánto tiempo creía poder mantener la

vida en un riñón aislado, respondió que no sabía a ciencia cierta si la operación de “perfusión” podría continuarse más allá de un escaso cuarto de hora.

—Allí es —agregó— donde debemos concentrar nuestros esfuerzos. En el momento actual, y antes de crear un verdadero “banco de órganos” en el que practicaríamos en forma “standard” el reemplazo orgánico, hay que fundar un laboratorio experimental de trasplantes humanos. En este laboratorio, abundantemente provisto de órganos frescos (tal vez siguiendo el método de los “dadores”), practicaríamos durante varios años aún los ensayos necesarios para poner definitivamente en marcha una ciencia embrionaria.

Otro grave problema contra el que se estrellan todavía los especialistas en injertos es el de la tolerancia. En efecto; por lo general el organismo no acepta el injerto y termina por eliminarlo. Las tres tentativas recientes de injerto renal tuvieron el fracaso por corolario. Pero para los cirujanos estas experiencias no son fracasos totales, pues les permiten enriquecer sus conocimientos en este campo en que la ciencia avanza poco menos que a ciegas.

Estos resultados, lejos de acobardar a los pioneros del trasplante de órganos, los han incitado a proseguir sus investigaciones. Están seguros de triunfar, y los resultados comprobados hasta ahora permiten albergar muchas esperanzas.

En una sesión reciente de la Sociedad médica de los Hospitales de París, el profesor Milliez insistió sobre el hecho de que las operaciones de injerto tienen tan sólo un 80 % de éxitos. (Esta cifra es realmente impresionante cuando se piensa que los trabajos experimentales preliminares fueron iniciados hace apenas unos pocos años.)

—Es importante publicar estas cifras —agregó el cirujano—, para no dar

a los enfermos falsas esperanzas, divulgando noticias muy optimistas.

Si bien el trasplante renal ofrece delicados problemas a la cirugía, parece que del lado clínico quedan también muchos obstáculos por franquear. A este propósito subraya el profesor Milliez las grandes dificultades que experimenta para restablecer el equilibrio humoral de sus enfermos después de la intervención.

Hay que luchar contra el “shock” humoral

Parece que la intrusión de un órgano extraño en el organismo provoca una violenta reacción humoral, que es probablemente la responsable de la frecuente expulsión del injerto. Los médicos se desviven por dominar esta reacción, con poca fortuna las más de las veces. Dado el estado generalmente precario en que se halla el paciente, el

“shock” es perjudicial en extremo.

Como puede verse, los obstáculos que jalanan la ruta hacia la creación de un “banco de órganos”, son todavía numerosos. Una forma embrionaria de esta fundación, podría proveer desde ya al instituto experimental que preconizan los investigadores. Algunos problemas deberán ser resueltos por la vía oficial y legislativa. Los gobiernos no tienen derecho a desinteresarse del asunto. Otros problemas puramente financieros han de ser solucionados por la vía de los créditos o por medio de la iniciativa privada. En fin, en lo que concierne a las cuestiones técnicas, podemos afirmar que varios equipos de especialistas se encuentran abocados a la tarea. Podemos tener confianza en ellos.

La era milagrosa de que hablaba el profesor Leriche está ante nosotros, casi al alcance de la mano. Avanzamos, con pasos gigantescos, hacia el “banco de órganos”. ✦

Corresponsales

El señor Pedro Jamniovk, C. C. 148, general Alvear, Mendoza, posee números agotados de MÁS ALLÁ que canjeará por libros.

El señor Olivar Macsotay, Los Chagaramos, avenida Las Ciencias, edificio Capri 6, Caracas, Venezuela, desea vincularse con lectores de MÁS ALLÁ, aficionados a la química, geología y anexos.

COMPLETE SU COLECCION

de
más allá

adquiriendo los números que le faltan al precio de m\$. 8 cada uno (m\$. 12 argentinos o US \$ 0.50 en el exterior).

Sólo por este mes, si Vd. compra más de 6 ejemplares, le concederemos un **descuento especial del 10%**

Marque con una cruz los ejemplares que le faltan y recorte el cupón por la línea de puntos.

	1953	1954	1955	1956	1957
Enero.....		AGOTADO	20	32	44
Febrero.....		AGOTADO	21	33	45
Marzo.....		AGOTADO	22	34	46
Abril.....		AGOTADO	23	35	47
Mayo.....		12	AGOTADO	36	48
Junio.....	1	AGOTADO	25	37	
Julio.....	2	14	26	38	
Agosto.....	3	15	27	39	
Septiembre.....	4	16	28	40	
Octubre.....	5	17	29	41	
Noviembre.....	6	18	30	42	
Diciembre.....	7	19	31	43	

Total \$.....

EDITORIAL ABRIL S. A.
Alem 884 - Buenos Aires



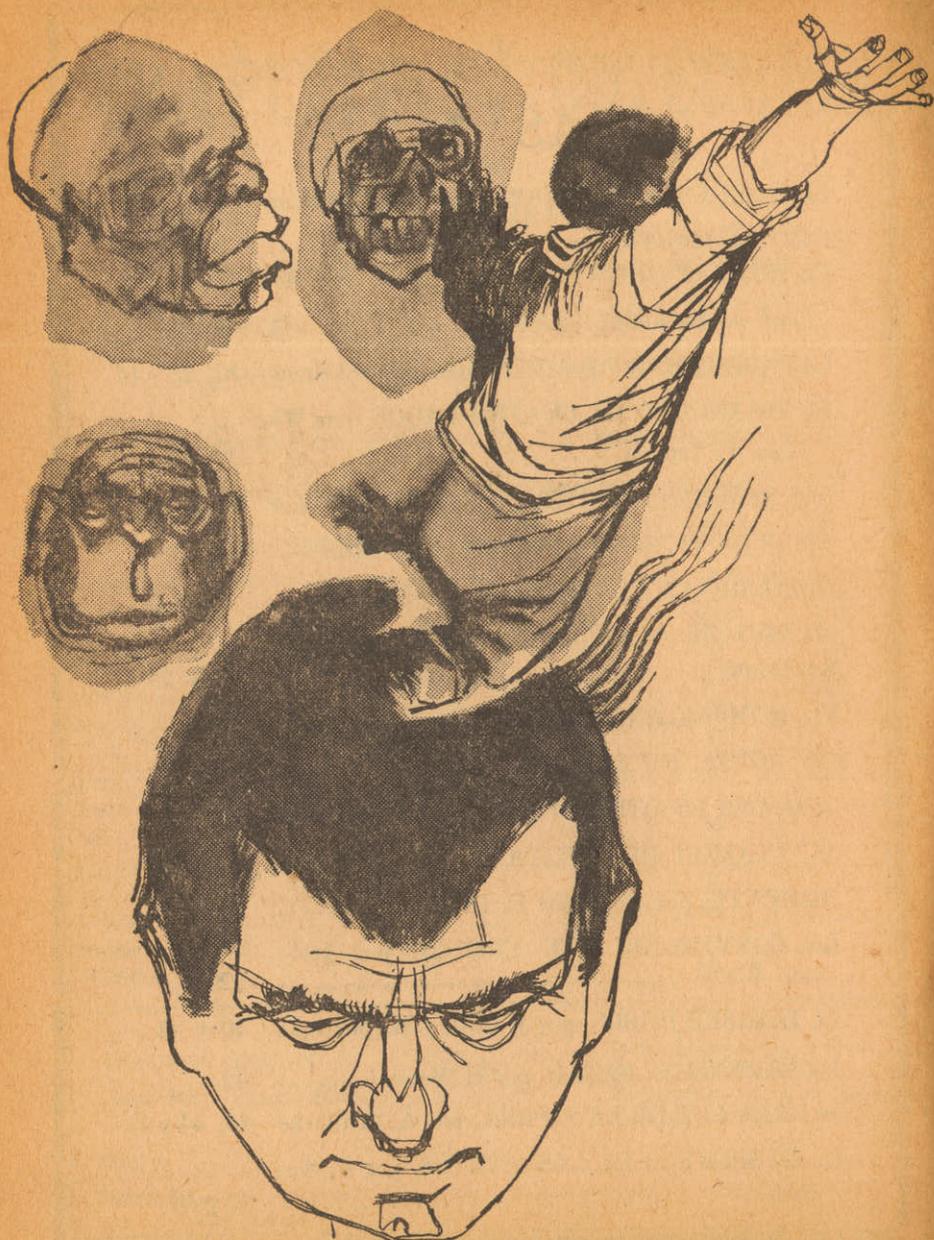
Envíe cheque o giro a la orden de Editorial Abril S. A. El franqueo de los ejemplares corre por nuestra cuenta.

Nombre.....

Dirección.....

Grandes novelas publicadas en MAS ALLA

	Números
EL DIA DE LOS TRIFIDOS, por John Wyndham	1
HIJO DE MARTE, por Cyril Judd.....	2 y 3
EL HOMBRE QUE VENDIO LA LUNA, por Robert A. Heinlein	6
LAS CAVERNAS DE ACERO, por Isaac Asimov	12, 13 y 14
EL TRIANGULO DE CUATRO LADOS, por William F. Temple.....	17
LOS SEÑORES DEL TIEMPO, por Wilson Tucker	18 y 19
AMOS DE TITERES, por Robert A. Heinlein....	21
GUIJARRO EN EL CIELO, por Isaac Asimov....	26 y 27
MUNDO DE OCASION, por F. Pohl y C. M. Kornbluth	28 y 29
EL HOMBRE ANIQUILADO, por Alfred Bester	30
LA AGUJA, por Jerry Sohl.....	32 y 33
MAÑANA ES OTRO DIA, por K. H. Brunner..	35
EL CLAMOR DEL SILENCIO, por W. Tucker	37 y 38
SIMIENTE, por Raymond F. Jones.....	39
LA CONVENCION DEL CRIMEN, por Jerome Bixby	39
EL HOMBRE DOBLE, por J. Blish y M. Sherman	40 y 41
LA DIMENSION FATAL, por H. Bates	42
BAJO LA LUZ DE LA TIERRA, por A. C. Clarke	43, 44 y 45
EL DESPERTAR DE LAS MENTES, por P. Anderson	47 y 48



POR PAUL ANDERSON

EL DESPERTAR DE LAS MENTES

SEGUNDA PARTE

Resumen de la primera parte

Fué muy extraña la forma en que los pensamientos de ARCHIE BROCK, el peón de Mr. ROSSMAN, se encadenaban aquella noche. Normalmente, no le ocurría así; pero ahora volvían a su mente un tropel de recuerdos pequeños, y las palabras se agrupaban en su cerebro por sí solas como si alguien las estuviese ordenando.

También PETER CORINTH, el esposo de SHEILA, se extrañó mucho, cuando, aquella mañana, al tropezarse con FELIX MANDELBAUM, su vecino del mismo edificio, le habló de su plan de reorganización, que reduciría todo el papelerío a la mitad.

Bullentes pensamientos invadían la mente de Corinth: recuerdos olvidados que se encadenaban entre sí, formando nuevas asociaciones que retumbaban contra las paredes de su cerebro... ¡y justo aho-

ra que habían encontrado la solución del problema que lo preocupaba! Esta reflexión consiguió desalojar a las demás; lo cual, en sí, era muy extraño, pues normalmente sus pensamientos no eran fáciles de desviar. Con renovado brío, aceleró sus pasos en dirección al edificio del Instituto Rossman, entidad que agrupaba en su seno a hombres capaces provenientes de todo el mundo y de todas las disciplinas. La investigación pura ayudaba grandemente a la industria: he ahí la razón por la cual Rossman patrocinara dicho Instituto.

En su laboratorio de investigaciones, Corinth contaba con dos ayudantes: Johansson y Grunewald, además de la secretaria, HELGA ARNULFEN, amiga de LEWIS, uno de los más entusiastas colegas de Corinth, que se dedicaba al análisis de las neuronas. Todos ellos, al

encontrarse en ese día, se mostraban audaces en sus proyectos, ya en el campo de la investigación, ya en sus planes de reorganización.

A todo esto, en la granja de Rossman, los animales, mucho más despiertos y lúcidos, empezaban a insubordinarse y amenazaban con provocar verdaderos desastres, corriendo peligro la vida de la peonada.

El gobierno ya empezaba a reconocer las alteraciones sufridas en todas las mentes, y los titulares de los diarios acababan de confirmarlo. Los científicos comenzaban a alarmarse, pues la estructura física de la célula puede soportar sólo cierta cantidad de estímulo, y si ése se exagera sobreviene entonces la idiotéz y la locura, e inclusive la muerte.

Tal la situación, y tal el drama de Corinth con su esposa, al empezar poco a poco a practicar un lenguaje ininteligible para los demás, y al sentir que el aislamiento y la muerte los amenazaban despiadadamente.

CAPÍTULO XI

EL calor declinaba: el norte del planeta marchaba hacia el invierno. Era una tibia noche de fines de septiembre. Mandelbaum se encontraba sentado frente a una ventana, junto a Rossman, conversando en voz muy baja. La habitación se encontraba a oscuras: a plena noche. Muy por debajo de ellos, la ciudad de Manhattan brillaba con puntos luminosos, no con los fantásticos reflejos y resplandores de los años pasados, sino con las luces de un millón de hogares. Por arriba, había un pálido vestigio de luminosidad azul a través del cielo, titilando y parpadeando casi en el límite mismo de visibilidad. El edificio del Empire State estaba coronado por una esfera luminosa que semejaba un sol poniente, y el aire estaba cargado de apenas perceptible olor a ozono. Los dos hombres, quietos, descansando, fumaban aquel tabaco que ya era casi imposible de conseguir. La pipa de Mandelbaum y el cigarrillo de Rossman semejaban dos ojos rojizos en la

penumbra de la habitación. Ambos fumadores estaban esperando la muerte.

—Esposa —dijo Rossman, y su voz sonaba como un ligero reproche. (Su palabra podría haber sido traducida así: "Todavía no entiendo por qué razón no ha hablado de esto con su esposa y no se entrega a estar con ella esta noche. Muy bien podría ser la última noche de sus vidas.")

—Trabajo, ciudad, tiempo y, como siempre, el eterno encogimiento de hombres y la triste añoranza en el tono de su voz. (Ambos tenemos mucho trabajo que hacer —implicó en su gesto—; ella, en el centro de socorros, y yo aquí, en el núcleo de defensa. Tampoco se lo hemos dicho para nada a la ciudad, ni usted, ni yo, ni los pocos que están enterados. Es mejor no hacerlo, ¿eh?) "No podríamos haberlos evacuado —pensó—; no había lugar adónde enviarlos; y nuestra tentativa habría sido como una advertencia para el enemigo, una invitación a lanzar sus cohetes de inmediato. O podemos o no podemos salvar a la ciudad. Por el momento, nada podemos hacer sino esperar y ver si la defensa tiene éxito." (Yo no querría preocupar a mi esposa: ella se afligiría por mí, por nuestros hijos, por nuestros nietos... No; dejemos que suceda de uno o de otro modo. Con todo, me hubiera gustado haber estado juntos en este momento; Sarah y yo, y toda la familia...) Mandelbaum apretó el tabaco de la pipa con su nudoso dedo.

—(Los científicos de Brookhaven creen que el campo detendrá la explosión y las radiaciones) —quizo dar a entender Rossman con su expresión—. "Los hemos tenido trabajando secretamente durante los meses pasados, previendo un ataque. Las ciudades que creemos serán atacadas están ahora protegidas. Por lo menos, así lo espero." (Pero es problemático. Desearía no haber tenido que hacerlo de esa manera.)

—¿De qué manera? "Nosotros sabemos, por nuestros espías y deducciones, que los soviéticos han fabricado cohetes atómicos intercontinentales, y que están desesperados. Hay revoluciones internas, y armas y ayuda que los insurgentes están recibiendo desde América. Intentarán borrarlos del mapa en un esfuerzo final y decisivo, y creemos que ese ataque se producirá esta noche. Pero si fallan, ya habrán echado el resto. Diseñar y construir esos cohetes debe de haberles agotado hasta sus últimos recursos." Dejemos que se agoten contra nosotros, mientras los rebeldes se apoderan de su país. La dictadura está condenada.

—Pero, ¿qué la reemplazará?

—No lo sé. Cuando vengan los cohetes, me parece que será la última boqueada del animal humano. ¿No ha llamado usted al siglo XX la Era de las Malas Maneras? Antes éramos estúpidos, increíblemente estúpidos. Ahora, todo eso se está extinguiendo.

—Y se extingue sin dejar nada.

—Rossman encendió un nuevo cigarrillo y apagó el viejo. La breve luz roja modeló en relieve contra la oscuridad su cara delgada, de fina estructura—. Oh, sí —continuó diciendo—, el futuro en nada se asemejará al pasado. Presumiblemente existirán todavía sociedades, pero no serán de la misma índole de las que antes hemos conocido. Quizás sean puramente abstractas, cosas mentales, intercambios e interacciones en un nivel simbólico. De todos modos, pueden derivarse mejores o peores sociedades de nuestras nuevas potencias mentales, y creo que serán las malas aquellas que mejor se desarrollen.

—¡Hum! —Mandelbaum chupó largamente su pipa—. Aparte del hecho de que debamos comenzar desde el principio, que nos obligará a cometer errores, ¿por qué tendría que ser necesariamente así? Temo que usted sea demasiado pesimista.

—Sin duda alguna. Yo nací en una época, y la vi morir en sangre y locura. Aun antes de 1914, se podía ver que el mundo estaba desmoronándose, y eso habría hecho pesimista a cualquiera. Pero creo que es verdad lo que afirmo; porque, en efecto, el hombre ha sido arrojado de nuevo a un salvajismo total. No, no es eso tampoco; el salvaje tiene sus propios sistemas de vida. El hombre ha vuelto a su nivel animal.

El gesto de Mandelbaum abarcó toda la inmensa y soberbia ciudad.

—¿Es eso animal?

—Las hormigas y los castores son también buenos ingenieros. "O eran. Me pregunto qué estarán haciendo ahora los castores." Los adelantos materiales no cuentan mucho en realidad; porque sólo son posibles merced a un respaldo social de conocimientos, tradiciones, deseos... es decir, son síntomas y no causas. Y a nosotros nos han quitado todo ese respaldo... ¡Oh, no; no nos hemos aliviado de nada, no! Pero ya no tiene valor alguno para nosotros, excepto como herramienta para el problema puramente animal de supervivencia y comodidad. Piense en su propia vida. ¿Para qué le sirve ahora? ¿Para qué todos los triunfos del pasado?... ¡Ridículo!... ¿Puede usted todavía leer a alguno de los grandes literatos, con placer? ¿Pueden las artes convencerlo de algo? La civilización del pasado, con sus ciencias, y artes, y creencias, y significados, es ahora tan inadecuada para nosotros, que de no existir nos importaría lo mismo. Ya no tenemos civilización alguna. No tenemos sueños, objetivos, trabajos de creación... ¡nada!

—¡Ah, yo nada sé acerca de todo eso! —dijo Mandelbaum con bastante animación—. Tengo demasiado trabajo, conmigo mismo o con gente a la cual ayudo, para los próximos años. Debemos comenzar a organizar los sistemas económicos, políticos, sanitarios, de control de población, de conserva-

ción, sobre una base común a todo el mundo. Es un trabajo abrumador.

—Pero, ¿y después de eso? —persistió Rossman—. ¿Qué haremos entonces? ¿Qué hará la próxima generación, y todas las generaciones por venir?

—Algo habrá para hacer.

—¡Quién sabe! La tarea de construir un orden mundial estable es ciclópea; pero tanto usted como yo creemos que es posible para la nueva humanidad: realmente, es sólo una cuestión de años. Pero, entonces, ¡qué! En el mejor de los casos, los hombres podrían quedarse quietos y estancarse en una aburrida molición; una manera de vivir completamente vacía.

—Pero la ciencia... —apuntó Mandelbaum.

—¡Ah, sí!, los científicos estarán a sus anchas durante cierto tiempo. Pero la mayoría de los psiquiatras, con los cuales he conversado últimamente, sospecha que el alcance potencial de la ciencia no es ilimitado. Ellos creen que la variedad de leyes y fenómenos naturales que podrían ser descubiertos son contados y capaces de ser incluidos en una sola teoría unificada... y que hoy día no nos encontramos lejos de esa teoría. No es ésta una proposición demostrable con certeza, pero parece muy posible... Y de ningún modo podemos ser todos científicos.

MANDELBAUM dirigió su vista hacia la oscuridad.

“Cuán serena está la noche”, pensó. Y arrancando su mente de la visión de Sarah y los niños prosiguió: “Bueno, ¿y qué sucede con las artes? Tendremos que desarrollar una nueva pintura, escultura, música, literatura, arquitectura... ¡y formas estéticas que nadie se había imaginado antes!”

—Si tenemos una sociedad apropiada. (El arte, a través de la historia, ha tendido una terrible tendencia a decaer, o a petrificarse en la imitación pura del

pasado. Parece aceptar algún estímulo para levantarse nuevamente; pero de nuevo, amigo mío, le digo que de ningún modo podemos ser todos artistas.)

—¿No?... (Me pregunto si todo hombre no querría ser artista, y científico, y filósofo, y...)

—Seguirán necesitando líderes y estímulos y algún símbolo del mundo. (Ese es el básico vacío nuestro de hoy en día: nosotros no hemos encontrado un símbolo. No tenemos mitos, ni sueños. El hombre es la medida de todas las cosas... Bien; pero cuando la medida es mayor que todo lo demás, ¿para qué nos sirve?)

—Somos aún bastante insignificantes —Mandelbaum señaló a través de la ventana hacia el cielo azul—. (El universo está allá fuera, esperándonos.)

—Creo que allí tiene usted la base de una respuesta —dijo Rossman, lentamente—. (La Tierra se ha desarrollado demasiado poco; pero el espacio astronómico... quizá contenga el estímulo y la ilusión que necesitamos. No lo sé. Todo lo que sé es que tendríamos que encontrar algo.)

Hubo un tenue zumbido en el intercomunicador situado junto a Mandelbaum. Este se acercó y conectó la llave. Sintió una súbita sensación de agotamiento. Debía estar tenso, convulsionado por la excitación; pero sólo se sentía cansado y vacío.

El aparato comenzó a emitir:

—El robot de la estación espacial informa sobre un vuelo de cohetes desde los montes Urales. Se espera que dentro de diez minutos lleguen cuatro de ellos a Nueva York.

—¡Diez minutos! —silbó Rossman—. Deben de tener propulsión atómica.

—Sin duda alguna —Mandelbaum discó el número de la Central de Defensa, del edificio Empire State—. Preparen sus instrumentos, muchachos —dijo—. Llegan dentro de diez minutos. —¿Cuántos vienen?

—Cuatro. Seguramente calculan que podremos detenerles tres por lo menos; de modo que sin duda nos enviarán los más poderosos. Supongo que la carga será de hidrógeno y litio.

—Cuatro, ¿eh? Muy bien, jefe. Déseenos buena suerte.

—¿Desearles suerte a ustedes? —Mandelbaum sonrió ante tal ingenuidad; pues el peligro era ¡para todos!

Se le dijo a la ciudad que se proyectaba sólo un experimento de iluminación. Pero cuando el azul del cielo adquiriese intensísima brillantez, como una cegante bóveda de luz, y cuando las sirenas comenzaran a sonar, todos adivinarían la verdad. Mandelbaum pensó en los maridos abrazando protectoramente a sus mujeres e hijos, y se preguntó de cuál de estas tres maneras reaccionaría la gente:

“¿Con rezos? No es probable: en caso de haber una religión en el futuro, no será seguramente el animismo que ha bastado durante los años de ceguera, ¿con la exaltación de la batalla? No: eso es también un mito descartado. ¿Con pánico salvaje? Tal vez haya algo de eso.

”Por lo menos Rossman ha visto una buena parte de la verdad. Nada hay que el hombre pueda hacer ahora, en el momento del juicio, excepto gritar de miedo o inclinarse sobre aquellos que ama y tratar de protegerlos con su desvalida carne. Nadie podrá sentir auténticamente que está muriendo por una causa valedera. Y si el hombre llega a blandir su puño contra el cielo, no será porque esté enfurecido contra el mal; será por simple reflejo.

”Vacuidad... Sí”, pensó, “creo que realmente necesitamos nuevos símbolos.”

Rossman se levantó y, a tientas por la oscura habitación, llegó a un armario y de él sacó una botella.

—Este es un borgoña, cosecha del 42, que he venido reservando —dijo—.

¿Lo beberá usted conmigo?

—Por supuesto —afirmó Mandelbaum. Muy poco le importaban los vinos, pero debía ayudar a su amigo.

Rossman no tenía miedo; era hombre de edad, que había vivido mucho; pero había algo raro en él. Extinguirse como un caballero... bien, eso era el símbolo de una especie.

Sirvió Rossman el vino en las copas de cristal; con grave cortesía, ofreció una de ellas a Mandelbaum, Chocaron las copas, y bebieron. Rossman se sentó nuevamente, paladeando la bebida.

—El día de mi casamiento tuvimos también borgoña —dijo.

—Bien, no hay necesidad de aguar el recuerdo con lágrimas —contestó Mandelbaum—. Las pantallas aguantarán. Es el mismo tipo de fuerza que mantiene unido el núcleo atómico... Nada en el universo puede tener mayor fuerza.

—Yo iba a brindar por el animal hombre —dijo Rossman—. (Tiene usted razón; ésta es su última boqueada. Pero en muchos aspectos fué una noble criatura.)

—Sí —dijo Mandelbaum—. (Ha inventado las armas más ingeniosas y mortíferas.)

—Esos cohetes... (Esos cohetes, sí de veras representan algo. Son artefactos limpios y brillantes, construídos con rara honestidad. Alcanzar el momento en que pudieran ser construídos, ha requerido muchos siglos de paciencia y sacrificios. Y es completamente incidental el hecho de que ahora nos traigan la muerte.)

—(No estoy de acuerdo con usted.) —Mandelbaum chasqueó su lengua: tenue y triste ruido del gran silencio que los rodeaba.

HABIA en la habitación un reloj de pared, con agujas luminosas. El segundero había cubierto su largo y perezoso camino circular, una vez...

dos veces... tres veces. El Empire State era un pilón de negrura contra la insensible bóveda de cielo azul. Mandelbaum y Rossman seguían sentados, bebiendo lentamente, perdidos en sus propios pensamientos.

Se encendió en todo el cielo una claridad parecida a la que produce el relámpago; la bóveda celeste se transformó de pronto en un globo incandescente. Mandelbaum se cubrió con las manos los encandilados ojos, dejando caer al suelo su copa, que se hizo añicos. La radiación que sintió sobre su piel parecía del mismo sol. La ciudad entera bramó con gran estrépido.

Dos... tres... cuatro.

Luego de todo eso, siguió otro largo silencio, en el cual los ecos retumbaban y crecían entre las altas paredes de los más altos edificios. Un viento cálido corrió enloquecido por las vacías calles, y las grandes construcciones; temblando lentamente, volvieron a permanecer inmóviles.

—Ha resultado bastante bien —dijo Mandelbaum, que no había sentido ninguna emoción en particular. La pantalla había cumplido su misión; la ciudad seguía viviendo: todo estaba bien. El podía seguir atendiendo sus tareas. Discó el número del Ayuntamiento—. ¡Hola! ¿Todo bien?... Mire, debemos ponernos a trabajar en seguida. Compruebe cualquier pánico que se haya producido y...

Con el rabillo del ojo vió a Rossman sentado tranquilamente, con su copa sin terminar, apoyada en el brazo del sillón

CAPÍTULO XII

CORINTH suspiró y apartó de sí el trabajo que tenía sobre el escritorio. Los murmullos del atardecer ciudadano le llegaban amortiguados a través de la ventana, por la cual se colaba una ventisca otoñal. Sintió un leve es-

calofrío, sacó un cigarrillo y, por un rato, permaneció fumando sentado.

“Espacionaves”, pensó. “En Brookhaven están construyendo la primera nave estelar.”

Su contribución al proyecto consistía en el cálculo de tensiones intranucleares bajo la acción del campo impulsor; tarea de cierta complejidad, pero no tan importante como para impedir que los operarios pudiesen seguir adelante antes de que él terminase sus cálculos. Aquel mismo día había ido a observar cómo el casco de la nave iba tomando forma, y su orgullo profesional le hizo sentir una especie de gloria al contemplar tan hermosas líneas. Cada órgano de la nave, máquinas, y armaduras, y portas, y ojos de buey, y controles, constituía una pieza de ingeniería de precisión tal como el mundo nunca había visto antes. Satisfacía saber que uno era parte de ese esfuerzo.

Sólo que...

Juró quedamente, apagado el cigarrillo en un cenicero repleto de colillas, y se levantó. Presentía que ésta iba a ser una de sus malas noches: necesitaba a Helga.

El Instituto entero vibraba a su alrededor, mientras él recorría por los familiares pasillos. Ahora se trabajaba durante las veinticuatro horas del día, sin descanso, y mil mentes liberadas pugnaban por alcanzar un horizonte que súbitamente se había expandido más allá de la imaginación. Sintió envidia de los técnicos jóvenes. Ellos eran los fuertes, los pujantes y equilibrados; el futuro les pertenecía, y bien que lo sabían. El con sus treinta y tres años se sentía cansado de la vida.

Helga había regresado al Instituto para reasumir sus tareas: en sus nuevas bases, era un trabajo como para que un adulto normal estuviera ocupado todo el día, y ella tenía el hábito y el deseo de cumplir. Corinth opinaba que Helga se exigía demasiado de sí misma, y

en su fuero interno reconocía que era culpa de él mismo que así sucediese. Helga nunca se retiraba del trabajo antes que él, puesto que a veces él necesitaba hablar con ella. Y hoy iba a ser una de esas veces.

Llamó a la puerta. La voz opaca que se oyó por el parlante dijo:

—Pase.

Pero a él no se le escapó la ansiedad de aquella voz ni la repentina luminosidad de sus ojos cuando él entró.

—¿Quieres venir a cenar conmigo? —invitó Peter.

Ella arqueó las cejas, y él explicó apresuradamente:

—Sheila se encuentra esta noche con Mrs. Mandelbaum. Sarah es una buena compañía para mi esposa, pues posee una especie de intuición especial que un hombre no puede tener. Yo no tengo nada determinado que hacer...

—Por supuesto —Helga comenzó a arreglar y guardar papeles. Su oficina presentaba siempre un aspecto prolijo e impersonal, como si su ocupante hubiese sido una máquina—. ¿Conoces algún lugar?...

—Tú sabes que no salgo mucho, hace algún tiempo.

—Bueno, probemos el *Roger's*, entonces: un “night club” nuevo, para un nuevo hombre —su sonrisa era un poco agría—. Por lo menos, sirven una buena comida.

Corinth pasó a un pequeño “toilet” adjunto a la oficina, para arreglarse un poco la ropa y sus siempre despeinados cabellos. Cuando salió, Helga ya estaba lista. Por un instante, la miró, percibiendo cada detalle de su persona, y recordando los años perdidos. No podían disimular entre sí, ni lo intentaron. Ella se manifestaba con su honestidad característica. El, con su cansancio y gratitud de vencido. Necesitaba alguien que lo comprendiese y fuese más fuerte que él, alguien con quien hablar, alguien que le diese ánimos. Pensaba

que ella siempre brindaba y él siempre recibía, pero que él no podía abandonar aquella amistad.

COGIDOS del brazo, salieron a la calle. El aire frío, con perfume de otoño y de mar, penetró profundamente en sus pulmones. Algunas hojas marchitas caían sobre la acera, describiendo remolinos delante de ellos y anunciando las primeras heladas.

—Caminemos —dijo Helga, que conocía las preferencias de su pareja—. No queda lejos de aquí.

Tomaron por largas y casi solitarias calles. La noche inmensa se cernía por sobre los faroles de las aceras. Los altos edificios de Manhattan parecían negras montañas a su alrededor y eran muy pocos los automóviles o transeúntes que se observaban. Corinth pensó que el cambio operado en Nueva York compendaba lo que había sucedido en todo el mundo.

—¿Cómo le va a Sheila en su trabajo? —preguntó Helga.

Corinth había obtenido un empleo para su esposa, en el centro de socorros, con la esperanza de que esa tarea le levantara el espíritu. Se encogió de hombros sin contestar. Era preferible levantar el rostro y recibir el viento que corría entre los oscuros paredones. Ella lo acompañó en su silencio. Cuando Peter necesitase hablar de nuevo, allí estaría ella.

Un modesto letrero de neón anunciaba el restaurante, *Roger's*. Entraron para encontrarse en un ambiente azulado, que era a la vez fresco y luminoso, como si el aire mismo poseyera una luz sobrenatural.

“Una idea muy original”, pensó Corinth. “¿Cómo conseguirán este efecto?”

Y en ese momento razonó sobre el nuevo principio de fluorescencia, en el cual debía estar basado. Quizás algún ingeniero había decidido súbitamente que prefería ser decorador de interiores.

Las mesas se hallaban más espaciadas que en otros tiempos. Corinth notó distraídamente que las mismas estaban dispuestas en espiral, lo que, en general, ahorra pasos a los mozos en sus idas y venidas a las cocinas. Pero fué una máquina la que se acercó a ellos sobre sus silenciosas ruedas y les presentó un lápiz y una pizarra para que anotaran su pedido.

El menú incluía pocos platos de carne, pues aun subsistía escasez de alimentos. Helga insistió en que el "supreme de soya" era delicioso, y Corinth lo pidió para ambos. Pidió también un aperitivo, naturalmente.

Chocaron sus vasos por encima del blanco mantel. Los ojos de Helga permanecían graves y expectantes sobre los de su compañero.

—Salud —brindó Corinth.

—Salud —contestó ella, pensativamente—. Me temo que nuestros descendientes no podrán nunca entender en absoluto a nuestros antecesores. Todo el magnífico y bárbaro legado no será más que un baluceo irracional para ellos, ¿no te parece? A veces, cuando pienso en el futuro, me dan escalofríos.

—Tú también... —murmuró él, y comprendió que ella se sinceraba sólo porque de esa forma le era más fácil a Corinth aliviarse de sus preocupaciones.

Una pequeña orquesta se hizo presente. Corinth reconoció entre los componentes a tres hombres que habían sido músicos famosos antes del cambio. Portaban los antiguos instrumentos, de cuerdas, de viento, y una trompeta, pero había también algunos nuevos. Bueno, hasta tanto se volviera a las asociaciones filarmónicas, si es que ello sucedía, sin duda los artistas auténticos se sentirían agradecidos de poder ejecutar en un restaurante, y, a decir verdad, contarían con un auditorio más comprensivo que el común de los tiempos idos.

Con la mirada, observó Corinth a

los parroquianos. Eran gente ordinaria: labradores de manos toscas que se codeaban con enjutos y encogidos empleados y con profesores de incipientes calvicies. La nueva desnudez había borrado antiguas diferencias, todo el mundo empezaba desde el nivel cero. Notábase una cómoda informalidad en el vestir, camisas abiertas, pantalones sport y "vaqueros", y algunas prendas personales que constituían una estrafalaria innovación. Las apariencias físicas perdían importancia día a día.

Nadie dirigía la orquesta. Los músicos parecían tocar improvisando y tejiendo sus melodías una y otra vez sobre un sutil y tácito tejido armónico. Era una música fría, sensación de hielos y verdes mares boreales; un ritmo complejo y arrollador, subrayado por el suspiro de las cuerdas. Corinth se perdió en sus pensamientos durante unos instantes, tratando de analizarla. De cuando en cuando, algún acorde despertaba en él una insondable fibra emocional y sus dedos se crispaban involuntariamente alrededor del vaso. Algunas parejas bailaban al compás de aquella música, inventando nuevos pasos. En sus días, esto se hubiese denominado una "jam sesión", pero era demasiado extraño e intelectual para compararlo.

"Es otro experimento", pensó. La humanidad entera se dedicaba ahora a experimentar, abriéndose paso sobre nuevas rutas, hacia ilimitados horizontes.

Volvió su atención hacia Helga, y sorprendió los ojos de ella que lo miraban. Sintió calor en las mejillas e intentó tocar temas poco peligrosos. Pero existía demasiado entendimiento mutuo. Habían trabajado y soñado juntos, y tenían ahora un idioma que les era propio: cada gesto y cada mirada poseía un significado particular, que fluctuaba entre ellos, entrelazándose, chocando, reencontrándose, hasta sentir

como si hablasen consigo mismo.

—¿Trabajos? —preguntó en voz alta—. (Eso significaba: ¿Cómo te ha tratado tu trabajo estos últimos días?)

—Muy bien —dijo ella impersonalmente—. (Estamos realizando algo heroico, creo. Quizás el trabajo más digno de toda la historia. Pero, pensándolo, no se conmueve mucho...)

—Estoy contento de verte esta noche —expresó él—. (Yo te necesito. Necesito alguien que me acompañe en estas horas de desconcierto.)

—(Siempre te estaré esperando) —dijeron los ojos de ella.

"Tema peligroso. ¡Húyete!", pensó Corinth.

Agregó presuroso:

—¿Qué piensas de la música de este lugar? Parecería que se hallasen empeñados en un estilo adaptado al... hombre moderno.

—Quizás sea así —contestó Helga, encogiéndose de hombros—. Pero aún me satisfacen más los antiguos compositores. Eran más humanos.

—A veces pienso si somos aún seres humanos, Helga.

—Sí —replicó ella—. Siempre seremos nosotros mismos. Seguiremos conociendo el amor y el odio, el miedo y el coraje, la risa y el dolor.

—Pero... ¿será la misma clase de sentimientos? —musitó él—. Lo dudo.

—Quizás tengas razón —concedió ella—. Cada vez es más difícil creer lo que deseo creer. Esa es la verdad.

Él asintió.

Ella sonrió levemente:

—(Sí, ambos lo sabemos, ¿no es verdad? Sabemos eso y todo lo que rodea el problema.)

Peter suspiró y encrispó los puños:

—A veces deseo... No. "Es a Sheila a quien amo."

—(Demasiado tarde, ¿no es cierto Pete?) —dijo ella con los ojos—. (Demasiado tarde para ambos.)

—¿Bailamos? —sugirió Peter.— (Va-

mos y olvidemos todo esto.)

—Por supuesto. ¡Sí, encantada, encantada!

Se levantaron y se dirigieron a la pista de baile. Corinth sintió la fortaleza de ella, al rodearla con sus brazos; parecía que Helga le entregaba parte de ella misma. "¿Recuerdo maternal?", le dijo burlonamente su conciencia. No importaba...; la música le envolvía ahora más de lleno, y sentía su ritmo en la sangre. La cabeza de Helga estaba casi a la altura de la suya, pero él no veía su rostro. No era un buen bailarín; de modo que dejó que ella llevara el compás; pero sentía el placer del rítmico movimiento físico, con más agudeza que antes de producirse el cambio. Por un momento, deseó ser un salvaje, para bailar ante los dioses y así extirpar sus penas de raíz.

Pero no: era demasiado tarde. Él era una criatura de la civilización, aún ahora; había nacido demasiado anciano. Pero... ¿qué hacer cuando uno ve que su esposa se está enloqueciendo?

"¡Oh! Amor, si tú y yo pudiésemos determinar el destino!..." ¡Qué pueril era esto! Y sin embargo, en un tiempo le había agradado.

TERMINO la música. Volvieron a la mesa. El fiambre había llegado, traído por la máquina. Corinth ayudó a Helga a sentarse y se puso a pellizcar la comida con evidente mal humor. Al rato, ella lo miró nuevamente.

—¿Sheila? —preguntó—. No se encuentra bien estos días, ¿verdad?

—No. (Gracias por ocuparte de ella.) —Corinth hizo una mueca—. (Su trabajo le ayuda a pasar el tiempo; pero ella no progresa: se abstrae de continuo, y últimamente tiene visiones, y sus pesadillas por las noches...)

"¡Oh, mi atormentado, mi pobre querido!" —Pero, ¿por qué? (Tú y yo, como la mayoría de la gente, ya nos

hemos adaptado, ya no nos sentimos nerviosos; y pensar que yo siempre creí que ella era más estable que el común de las personas.

—El plano subconsciente de su mente... (Está ahora descontrolado, y su consciente no puede controlarlo: su preocupación ante sus propios síntomas sólo empeora las cosas...) Ella no está hecha para tanto poder mental; no puede gobernarlo.

Sus miradas se encontraron: "Algo perdido, de antigua inocencia, todo lo que atesoráramos, nos ha sido quitado, y permanecemos desnudos delante de nuestra propia soledad."

Helga levantó el rostro:

—(Debemos hacer frente a la situación. De alguna manera hay que seguir adelante.) "Pero... ¡esta horrible soledad!..."

—(Cada día que pasa estoy más supeditado a ti. Nat y Félix están enfrascados en sus propios trabajos. Sheila no tiene ya fuerza alguna; ha estado demasiado tiempo luchando consigo misma. Sólo me quedas tú, y esta situación no te hace ningún bien.)

—(No me importa.) "Es todo lo que tengo, ahora que no puedo seguir huyendo de mí misma."

Sus manos se entrelazaron por sobre la mesa. Luego, lentamente, Helga retiró las suyas y movió negativamente la cabeza.

—¡Dios mío! —Corinth apretó los puños fuertemente—. (¡Si supiéramos algo más de lo que nos ocurre! ¡Si tuviésemos una base psiquiátrica en la cual basarnos!)

—Quizás la tengamos pronto. Se está estudiando el problema.) —expresó Helga, tranquilizadora, y preguntó:— ¿Y cómo andas en tu propio trabajo?

—Bastante bien, creo. (Antes de la primavera estarán las estrellas a nuestro alcance. Pero..., ¿qué nos representa esa conquista? ¿Para qué necesitamos las estrellas?) —Corinth miró

fijamente su vaso de vino—. Estoy algo bebido. Hablo demasiado.

—No importa, querido.

La miró.

—¿Por qué no te casas, Helga? Búscate a alguien. Tú no puedes sacarme de mí infierno privado.

Ella expresó negación en el semblante.

—Será mejor que me excluyas de tu vida —insistió él con voz queda.

—¿Apartarías tú a Sheila de la tuya? —preguntó ella.

El camarero mecánico se acercó silenciosamente a retirar los platos, y sirvió la entrada. Vagamente pensó Corinth que no debía sentir apetito alguno. ¿Acaso la congoja no hacía languidecer? Pero la comida era sabrosa. Comer..., pues sí: un factor compensador, como beber, soñar, trabajar o cualquier otra cosa que se puede pensar.

—(Debes aguantar) —le dijeron los ojos de Helga—. (Venga lo que venga, debes sobrevivir, tú y tu salud mental, porque ése es tu legado de humanidad.)

Luego de un momento, Helga habló en voz alta pronunciando tres palabras cargadas de ansiedad:

—Pete, ¿te animarías...? (¿a viajar en la nave estelar?)

—¿Eh?

La miró con expresión de tanto asombro, que ella no pudo evitar la risa: pero volvió a sus palabras, seria e impersonal:

—El proyecto contempla dos tripulantes. (Pero será pilotado en forma automática casi en su totalidad, como sabrás. Nat Lewis me habló para que yo le concediese una de las plazas, en su calidad de biólogo. El problema de la vida, en cualquier rincón del universo...)

La voz de Corinth tembló un poco:

—No sabía yo que tú decidías en la elección de los tripulantes.

—Oficialmente, no. (En la práctica, dado que es un proyecto casi debido

al Instituto, yo puedo influir en favor de cualquier persona suficientemente capacitada. Nat quería que yo lo acompañara...) —cambiaron una leve sonrisa. "Tú te hallarías peor, pero yo podría hallarme mejor, tal vez." — Pero, por supuesto, se necesita un físico. (Tú sabes mucho acerca del proyecto, y has contribuido al mismo más que cualquier otro.)

—Pero... —Corinth meneó la cabeza— me gustaría... (No, no encuentro palabras adecuadas. Jugaría mis posibilidades de pasar a la inmortalidad, por conseguir una plaza en la nave. Cuando era niño, acostumbraba tirarme sobre la hierba en las noches de verano, a soñar mirando al cielo, contemplando la luna naciente y el ojo rojizo que es Marte.) Pero está Sheila... Será en otra ocasión, Helga.

—No se trataría de un viaje muy largo —dijo ella—. (Un par de semanas de exploración entre las estrellas más cercanas, a fin de probar el sistema de propulsión y una serie de teorías astronómicas. Tampoco creo que sea una empresa arriesgada... ¿Crees que yo te dejaría ir si lo sospechara siquiera?)

—"Aún así, vigilaré el cielo todas las noches, sintiendo su frío inmenso y cerrando juntos mis puños." —(Creo que es una oportunidad que no debes dejar pasar, por tu propia tranquilidad de conciencia. Eres ahora un alma perdida, Pete. Necesitas encontrar algo por encima de tus propios problemas; algo superior a este insignificante mundo nuestro —ella sonrió—. Quizás necesites encontrar a Dios...)

—Pero ya te he dicho que Sheila...

—Para la salida de la nave faltan aún varios meses. (En ese tiempo, muchas cosas pueden suceder. Me he mantenido al tanto de los últimos estudios psiquiátricos. Existen ya una serie de tratamientos que prometen mucho éxito.) —estiró ella su brazo por sobre la

mesa y le tocó una mano—. Piénsalo bien, Pete.

—Iré —contestó él con voz algo ronca.

Comprendió que Helga le ofrecía aquella tremenda perspectiva a título de distracción, como algo destinado a romper el círculo de las preocupaciones y tristezas que lo cercaban. Pero no tenía importancia. La idea ya germinaba en su cerebro. Cuando salió con Helga nuevamente a la calle, levantó su mirada hacia el cielo, observando varias estrellas a través de la bruma, y sintió que lo invadía una intensa excitación.

"¡Las estrellas! ¡Oh, estrellas del divino cielo!"

CAPÍTULO XIII

AQUEL año nevó muy temprano. Una mañana, cuando Brock salió de la casa, vió todo cubierto de blanco.

Permaneció unos instantes recorriendo con la vista los inmensos campos, los cerros, las plantaciones, los caminos cubiertos y el acerado amanecer que asomaba en el horizonte. Era como si nunca hubiese visto un invierno: negros y desnudos árboles, perfilados contra un cielo silencioso y calmo; techos agobiados y ventanas heladas; un solitario cuervo oscuro y triste, posado sobre un frío poste telefónico.

"Y en verdad", pensó, "nunca he visto semejante invierno."

La nevada había templado el aire; pero Brock vió que su aliento aún se condensaba en nubecillas de vapor y él sentía punzadas en la cara. Golpeó las manos entre sí fuertemente, produciendo extraños y sonoros ruidos como latigazos que estallaban en el blanquísimo silencio. Resopló, hinchando sus mejillas, y dijo en voz alta:

—Bien, Joe; parece que estamos instalados para pasar los próximos seis meses. El día de Acción de Gracias ha amanecido blanco, y no me sorprendería que tuviésemos también una Pascua blanca.

El perro levantó la mirada, comprendiendo a grandes rasgos lo que su amo decía; pero no tenía medios para constatarle. Predominó entonces su instinto, y salió brincando y ladrando, a despertar con su clamor a los habitantes de la finca.

Una figura pequeña y robusta, tan cargada de abrigos que sólo la proporción de sus miembros revelaba que no era humana, salió de la casa, se estrechó, y se acercó a saltos hasta ponerse al lado del hombre.

—Frío —pronunció la mona—. Frío, frío, frío...

—Y me temo que hará más frío todavía, Mehitabel —dijo Brock, posando una mano sobre la cabeza del animal cubierta con un gorro de piel. Aún temía que los simios no sobreviviesen al invierno. Había hecho por ellos todo lo que estaba a su alcance: les dió abrigos, y les asignó tareas dentro de la casa y del granero, donde no penetraba el frío; pero sus pulmones eran débiles...

Deseaba desesperadamente que viviesen. A pesar de su natural pereza e inconsciencia, habían trabajado heroicamente junto a él, que solo no hubiese podido prepararse para el invierno. Pero además de esto, aquellos seres eran sus amigos, con los cuales podía hablar desde que estableció un dialecto común. Los simios no tenían mucho que decir, y sus sesos de langosta eran incapaces de concentrarse en un tema; pero le aliviaban en mucho la soledad. Con sólo sentarse a observar sus bufonías en el gimnasio que les había instalado, se echaba siempre a reír; y la risa era ahora algo muy fuera de lo común.

Es curioso que la mona Mehitabel se había adaptado mejor a las tareas de la granja, mientras que su compañero Jimmy se encargaba de las tareas domésticas. Pero esto no tenía importancia, por supuesto; cualquier cosa la ha-

rían con gusto, y eran siempre un par de ayudantes fuertes y vivaces.

Brock cruzó el patio, manchando con sus botas la virginal blancura de la nieve, y abrió el portón del granero. Al entrar, sintió una oleada de calor animal y de penetrante olor. Mehitabel fué a buscar paja y maíz molido para los animales (quince vacas, dos caballos y el enorme elefante Jumbo), mientras Brock se dedicaba a ordeñar.

El poco ganado que había quedado parecía aceptar plácidamente el nuevo orden de cosas. Brock hizo una mueca. Los animales confiaban en él; lo veían como a un Dios benévolo, y hoy él debía violar esa confianza. Nada se ganaba con postergar el asunto; eso lo dificultaría más que nunca.

El portón se abrió con un crujido; Wuh-Wuh entró pesadamente; buscó una banqueta de ordeñar, y se sentó a ayudar a Brock. Nada dijo mientras trabajaba mecánicamente; pero eso no era extraño en él. Brock imaginaba que Wuh-Wuh era incapaz de hablar, excepto algunos balbuceos incoherentes y gruñidos raros que le habían valido su extraño apodo.

El imbecil había llegado unas semanas atrás, harapiento, hambriento y sucio. Debía de haberse escapado de algún asilo; era un insignificante y tosco jorobado de edad incierta, frente aplastada, aspecto repulsivo y mirada extrañada. Sin duda alguna, la inteligencia de Wuh-Wuh había repuntado con el cambio; pero no por eso dejaba de ser un defectuoso físico y mental.

Su presencia no había sido bien recibida. Cuando llegó, la mayor parte de las pesadas tareas de la cosecha habían sido ya efectuadas. El agregado de una boca más era una preocupación extra, puesto que los alimentos escaseaban aquel invierno.

—Déjeme que lo mate, patrón —dijo Jimmy en cuanto le puso los ojos encima.



—No —repuso Brock—. No podemos ser tan inhumanos.

—Yo lo hago con facilidad y rapidez —dijo el simio, sonriendo, mientras probaba el filo de su cuchillo sobre el pulpejo del pulgar. Su salvaje simplicidad era encantadora... en él.

—No. Todavía no —Brock sonrió cansadamente. Estaba siempre cansado, siempre había algo que hacer. "Somos las ovejas perdidas, y parece que a mí me toca ser el carnero manso. Todos debemos vivir en un mundo que nos es hostil." Luego de un momento, agregó: —Necesitamos cortar bastante leña, también.

Wuh-Wuh se había adaptado bastante, y era inofensivo desde que Jimmy (probablemente con la ayuda de un buen garrotazo, le había extirpado algunos hábitos desagradables. El proceso hizo comprender a Brock, con nueva fuerza, que sin duda alguna existirían muchos seres como Wuh-Wuh, tratando de sobrevivir al ser abandonados por una civilización que se había tornado demasiado grande para ocuparse de ellos. Tarde o temprano, supuso, los tarados tendrían que unirse, establecer una comunidad y...

Bien, ¿por qué no reconocerlo de una vez? El se sentía solo; había veces que la depresión de su soledad lo impulsaba al borde mismo del suicidio; no existían seres humanos en toda aquella inmensidad invernal, y él, enteramente solo, trabajaba para lograr su propia supervivencia. Necesitaba la compañía de un semejante.

Cuando terminó de ordeñar, soltó a los animales para que se movieran un poco. El tanque australiano estaba helado; pero Jumbo quebró con su trompa la delgada capa de hielo, y todos se acercaron a beber. Aquel mismo día, el elefante tuvo que ser puesto a trabajar trayendo agua de la bomba de emergencia hasta el tanque. Jumbo estaba bastante peludo ya a esta altura del in-

vierno. Nunca se había percatado Brock de cuánto pelo puede tener un elefante cuando no está sometido al desgaste de la vida selvática o a los sopletes de los hombres.

Se dirigió hacia la parva situada fuera del corral de las ovejas. Había tenido que construir una valla alrededor de ella, para que el rebaño no la traspusiese y se hartase; pero ahora respetaban sus límites. Se preguntó qué clase de extraños pensamientos supersticiosos se albergaban en tan estrechos cráneos.

Aun antes del cambio, las ovejas se destacaban por su personalidad propia. Brock conocía a cada una de las cuarenta tan a fondo como a cualquier ser humano. La astuta Georgina empujaba a la tímida Psique, y la vieja y gorda María Antonieta estaba rumiando plácida y reposadamente. Jo ejecutaba un exhuberante solo de baile sobre la nieve, y Napoleón, el viejo carnero de cuernos anillados, de porte majestuoso, ni se molestaba nunca, demasiado consciente de su propia supremacía para ser arrogante. ¿Cómo haría Brock para sacrificar a uno de ellos?...

Sin embargo, no había más remedio. El, Joe y Wuh-Wuh no podían subsistir a base de heno, ni de las harinas toscamente molidas y las manzanas y hortalizas almacenadas en el sótano; Jimmy y Mehitabel necesitaban también un poco de caldo... y quizás serían útiles los cueros, el sebo, los mismos huesos.

Pero... ¿a cuál elegiría?

No simpatizaba mayormente con Georgina, pero era demasiado valiosa para matarla, pues la necesitaba para la reproducción de sus futuros rebaños. Jo la alegre; María, que gustaba acercarse para hociquearle las manos; la coqueta Margy; Jerri la tímida; Eleanor la valiente... ¿A cuál de sus amigas iría a devorar?

"¡Oh, cállate!", se dijo a sí mismo.

"Tu decisión la has hecho hace rato."

Silbó a Joe y abrió la puerta de entrada. Las ovejas lo miraron curiosamente al desfilar desde el prado al aprisco donde dormían.

—¡Aquí, Joe! —dijo—. Ve y tráeme a Psique.

El perro partió en el acto, saltando sobre la nieve como una llamarada cobriza. Mehitabel salió de la cocina y esperó tranquilamente el momento de actuar. Tenía un cuchillo en las manos.

JOE separó a Psique del resto de la manada. La oveja lo miró con tímida sorpresa. El perro ladró; su ladrido resonó fuerte, claro, helado; mordisqueó levemente el flanco de la oveja, y ésta salió abriéndose camino entre la nieve hasta que franqueó la puerta de entrada. Allí quedó, contemplando a Brock.

—Vamos, chica —dijo—. Por aquí.

Cerró la puerta con llave. Joe arreaba a Psique hacia la parte posterior del gallinero, ocultándola del rebaño.

Los cerdos habían demostrado ser astutos y resistentes desde un principio; además habían presenciado la matanza de varios de sus congéneres, en días ya idos; pero las ovejas desconocían esas cosas. Brock pensó que si varias de ellas fueran separadas y abandonadas al frío invernal, para no regresar más, las otras aceptarían la desabarración sin preocuparse mucho por ello. Claro que si el hombre tenía que seguir sacrificando animales para poder subsistir, tendría que inculcarles una... digamos religión... que demandara sacrificios.

Brock tembló al pensar en lo que debía hacer. No tenía el temple necesario para actuar de Moloc. La raza humana había sido va suficientemente siniestra sin necesidad de transformarse en una tribu de dioses sedientos de sangre.

—¡Aquí, Psique! —dijo Brock

Ella permaneció quieta, mirándolo. El se sacó los guantes, y la oveja le lamó las manos, con su lengua tibia y

húmeda. Cuando le rascó detrás de las orejas, baló suavemente y se acercó más aún.

Súbitamente comprendió la tragedia de los animales. La evolución de ellos no se adaptaba a la nueva inteligencia. Era lógico que el hombre, valido de sus manos y su palabra, hubiese evolucionado como animal pensante: estaba acostumbrado a su cerebro. Ni siquiera esta reciente y repentina sobrecarga de sabiduría llegaba a abrumarlo, puesto que el intelecto había sido siempre una facultad de ilimitadas posibilidades.

Pero los otros animales habían vivido en armonía, guiados por sus instintos a través del ritmo del mundo, y con no mayor inteligencia que la necesaria para sobrevivir. Eran mudos, pero no lo sabían; los fantasmas no los perseguían, no sentían anhelos o tristezas, ni se imaginaban enigmas maravillosos. Sólo que ahora habían sido arrojados a aquella inmensidad abstracta que nunca habían deseado, y que preponderaba sobre ellos. El instinto animal, mucho más poderoso que en el hombre, se rebelaba ante la extraña situación; y la mente de ellos, incapaz de crear comunicaciones, no podía ni siquiera enunciar dónde estaba el error.

Aquella enorme e indiferente crueldad era un trago amargo en la garganta del hombre. Su visión se nubló un tanto; pero él se movió con salvaje velocidad, colocándose al costado de la oveja, volteándola, y sujetando en un segundo la garganta del animal, para ofrecerla al cuchillo. Psique baló blandamente. Brock vió en sus ojos el horror a la muerte. El simio golpeó con fuerza; la oveja se convulsionó unos instantes, y luego quedó inmóvil.

—Tómala... Hazte cargo de...

—Brock se levantó—. Encárgate de ella, Mehitabel; por favor —le era difícil poder hablar—. Dile a Wuh-Wuh que te ayude. Yo debo hacer otras cosas.

Se alejó caminando lentamente, co-

mo un autómatas, mientras Joe y Mehitabel cambiaban entre sí una mirada insegura. Para ellos, esto sólo había sido un trabajo más; no podían explicarse por qué su jefe estaba llorando.

CAPÍTULO XIV

WANG KAO se encontraba trabajando duramente cuando llegó el profeta. Era invierno. La tierra que rodeaba a la aldea se extendía blanca y rígida hasta más allá de lo que ojos humanos pudieran alcanzar. Pronto sería de nuevo primavera y habría mucho campo por arar; pero los bueyes se habían escapado. Los hombres, las mujeres y los niños tendrían que arrastrar el arado, y Wang Kao deseaba aliviarlos de trabajo en todo lo que estuviere a su alcance. Se encontraba desarmando el único tractor que les dejaron los comunistas (que también se habían llevado todo el combustible de la aldea), en busca de cojinetes a bolilla, cuando oyó los gritos que anunciaban que un forastero se aproximaba a través de los campos.

Con un suspiro, Wang Kao dejó a un lado el trabajo que se encontraba ejecutando. Caminó pesadamente a través de la penumbra de su cabaña, que constituía también su taller de herrería; tomó su rifle y los pocos cartuchos que le quedaban, y se abrigó con un grueso capote color azul. El rifle había sido un excelente amigo: lo había acompañado por cientos de kilómetros después de la rebelión del ejército, cuando emprendió de vuelta el largo camino al hogar. Existían entonces algunas tropas comunistas dispersas, sin contar los grupos hambrientos a los cuales el hambre había obligado a transformarse en bandoleros. Aun ahora, nunca se estaba seguro de lo que podía significar la llegada de un desconocido. El último de ellos había aparecido

en un reluciente avión, para anunciarles la existencia de un nuevo gobierno bajo el cual todos los hombres podrían ser libres; pero ese nuevo gobierno era todavía algo remoto y débil, y los hombres debían defenderse por sí mismos cuando las circunstancias lo requieran.

Sus vecinos estaban esperando afuera, temblando un poco, debido al frío reinante. Algunos de ellos tenían fusiles de igual tipo que el de Wang Kao, mientras que el resto estaba armado solamente con cuchillos, palos y horquetas. Sus alientos formaban una tenue nube blanca frente a los rostros. Por detrás de ellos, las mujeres, los niños y los ancianos permanecían en las puertas de las cabañas, listos a buscar refugio ante cualquier sobresalto.

Wang Kao miró de soslayo a través de la nieve.

—Es un hombre solo —dijo—. Y no veo que lleve armas.

—Viene montado en un burro, y trae de la rienda otro —replicó un vecino.

Algo extraño había en todo esto. ¿Quién era capaz de manejar una bestia después del gran cambio? Wang Kao sintió una extraña picazón alrededor del cuello.

EL recién llegado era un hombre de considerable edad. Sonrió amablemente. Uno por uno fueron bajando los cañones de los fusiles. Era extraño que el hombre vestía ropas de muy poco abrigo, como si fuese verano. Se acercó a la línea de hombres y saludó con amabilidad. Nadie le preguntó acerca de la razón que allí le traía; pero los ojos que le observaban constituían de por sí suficiente interrogante.

—Me llamo Wu Hsi —dijo—. Traigo para ustedes un mensaje que podría serles de gran valor.

—Apéese, señor —invitó Wang Kao—, y acepte nuestra pobre hospita-

lidad. Debe de sentir usted un frío horrible.

—Pues... no —dijo el recién llegado—. Esto es parte de mi mensaje. Los hombres no necesitan sentir frío, aunque no estén cubiertos por pesados abrigos. El problema sólo consiste en saber cómo no sentir frío.

Cruzó una pierna por sobre el lomo del borraco y se apeó. Una débil brisa helada agitó levemente su barba gris.

—Yo sólo soy uno de tantos —continuó diciendo—. Nuestro maestro nos ha enseñado, y ahora salimos nosotros a enseñar a los demás. Tenemos la esperanza de que aquellos a quienes enseñamos se conviertan también en profetas.

—Bien, ¿y qué es lo que usted enseña, señor? —preguntó Wang Kao.

—Sólo enseño el correcto uso de la mente —repuso Wu Hsi—. Mi maestro era un sabio de Fenchow. Cuando se produjo el gran cambio, él observó que era un cambio en la manera de pensar del hombre, y se entregó a desentrañar las mejores aplicaciones de aquellos nuevos poderes. El comienzo de nuestra obra ha sido aquí muy humilde; pero, con todo, creemos que puede ser una gran ayuda para el mundo.

—Señor, todos nosotros podemos ahora pensar más libre y firmemente —dijo Wang Kao.

—Sí, es evidente que me encuentro entre hombres ilustres; sin embargo, puede ser que mis pobres palabras les aporten alguna novedad interesante. Piensen, amigos míos, cuán a menudo la mente, la voluntad, ha dominado la debilidad del cuerpo. Piensen cómo los hombres se han mantenido vivos a través de enfermedades, hambres, debilidades y cansancios, mientras ninguna bestia habría hecho otra cosa que morir. Piensen pues, cuánto más grandes podrían ser ahora esos poderes, tan sólo con que el hombre supiera usarlos correctamente.

—Sí—Wang Kao hizo una reverencia—. Ya veo cómo ha triunfado usted sobre el frío del invierno.

—El frío de hoy no es bastante fuerte para causar daño a un hombre, si éste sabe cómo mantener su sangre circulando a cierta temperatura. Pero esto es una pequeñez.—Wu Hsi se encogió de hombros—. Una mente elevada puede ordenar muchas cosas al cuerpo. Yo puedo, por ejemplo, mostrarles cómo una herida puede dejar de doler o de sangrar. Pero la manera de comunicarnos con las bestias y llevarnos bien con ellas; la manera de recordar todos los pequeños detalles de las cosas alguna vez vistas u oídas; la manera de no tener sentimientos, ni deseos, excepto aquellos que la mente considera buenos; el modo de hablar un corazón al corazón de otro hombre, sin siquiera abrir los labios; la manera de opinar cómo debe ser realmente el mundo, sin disparatar sobre vanas locuras; creo humildemente que esas cosas podrían ser de mucho mayor valor para ustedes, a lo largo del ancho e infinito camino de la vida.

—Realmente, honorable señor, tiene usted razón, y nosotros no merecemos tamaño honor —declaró Wang Kao con una sumisa reverencia—. ¿No querría usted ahora acompañarnos y comer con nosotros?

Fué un día de gran regocijo para la aldea, a pesar de que la noticia llegó tan serenamente. Wang Kao pensó que muy pronto llegaría un gran día para el mundo entero. Se preguntaba cómo sería el mundo al cabo de diez años; y, aun con su paciente espíritu, apenas podía esperar aquel lapso.

AFUERA de las portillas, el cielo era sólo hielo y oscuridad; un millón de heladas estrellas esparcidas a través de la noche pura. La vía Láctea parecía un río de luminarias. La

constelación de Orión lucía gigantesca contra el infinito, que era todo silencio y frío.

El espacio rodeaba a la astronave, como el océano circunda a un barco solitario. El Sol de nuestra Tierra iba menguando mientras la nave corría hacia el infinito espacio exterior, donde sólo existían la noche serena y la titánica y resplandeciente belleza de los cielos. Mirando a las estrellas, cada una de las cuales era un gigantesco fuego, y dándose perfecta cuenta de su terrible soledad, Peter Corinth sintió que comenzaba a descorazonarse. Aquello era el espacio, extendiéndose más allá de toda imaginación: mundos y más mundos; y cada uno, con todo su esplendor, no era nada frente al misterio que lo sustentaba.

“¿Quizás necesites hallar a Dios?”

Bien... , pues tal vez lo había ya encontrado. Por lo menos había encontrado algo que estaba fuera de su ser.

Suspirando, Corinth se volvió hacia la metálica tibieza de la cabina, y sintió el placer visual del espacio limitado. Lewis se encontraba observando un tablero de diales y mascando el extremo de un cigarro. No había expresión admirativa o de asombro en su cara regordeta y redonda; entre dientes canturreaba una canción; pero Corinth sabía perfectamente que la sensación de helada soledad también había alcanzado a Lewis y le había impresionado.

El biólogo asentía ligeramente con la cabeza.

—(Todo funciona a las mil maravillas; la dirección psíquica, las pantallas panorámicas, la gravedad, el sistema de ventilación, los servomecanismos... ¡Hemos conseguido un barquito maravilloso!)

Corinth se sentó en un sillón, acurrucando allí su larga osamenta, mientras unía sus manos sobre una rodilla. Rumbo a las estrellas... , era un triun-

fo; quizás el hecho más descollante de la historia, porque garantizaba que existiría siempre una historia, una avanzada tal en el hombre, que éste ya no se quedaría para siempre adherido a su pequeño planeta natal. Pero Corinth, como individuo, no sentía el entusiasmo triunfal de la conquista. Era todo demasiado grandioso y sublime para pensar en clarines de gloria.

Intelectualmente, él siempre había sabido que el cosmos se encontraba mucho más allá de la comprensión humana; pero saberlo no le había servido nunca de nada. Ahora, en cambio, él estaba compenetrado con el cosmos; lo había vivido, y ya nunca podría volver a ser el mismo hombre de antes.

Impulsada por una fuerza más poderosa que la de los cohetes, liberada de las velocidades límites einsteinianas, la nave avanzaba contra la masa del universo entero, a velocidades superiores a la luz, si es que en tales espacios podía hablarse todavía de velocidad en el estricto sentido de la palabra. Su posición más probable oscilaba de una manera enigmática, que habría requerido para su apreciación una entera y nueva rama de las ciencias matemáticas. La nave generaba su propio campo interno pseudogravitatorio. Su combustible era la masa misma: cualquier masa, transformada en energía, a razón de nueve por diez elevado a la vigésima potencia, en ergios por gramo. Sus pantallas panorámicas, compensadoras del efecto Doppler y de la aberración, mostraban el desnudo resplandor del espacio al ojo humano, que de otra manera no hubiera podido ver absolutamente nada. Ella transportaba, protegía y alimentaba su carga compuesta de frágiles tejidos orgánicos; y aquellos que la comandaban como dioses, comprendían, con inflexible y suprema claridad, que eran mortales.

A pesar de todo, la nave tenía espec-

to de cosa no terminada. En el apuro de completar en pocos meses un centenar de años de trabajo, los constructores habían omitido mucho de todas las cosas que debían haber instalado; por ejemplo: computadores y robots que podrían haber transformado la nave en algo completamente automático. Los hombres que había a bordo, con sus mentes despiertas ahora, podían calcular tan bien y tan rápidamente como cualquier máquina jamás construida, resolviendo ecuaciones diferenciales parciales de alto grado, para así poder lograr la exacta conducción de la nave. En la realización del proyecto había existido desmesurada prisa, una vaga idea de que la humanidad debía encontrar cuanto antes nuevos mundos. La próxima nave espacial sería diferente, y sus principales diferencias consistirían en las mejoras introducidas según los datos recogidos por la primera expedición.

—La cantidad de rayos cósmicos es bastante constante —dijo Lewis. La nave estaba erizada de instrumentos montados fuera del casco y sus campos protectores—. (Me imagino que esto echa por tierra de una vez por todas la teoría del origen solar.)

Corinth asintió con la cabeza. El universo (por lo menos hasta la distancia que habían ya alcanzado) parecía contener una cellisca de partículas energéticas, que estallaban tempestuosas a través del espacio, desde orígenes desconocidos hacia igualmente ignorados destinos. ¿O es que tienen un lugar de partida?... Quizás eran antes una

parte integral del cosmos, al igual que las estrellas y nebulosas. Corinth habría deseado ardientemente poder constatar a tales preguntas.

—Yo pienso —dijo— que, aun la más pequeña travesía que podamos efectuar en este pequeño segmento de la Galaxia, está destinada a desvirtuar la mayoría de las antiguas teorías astronómicas. (Tendremos que desarrollar una entera y nueva cosmología.)

—Y biología también; te lo aseguro —gruñó Lewis. (He meditado sobre el particular una y otra vez desde el cambio, y ahora me inclino a pensar que también es posible la existencia de vida no basada en el carbono.) Bien; ya veremos.

—“Ya veremos”... ¡Qué frase mágica!

El sistema solar, por sí solo, necesitaría décadas de exploración. El *Sheila* (el hombre había sobrepasado ya la etapa anímica de bautizar sus obras; pero Corinth permanecía la suficientemente sentimental como para llamar al navío con el nombre de su esposa) había ya visitado a la Luna en un vuelo de prueba; pero el verdadero y gran viaje lo había comenzado con un paso por Venus, en el que había descendido para echar una mirada a su ventosa superficie de arena, siempre llena de gases venenosos. Después vino una pequeña parada en Marte, donde Lewis casi se volvió loco al observar algunas formas de vida vegetal. Y por fin, la marcha hacia el infinito. En una semana increíble, dos hombres habían estado en dos planetas, para después seguir

Virus sintéticos

DOS investigadores norteamericanos han conseguido, a partir de sustancias más simples, reconstituir el virus llamado mosaico del tabaco. Por desgracia, no podemos decir que se haya “creado” la sustancia viva todavía, puesto que los cuerpos simples de que hablamos fueron obtenidos a partir de la destrucción de los mismos virus.

navegando por el espacio. La constelación de Hércules quedó atrás: deseaban localizar los límites del campo inhibitor y reunir datos acerca de él; luego harían una incursión a Alfa del Centauro, para ver si el vecino más próximo al Sol tenía planetas; y vuelta a la Tierra. ¡Todo en menos de un mes!

“Cuando volvamos estaremos ya casi en primavera...”

El último invierno reinaba todavía en el hemisferio norte de la Tierra cuando partieron. Fué en una mañana fría y oscura. Nubes bajas volaban vertiginosamente semeando andrajosas mantas sobre un cielo de hierro. La tendida masa de los edificios de Brookhaven había estado casi oculta para ellos, borrada por la nieve y la bruma, y la ciudad era imposible de distinguir.

No muchos fueron a despedirlos. Los Mandelbaums estuvieron allí, naturalmente, encorvados bajo el peso de abrigos viejos y deslucidos. La delgada y alta figura de Rossman estaba a un costado de ellos. Unos pocos amigos, algunos conocidos profesionales de los laboratorios y talleres, y nadie más.

Helga había ido envuelta en un costoso abrigo de pieles, con cristales de nieve brillando como pequeños diamantes sobre sus rubios cabellos, siempre bien peinados hacia atrás. Su frialdad, parecida a la de ciertas joyas preciosas, mucho le decía a Corinth. Se preguntaba éste cuánto tiempo se quedaría ella esperando para poder echarse a llorar luego de la partida de la nave; pero, cuando sus manos se estrecharon, quedó enmudecido. Después, Helga se dedicó a conversar con Lewis, mientras Peter conducía a su esposa, Sheila, al otro costado de la nave.

Sheila parecía más pequeña y frágil en su abrigo de invierno. La carne había huído de su cuerpo; sus delgados huesos resaltaban bajo la piel, y sus ojos parecían enormes. Ultimamente se había vuelto muy silenciosa; se limita-

ba a verlo pasar una y otra vez, sin decir palabra alguna, a veces temblando un poquito. Ahora, las manos que él estrechaba eran terriblemente delgadas.

—Yo no debería abandonarte, queridísima mía —dijo Corinth, usando el lenguaje de tiempos pasados, y con voz que parecía una caricia.

—No será por mucho tiempo —contestó ella quedamente. No usaba ahora cosmético alguno, y sus labios estaban más pálidos todavía de lo que normalmente eran—. Creo que estoy mejorando un poco.

El asintió.

Kearnes, el psiquiatra, era un hombre bueno, paternal y algo entrado en carnes, que poseía una mente agudísima; admitía que su terapéutica era todavía experimental (un andar a tientas dentro de las oscuras y desconocidas barreras de la nueva mente humana), pero que con algunos pacientes había tenido ya el mejor de los éxitos. Desechando la barbaridad de una mutilación mental, ya fuese por cirugía, ya por “shock”, él creía que un período de soledad, de aislamiento absoluto lejos del círculo familiar, ofrecería al paciente una oportunidad de conseguir, bajo experta dirección, la recuperación mental necesaria.

El doctor Kearnes había dicho: “El cambio ha sido un “shock” psíquico sin precedentes en todos los organismos poseedores de un sistema nervioso. Los afortunados (los de gran voluntad; los resueltos; aquellos que, por elección o necesidad, dirigían su interés hacia el exterior antes que hacia el propio interior; aquellos para los cuales el mucho pensar había sido siempre un proceso agradable y natural), tales afortunados parecen haber realizado su ajuste sin sufrir daño alguno, aunque estoy convencido de que todos iremos a nuestras tumbas con las heridas producidas por el “shock”. Pero los menos afortu-

nados han sido lanzados a una neurosis que en muchos casos se ha transformado en profunda psicosis. Su esposa, doctor Corinth (permítame ser algo brusco), se encuentra muy cerca de la locura. Su pasada vida, decididamente no intelectual y alejada del mundo que la rodeaba, no la había preparado para un cambio repentino y radical en su propio ser. Los viejos ajustes, compensaciones, descuidos protectivos y decepciones del propio ser, que todos hemos tenido, no pueden ya usarse, y ella no ha sido capaz de encontrar otros nuevos. El preocuparse acerca de los síntomas, sólo contribuye a aumentarlos: es un círculo vicioso, como podrá usted comprender. Sin embargo, creo que puedo ayudarla. Con el tiempo, cuando todo este proceso se comprenda mejor, será posible efectuar una cura completa... ¿Cuánto tiempo? Yo no puedo saberlo. Pero no será mucho más de unos pocos años, dada la velocidad con que ahora se mueve la ciencia. Mientras tanto, su esposa aprenderá a compensar sus deficiencias lo suficiente como para ser feliz dentro de la cordura normal”.

Sheila continuó hablando, con un repentino brillo de terror en sus ojos:

—¡Oh, Pete querido, queridito mío!, sé muy cuidadoso cuando te encuentres en el espacio. ¡Y vuelve para mí, Pete adorado!

—Volveré —dijo, mordiéndose los labios y recordando que el doctor Kearnes también le había dicho: “Sí, será para ella una terapéutica excelente el que usted vaya en esa expedición, doctor Corinth. Por lo menos yo lo creo así. La preocupación acerca de la vida de usted resultará para ella mucho más saludable que sus melancólicas cavilaciones sobre las sombras creadas por su propia mente fugitiva. Esto ayudará a arrancarla de su orientación psíquica, y así podrá volver donde realmente debe estar. Ella no es una introvertida normal...”

Una ráfaga de nieve los envolvió por un momento, ocultándolos del resto del mundo. Pete la besó largamente, pensando que durante todos los años que aún le restaban por vivir recordaría siempre la frialdad y temblor de aquellos pálidos labios.

SE sintió un profundo vacío sobre el suelo, como si todo el planeta hubiese temblado de frío. En lo alto resplandecía el cohete transatlántico, proa a Europa, en alguna misión del mundo que recién nacía. Los ojos de Corinth estaban posados en Sheila. Dulcemente le apartó algunos copos de nieve de la cabeza, sintiendo la suavidad de su pelo y la añorada curva de su nuca a través de los dedos. Una leve sonrisa de tristeza se dibujó en los labios de Corinth. Con pocas palabras, más con la ayuda de ojos, manos y labios, le dijo a su esposa:

—Cuando vuelva a nuestro hogar... (¡y qué vuelta al hogar será, querida mía!...), espero encontrarte bien e inventando un sirviente robot, que te permita disponer sólo para mí de todo tu tiempo. No querré entonces que absolutamente nada nos pueda molestar.

Lo que realmente quiso decir era: “Mi bien amada, espérame en nuestro hogar, como siempre. Eres todo mi mundo. ¡Dios mío, que no haya más entre nosotros sombra alguna; que podamos estar juntos como antes, porque de otra manera todo estará vacío para siempre!”

—Haré todo lo posible, Pete querido —susurró ella, y sus manos se elevaron hasta tocarle el rostro dulcemente—. ¡Pete, amor mío!

La voz de Lewis sonó áspera sobre el costado de la nave, distorsionada por el viento.

—¡Todos los viajeros a bordo!

Corinth y Sheila demoraron un instante en despedirse, y todos respetaron aquella necesidad. Cuando el fi-

sico se paró en la puerta de la cámara intermedia, agitando la mano en despedida, se encontraba ya a considerable altura del suelo, y Sheila era sólo una pequeña figura recortada sobre la nieve fangosa.

YA en ruta, el Sol apenas era algo más que la estrella más brillante, casi perdida entre la apiñada multitud de estrellas, y tan distante de la nave como la órbita de Saturno lo está de la Tierra. Las constelaciones no habían cambiado en toda la distancia que la nave había recorrido. El gran círculo de la Vía Láctea y las lejanas y misteriosas espirales de las demás galaxias titilaban tan remotas como para el primer antropoide que elevó sus ojos hacia ellas, maravillado y reverente. No había tiempo ni distancia: sólo la inmensa vastedad que iba más allá de los trillómetros y los años luz.

El Sheila se lanzó cautelosamente adelante, a una velocidad muy inferior a la de la luz. En los márgenes del campo inhibitorio, Lewis y Corinth estaban preparando los proyectiles telemetrados que lanzarían a las regiones de más denso flúido.

Lewis sonrió con pícaro simpatía, ante las enjauladas ratas que serían enviadas dentro de los torpedos. Sus vivaces ojillos lo observaban constantemente, como si comprendiesen lo que estaba sucediendo.

—¡Pobres animalitos! —dijo—. Algunas veces me siento un malvado —y agregó con más amplia sonrisa:— y otras veces también; pero lo tomo a broma.

Corinth no respondió palabra alguna. Estaba observando las estrellas.

—El problema contigo —continuó Lewis, sentándose a su lado— es que tomas la vida muy en serio. Siempre lo has hecho así, y desde que ocurrió el gran cambio, tú no has cambiado en absoluto. En cuanto a mí, que, natu-

ralmente, soy perfecto por definición, siempre encuentro cosas acerca de las cuales puedo protestar y lamentarme; pero hay otras que en realidad son enormemente agradables. Si existe un dios de cualquier clase (y desde el cambio estoy comenzando a creer que a lo mejor existe, quizás porque me estoy volviendo muy imaginativo), Chesterton tuvo entonces razón en incluir entre los atributos de tal dios el humorismo —hizo un ruido con su lengua—. ¡Pobre y viejo Chesterton! ¡Es una gran lástima que no haya vivido bastante para ver el cambio! ¡Qué paradojas podría haber imaginado!

La campanilla de alarma interrumpió el monólogo de Lewis. Los dos hombres saltaron de sus asientos, observando el indicador luminoso que parpadeaba como un ojo rojizo, apagándose y encendiéndose una y otra vez. Simultáneamente, una sensación de desvanecimiento invadió a ambos. Corinth se aferró, mareado, a los brazos de su sillón.

—¡El campo...! ¡Nos estamos aproximando a la zona! —exclamó Lewis, empujando violentamente una llave del panel de control. Su voz se tornó grave—. Debemos salir de aquí... “¡A toda máquina, hacia atrás!”

Pero no era tan simple, y menos aún cuando había que enfrentarse con un campo potencial que la ciencia moderna identificaba con el límite del mundo real, Corinth sacudió la cabeza, y se inclinó hacia adelante, tratando de ayudar.

“Esta llave... No: la otra.”

Miró desesperadamente al panel de control. Una aguja se desvió más allá de la marca roja de seguridad. Habían sobrepasado la velocidad de la luz y continuaban acelerando su movimiento, que era lo que menos deseaban. Pero... ¿qué hacer?

Lewis lo miró con incertidumbre. El sudor le cubría totalmente el rostro.

—Vector transversal —dijo apenas—. Hay que apartarse tangencialmente...

No existían constantes para la dirección psíquica. Todo era variable: una función de muchos componentes, todos dependientes entre sí de gradientes potenciales. La acción de “adelante” podría transformarse en “atras”, bajo nuevas condiciones, y existía además el incierto principio, que no se debía dejar de tener en cuenta: el caos de electrones libres que no obedecían a razón alguna, dando por tierra con cualquier curva de probabilidad; la complejidad inimaginable que había generado las estrellas, los planetas y el pensamiento humano. Una sucesión de ecuaciones farfullaban en la mente de Corinth, sin sentido alguno.

Pasó el vértigo, y miró hacia Lewis con creciente horror.

—Estábamos equivocados —murmuró—. El campo se intensifica mucho más rápido de lo que pensábamos.

—Pero, hombre, la Tierra necesitó pocos días para librarse de él, a una velocidad relativa de...

—Debemos de haber chocado contra una parte distinta del cono: con una zona más claramente definida; o quizás los límites varíen con el tiempo, de una manera insospechada... —Corinth se dio cuenta de que Lewis lo estaba observando con atención, con la boca completamente abierta.

—¿Qué? —contestó su compañero—. ¡Oh, qué desespacio!...

—Yo dije... ¿Qué es lo que dije? El corazón de Corinth comenzó a latir desesperadamente, presa de pánico. Había dicho tres o cuatro palabras, ampliadas con algunos signos; pero Lewis no lo había comprendido.

ERA natural que no lo hubiese comprendido! ¡Ambos habían dejado de ser los seres inteligentes que hasta pocos momentos antes habían sido!

Corinth tragó saliva, pareciéndole que su lengua se había transformado en un pedazo de madera. Lentamente, en el lenguaje corriente de antes del cambio, repitió de nuevo su frase.

—¡Oh!, sí, sí —asintió Lewis con la cabeza, demasiado aturrido para pronunciar otras palabras.

Corinth sintió que su mente se embotaba. No hallaba palabras con que expresarse. La cabeza le giraba más y más, en una espiral que lo llevaba hacia la inconsciencia. Le era imposible pensar. Con cada segundo que pasaba se acercaba de nuevo hacia el primitivo hombre animal.

El darse cuenta de lo que estaba sucediendo, fué como una explosión. Se habían introducido dentro del campo que la Tierra había abandonado; sus mentes volvían a ser lo que antes del cambio. La nave espacial volaba sin cesar hacia un flúido cada vez más denso, y ellos habían dejado ya de poseer una mente capaz de dominar el rumbo.

“El próximo navío tendrá que ser construido a prueba de accidentes de esta naturaleza”, pensó Corinth, en medio del caos. “Allá en la Tierra se darán cuenta de lo que ha pasado...; ¿pero qué nos representa a nosotros aquí el saberlo?”

Nuevamente observó hacia el exterior. Las estrellas se movían alocadamente ante sus ojos.

“El campo...”, pensó, casi sin conocimiento, “no sabemos su forma, ni su extensión. Creo que estamos yendo tangencialmente, y pronto podríamos salir de él...”, pero también podríamos quedar atrapados aquí durante los próximos cien años... ¡Sheila!...”

Inclinó la cabeza, exhausto por el tormento físico del repentino reajuste celular, incapaz de pensar en cosa alguna, y comenzó a llorar.

La nave continuó su rumbo veloz hacia las tinieblas.

LA casa se encontraba situada en Long Island, sobre el borde de una ancha playa que descendía suavemente hacia el mar. Antiguamente había pertenecido a una extensa finca, y estaba rodeado de árboles y de una alta cerca que la ocultaba a los ojos del mundo.

Roger Kearnes detuvo su coche delante del portal y bajó de él. Al sentir el aire frío, que le hizo temblar, metió las manos en los bolsillos. No había

viento ni sombras: sólo la lenta caída de la nieve espesa, que descendía en silencio desde un cielo bajísimo, se adhería a los vidrios de las ventanas y se fundía en el suelo como lágrimas de misterioso llanto. Kearnes desconfiaba de que alguna vez volviera la primavera.

Por fin se animó y apretó el botón del timbre. Debía realizar su trabajo. Debía examinar el estado de una paciente.

Fué Sheila Corinth quien abrió la



puerta. Estaba muy delgada todavía, con profundas ojeras que se destacaban sobre su pálido rostro de niña, pero ya no temblaba como antes y se había tomado el trabajo de peinarse los cabellos y vestirse con gusto.

—¡Hola, hola! —dijo Kearnes sonriente—. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien; muy bien —los ojos de Sheila no querían encontrarse con los de él—. ¿Quiere pasar, por favor?

Lo condujo a través de un corredor recién pintado, que ni aun así lograba crear la atmósfera alegre que deseaba Kearnes. Pero es imposible conseguir todo lo que uno quiere. Sheila podría sin embargo, considerarse satisfecha de tener una casa a su entera disposición y una agradable mujer de cierta edad (una deficiente mental) que le servía de ayuda y compañía. Aun en esos días, significaba mucho ser la esposa de un hombre importante.

Entraron al living. Un alegre fuego ardía en la chimenea. Por una ventana se observaba un trozo de playa y el incansable océano.

—Siéntese —invitó Sheila, indiferente. Ella se sentó en un sillón, y fijó sus ojos en la ventana.

La penetrante mirada de Kearnes no se apartaba de ella en ningún momento.

¡Qué fuerte era la marejada! Aún en el interior de la casa, se podía oír la rompiente desgastando las rocas, triturando al mundo, como los dientes del tiempo. Era el gris y el blanco en el borde del mundo; blancos corceles galopando desesperados mientras relinchaban terriblemente.

Tratando de no preocuparse por lo que estaba pensando en aquel momento, abrió su portafolios.

—Tengo algunos nuevos libros para usted —dijo—. Son textos de psicología. Usted me dijo que le interesaban.

—Sí, me interesan. Muchas gracias —contestó ella, con voz inexpressiva.

—Naturalmente que son libros anticuados —continuó él—; pero le servirán para darles los rudimentos y principios básicos de la ciencia. Usted tendrá que averiguar por sí misma cuál es su problema.

—Creo que lo averiguaré —contestó Sheila—. Ahora puedo pensar mucho más claramente que antes. Puedo ver lo frío que es el universo y lo pequeños que somos ante él. . . —miró a Kearnes, con labios temblorosos, asustada—. ¡Desearía no haber pensado con tanta claridad!

—Una vez que usted haya dominado sus pensamientos, se alegrará de ese dominio —contestó él gentilmente.

—Desearía que me devolviesen al viejo mundo.

—Era un mundo cruel. Nos encontramos mucho mejor fuera de él.

Sheila asintió con la cabeza. Kearnes apenas pudo oírle susurrar:

—¡Oh, soldado, que yaces en lo hondo de la grieta: hay escarcha en tus cabellos, y sombras profundas alrededor de tus ojos! ¡Deja que vengan las tinieblas!

Antes de que él tuviera tiempo de fruncir el ceño, ella continuó en voz alta:

—Pero entonces amábamos y teníamos esperanzas. Existían pequeños cafés, como usted recordará, y gente que sonreía en las penumbras. Había músicas y bailes, bebidas y cenas a medianoche, yates, fiestas y dulces, preocupaciones por el impuesto a los réditos, nuestras propias bromas. . . Estábamos. . . nosotros dos. ¿Dónde se encontrará ahora Pete?

—Volverá muy pronto —dijo Kearnes, apresuradamente. No era discreto recordarle a Sheila que la nave espacial se hallaba retardada en más de dos semanas—. Pete se encuentra perfectamente bien. De usted es de quien debemos preocuparnos.

—Sí —nerviosa, entrecruzó con fuer-

za los dedos—. Todavía me siguen apareciendo... esas sombras, ¿sabe? Y palabras que brotan de no sé dónde. A veces, algunas de ellas hasta tienen sentido.

—¿Podría usted repetírmelas? —preguntó Kearnes.

—No sé... Esta casa se encuentra en Long Island, isla larga, isla de largas distancias, de deseos distantes... ¿Dónde está Pete?

Kearnes sintió cierta satisfacción. Aquello era una asociación de palabras más coherentes que las que ella había expresado la última vez que estuvieron juntos. ¿Qué fué lo que dijo? Ah, sí:

“Pero, cuando es más distante y helado vacío, y el tiempo tan negro que la oscuridad es un peso, dígame entonces ¿qué yace en lo más profundo de todo?”

Quizás se estuviese ella curando sola en la quietud de su retiro.

KEARNES no podía estar seguro de nada. Todo había cambiado demasiado. La mente de un equizofrénico se dirigía hacia regiones donde él no podía penetrar. Los nuevos prototipos no habían sido todavía establecidos. Pero él pensaba que Sheila actuaba ahora un poquito más normalmente que antes.

—Yo sé que no debo jugar con esas ideas —dijo ella abruptamente—. Es peligroso. Si uno las toma en sus manos, permitirán por un momento que se las conduzca; pero después no se irán más.

—Me agrada que usted se dé cuenta de ello —dijo Kearnes—. Lo que usted debe hacer es ejercitar su mente. Piense que la mente es una herramienta o un músculo. Dedíquese a esos ejercicios que le di sobre procesos lógicos y semántica general.

—Lo he hecho —Sheila rió forzosamente—. He tenido la satisfacción de descubrir algo evidente.

—Bien —sonrió Kearnes—. Eso indica que está usted bastante mejorada para hacer observaciones agudas.

—¡Oh, sí! —Sheila sacó preocupadamente un hilo del tapizado—. Pero ¿dónde está Pete?

El evadió la pregunta y se dedicó a envolverla con rutinarias pruebas de asociación de palabras, cuyo valor como diagnóstico era casi nulo. Cada vez que hacía una prueba, parecía que las palabras tenían diferentes significados. Pero él podía agregar estos resultados a sus archivos de experiencias. Eventualmente tendría suficiente material como para encontrar alguna norma fundamental. Esta nueva técnica dimensional “n” parecía muy promisoría, y podría producir un panorama interesante.

—Debo irme ya —dijo por fin, dándole palmaditas en los brazos—. Pronto se encontrará muy mejorada. Recuerde: siempre que necesite ayuda o simple compañía, llámeme, y de inmediato estaré aquí.

Sheila no se levantó; permaneció en su sillón, observándolo hasta que desapareció por la puerta de entrada. Entonces dió un suspiro de alivio.

“No me agrada nada, doctor cruel”, pensó. “Te pareces a un perro que me mordió hace muchos cientos de años. ¡Pero es tan fácil engañarte!...”

Una vieja canción cruzó por su mente:

*Ya está muerto y se ha ido, señora;
ya está muerto y se ha ido.
En su cabeza, un poco de pasto verde;
y una piedra en sus talones.*

“¡No!”, dijo a la otra canción que sonaba ahora en su cerebro. “¡Vete!”

El mar rugía y bramaba. La nieve caía cada vez más densa contra las ventanas. Sheila sentía que el mundo la oprimía.

—Pete —susurró dulcemente—, Pete querido, ¡te necesito mucho! ¡Vuelve, por favor!...

CAPÍTULO XVI

POR fin salieron del campo inhibitorio. Tras los primeros minutos, que fueron terribles, Pete preguntó:

—¿Dónde estamos?

Constelaciones desconocidas rutilaban alrededor de los dos astronautas. El silencio era tan grande que sus respiraciones sonaban ruidosas y ásperas en sus propios oídos.

—No lo sé —gruñó Lewis—. Y tampoco me importa. Déjame dormir ¿quieres?

Fué dando tumbos a través de la pequeña cabina y se dejó caer en una litera, temblando lastimosamente. Corinth lo observó durante un momento a través de la neblina de sus propios ojos, y luego se volvió hacia las estrellas.

“Esto es ridículo”, se dijo ásperamente. “Soy libre de nuevo. Vuelvo a tener el uso completo de mi cerebro. ¡Debo, pues, usarlo!”

Su cuerpo entero se estremeció apenado. La vida no estaba hecha para aquellos cambios. Era un súbito retorno a la vieja oscuridad; días grises prolongados en semanas y semanas, mientras la nave corría inconteniblemente hacia el infinito, y luego el rápido emerger al espacio libre, y el sistema nervioso encendiéndose con toda intensidad. Todo eso podría haberlos matado.

“Ya pasará, ya pasará; pero, mientras tanto, la nave sigue su rumbo hacia el infinito; y, a cada segundo que pasa, la Tierra se aleja más y más. ¡Detén esa nave!”

Se sentó agarrándose con fuerza a los brazos de su sillón, y luchando contra el horrible mareo.

“Calma”, pensó; “tranquilidad; frena ese corazón que galopa; relaja los músculos que agitan tus huesos; junta las chispas de tu inteligencia, y deja que todo ello evolucione lentamente, como es debido”.

Se acordó de que Sheila lo estaba esperando, y su imagen fué como piedra firme en el torbellino del mundo que lo envolvía. Gradualmente, sintió que comenzaba a recuperar las fuerzas perdidas. Fué una consciente batalla para detener el espasmódico jeadar de sus pulmones. Cuando pudo lograrlo, sintió que el corazón comenzaba a detenerse en su loca carrera. El mareo le desapareció; cesó de temblar; se le aclararon los ojos, y Peter Corinth fué de nuevo dueño de su cuerpo y su voluntad.

Se levantó. Dió más fuerza al motor de ventilación, a fin de clarificar el aire. Observando a través de la pantalla panorámica, se extasió ante la imagen del cielo. La nave debía de haber cambiado de velocidad y dirección muchas veces, a lo largo de su ciega carrera a través del espacio. Podrían encontrarse ahora en cualquier lugar de la Galaxia; pero...

Sí, allí estaba la Nube Magallánica, fantasmal contra la negra noche; y aquel pozo de oscuridad debía de ser el gran Saco de Carbón, y entonces aquella era la gran nebulosa de Andrómeda... El Sol debía, pues, de estar aproximadamente en tal dirección. Alrededor de tres semanas de viaje a su pseudovelocidad límite; entonces, lógicamente, debían buscar en esas regiones locales a fin de localizar el vulgar pigmeo amarillo que era el Sol de los hombres. Admitamos unos pocos días, o quizás un par de semanas, para ello. ¡Siempre era mejor que un mes entero!

Nada se podía hacer, por más impaciente que uno se sintiera. La emoción era, de un modo casual, un estado psicofisiológico; por lo tanto podía ser controlada. Corinth deseaba arrancar de su interior la cólera y el dolor; deseaba calma y tranquilidad. Se dirigió hacia los controles y resolvió sus problemas matemáticos de la mejor manera que pudo con los insuficientes da-

tos que logró reunir. Unos rápidos movimientos de sus manos lograron detener el movimiento de la nave espacial, la hicieron virar sobre sí misma y lanzarse hacia el Sol.

Lewis estaba inconsciente. Corinth no lo despertó, dejando que descansara luego del "shock" del reajuste mental y físico. De todas maneras, Corinth necesitaba en aquellos momentos estar solo.

Su mente volvió a las terribles semanas pasadas dentro del campo inhibitor. Cuando habían estado en él, Pete y Lewis, habían supuesto que sus vidas después del cambio no eran más que pura fantasía; no podían pensar ni sentir como seres normales. La cadena de razonamientos que había hecho posible la reorganización del mundo y la construcción de la nave en el término de pocos meses, había sido demasiado sutil y extrema como para que el hombre animal pudiese comprenderla. Luego de un tiempo, su lengua y sus apresurados planes se habían diluído en una apatía desesperanzada, y aguardaban resignados la oportunidad de ser liberados o aniquilados.

"Bien", pensó Corinth en el filo de una mente que estaba pensando en una docena de cosas a la vez, "al fin de cuentas, hemos sido liberados".

Permaneció sentado contemplando la gloriosa inmensidad del cielo. La agradable sensación de saberse rumbo al hogar, con vida y en sus cabales, le produjo en su interior una sensación de regocijo. Pero la fría serenidad que se había impuesto, lo cubría como una armadura. Podría quitársela en el momento propicio, y ya lo haría; pero el hecho actual era abrumador.

Debía haber previsto que algo así iría a ocurrirle. Sin duda alguna, muchos hombres de la Tierra ya lo habían descubierto en sí mismos; pero, con comunicaciones todavía fragmentarias, no habían podido hacer llegar a los demás

sus experiencias. La historia del hombre representaba en cierto sentido una lucha sin fin entre el instinto y la inteligencia; el involuntario ritmo del organismo y los moldes personales de la conciencia. Ahí estaba el triunfo final de la mente.

Súbitamente había llegado para Corinth el "shock" que lo volvía de nuevo a una completa actividad neural, precipitando el cambio que estaba latente dentro de su cuerpo. Para toda la humanidad normal, sin embargo, debía llegar pronto; gradualmente quizás, pero pronto.

El cambio en la naturaleza humana, y la sociedad humana a que esto daría lugar, estaban más allá de su imaginación. El hombre seguiría teniendo motivos, querría todavía realizar ciertas cosas, pero podría seleccionar sus propios deseos conscientemente. Su personalidad estaría adaptada en forma personal a los requerimientos intelectualmente concebidos de acuerdo a su situación. No sería un robot, no; pero tampoco se parecería a lo que había sido en el pasado. A medida que las nuevas técnicas fueran desarrollándose, las enfermedades psicosomáticas desaparecerían, y aun los trastornos orgánicos podrían ser casi totalmente dominados por la voluntad. No más padecimientos: cualquier hombre podría aprender suficiente medicina para suprimirlos; por lo tanto dejarían de existir los médicos.

Entonces, ¿desaparecería la muerte?

No; probablemente no se llegaría a ese extremo. El hombre era todavía finito; tenía limitaciones naturales de toda índole. Un hombre, al parecer inmortal, podría ser finalmente asfixiado bajo el peso de su propia experiencia; podría agotar la potencialidad de su sistema nervioso.

Sin embargo, era posible obtener una duración media de vida de varios siglos. Y el fantasma de la vejez (esa

lenta desintegración que es la senilidad) podría ser abolido.

¡Hombre proteico!... ¡Hombre intelectual!... ¡Hombre infinito!

AQUELLA estrella era distinta del Sol (un poquito mayor y más roja), pero tenía planetas; y uno de ellos era similar a la Tierra.

Corinth dirigió la nave hacia la atmósfera de la cara sumida en la noche.

Los detectores recorrieron la superficie. La radiación no era mayor que lo normal, lo cual significaba la inexistencia de energía atómica; pero había ciudades en las que los edificios mismos brillaban con luz fría, y había máquinas y aparatos de radio y comunicaciones que abarcaba el planeta entero. La nave grabó el sonido de las voces que se oían en el transcurso de la noche. Posteriormente, quizás fuese posible analizar su lenguaje.

Los indígenas, vistos y fotografiados durante la fracción de segundo en que silenciosamente pasó la nave por sus cabezas, eran de la clase humanoide, mamíferos bípedos; aunque tenían piel de color verde, seis dedos en las manos, y cabezas no humanas. Apiñados en sus ciudades, recordaban patéticamente a las multitudes de la vieja ciudad de Nueva York. Su forma era extraña; pero su vida, llena de humildes deseos, era la misma.

Inteligencia de otra clase; pero el hombre no estará solo en la inmensidad del espacio tiempo, una vez descubierta la nueva era, que sólo confir-

maba una hipótesis. Corinth hasta casi gustaba de las criaturas que caminaban debajo de él; no les causaría daño alguno; pero para él eran sólo otra especie de la fauna local: animales.

—Parecen ser mucho más sensibles que lo que éramos nosotros en los viejos tiempos —dijo Lewis mientras la nave describía una espiral sobre el continente—. No veo señales de guerra, de preparativos de guerra. Quizá ellos hayan sobrepasado ya ese período, aun antes de lograr la tecnología mecánica.

—O quizá sea éste un planeta donde exista un solo estado, que lo abarque en su totalidad —contestó Corinth—. Una nación podría haber vencido a todas las demás y luego formar un solo estado con todas ellas. Tendríamos que estudiar la zona, para poder averiguarlo. Yo, por lo menos, no me detendré en ello.

Lewis se encogió de hombros.

—Creo que tienes razón. Sigamos adelante... Una rápida ojeada a la cara diurna, y daremos el asunto por terminado.

A pesar de la autodeterminación que se había impuesto, Corinth tuvo que luchar contra la impaciencia. Lewis tenía razón al insistir en que por lo menos debían investigar las estrellas que encontraban en la ruta de regreso a la Tierra. Nada malo sucedería en la Tierra, aunque tuvieran que esperar el regreso de la nave unas semanas más, y la información que entretanto ellos podrían obtener, sería de inestimable valor.

Transaminasa

Es éste el nombre de una nueva enzima, cuyo contenido en el organismo aumenta, según se ha descubierto recientemente, en los enfermos de trombosis coronaria. Parece que su función consiste en disolver el coágulo que impide la irrigación sanguínea y reemplazarlo por tejido cicatrizal.

POCAS horas después de entrar en la atmósfera, el Sheila la volvió a abandonar rumbo a las estrellas. El planeta se alejó rápidamente por detrás del casco de la nave, y el Sol disminuyó hasta perderse de vista. Todo un mundo viviente (vida, evolución, años de historia, luchas, glorias y predestinaciones, sueños, odios, miedos, esperanzas, amor y deseos; todo el variado mundo de cientos de millones de seres conscientes) era ahora tragado por la oscuridad.

Corinth miró hacia afuera, y un estremecimiento de espanto le corrió por su interior. El cosmos era demasiado inconmensurable. No importaba cuán rápidamente huyera el hombre a través de él; no importaba a qué distancia se aventurase en todas las centurias por venir; no importaba la grandeza de su trabajo: siempre sería apenas un breve centelleo de luz trémula en un rincón olvidado del gran silencio. El solitario corpúsculo de polvo que constituía una galaxia era tan inconcebiblemente grande, que ni aun ahora podía la mente abarcar la comprensión de su tamaño; ni siquiera en un millón de años podría ser totalmente recorrida; y más allá, y más allá todavía, existían otros refulgentes grupos de estrellas cuya existencia sobrepasaba toda imaginación. Aunque el hombre alcanzara el borde del mismo cosmos, nada podría lograr contra su inagotable inmensidad.

Era aquello una sana experiencia, que despertaba en el individuo cierta humildad que la fría mente actual no conocía. Y también era bueno saber que habría siempre un más allá y un estímulo; y la investigación de aquella escalofriante inmensidad haría que los hombres luchasen juntos y se ayudaran entre sí, como verdaderos hermanos, por el resto de sus vidas.

Lewis habló lentamente en la quietud de la nave estelar.

—Con éste son diecinueve los planetas que hemos visitado, catorce de los cuales poseen vida inteligente.

Corinth recordó todo lo que había visto: montañas, océanos, bosques de mundos y mundos; la vida que florecía esplendente o luchaba por sobrevivir, y la inteligencia que había surgido para tomar posesión de la ciega naturaleza. Había sido una fantástica variedad de formas y civilizaciones: bárbaros con pequeñas colas, que andaban a saltos, aullando en los pantanos; una raza frágil y suave, de color gris, parecido al plomo pulido, que cultivaba sus enormes flores por desconocidas razones simbólicas; un mundo lleno de humo, abrasado por la furia de naciones envueltas en mortal guerra atómica, echando abajo su civilización entera en una voluptuosa histeria de odio; seres parecidos a centauros, que volaban entre planetas de su propio sol, soñando con alcanzar las estrellas; monstruos que respiraban hidrógeno y habitaban en un gigantesco planeta rígido y ponzoñoso, cuyas distancias eran tan grandes que se habían desarrollado tres especies distintas: el civilizado mundo de una raza bípeda con apariencia casi humana, se había organizado tan completa e inflexiblemente que el individualismo había desaparecido por completo, y marchaba ahora hacia la extinción, a medida que la rutina costumbrista ocupaba el lugar del raciocinio; una raza pequeña y hocicuda había desarrollado plantas especializadas que proveían a todas sus necesidades, y vivía ahora en un tropical paraíso de holganza; una nación, de las muchas de un mundo anillado, despreciaba el poder y las riquezas y se dedicaba por entero a las artes. ¡Oh, fueron muchos los mundos que habían visto! Antes no imaginaron la diversidad de modos de vida que la naturaleza había desarrollado; pero ahora Corinth pudo verlos y observarlos de cerca.

ALGUNAS de esas razas eran mucho más antiguas que la nuestra —dijo Lewis—. De eso estoy seguro. Sin embargo, Pete, ninguna de ellas es apreciablemente más inteligente de lo que fué el hombre antes del cambio. ¿Comprendes lo que eso significa?

—Bien, son diecinueve planetas... y el número de estrellas de esta sola galaxia oscila alrededor de cien millones, y la teoría dice que la mayoría de ellas tienen planetas. ¿Qué clase de prueba es ésta?

—¡Usa tu cerebro, hombre! Puedes tener la certeza de que bajo condiciones evolutivas normales, una raza alcanza cierto grado de inteligencia y luego se detiene. Debes saber entonces que ninguna de esas estrellas ha de haber estado dentro del campo inhibitorio.

—Tus ideas son lógicas; creo que tienes razón. El hombre moderno no es esencialmente diferente del primitivo *Homo sapiens*, al fin de cuentas. La habilidad básica de una especie inteligente es la de adaptar el medio ambiente a fin de cubrir sus propias necesidades, antes que adaptarse ella misma a ese medio ambiente. Así, en efecto, una raza inteligente puede mantener condiciones bastante constantes. Y eso es tan cierto para un esquimal en su iglú, como para el neoyorquino en su departamento de aire acondicionado; pero la tecnología mecánica, una vez que la raza se estrella contra ella, hace que esas condiciones sean más constantes todavía. La agricultura y la medicina estabilizan el medio ambiente biológico. Resumiendo: cuando una raza llega a un punto de su desarrollo mental representado por un promedio de C. I. que oscile, digamos entre 100 y 150, ya no necesita poseer mayor inteligencia.

Corinth asintió con la cabeza.

—Eventualmente, ciertas mentes sustituidas se desarrollan también a fin de

manejar problemas que una mente sin ayuda no podría resolver —dijo—. Los computadores son un ejemplo, aunque la escritura se basa en el mismo principio, realmente. Por supuesto que comprendo tu opinión.

—Hay todavía más que eso —agregó Lewis—. La estructura física del sistema nervioso impone ciertas limitaciones, como bien lo sabes. Un cerebro alcanza cierto tamaño, y luego las vías neurales se tornan inmanejablemente largas. Cuando regrese me dedicaré a elaborar cuidadosamente esa teoría, si es que alguien no se me ha adelantado ya.

—La Tierra, naturalmente, es un caso peculiar. La presencia del campo inhibitorio hizo que la vida terrestre cambiase su bioquímica básica. Nosotros también tenemos nuestras limitaciones estructurales, pero son más amplias debido a esa diferencia de tipo. Por otra parte, podemos ser ahora la raza más inteligente del universo... o cuando menos en esta galaxia.

—¡Hum!, quizás sea así. Naturalmente, había muchas otras estrellas en el campo, también.

—Todavía existen. Y diariamente deben estar entrando otras nuevas. ¡Dios mío, qué piedad siento por las razas inteligentes de esos planetas! Han sido arrojadas de vuelta al nivel de retardados sin remedio. Muchos de ellos morirán, incapaces de sobrevivir sin inteligencia. La Tierra ha tenido mucha suerte: se introdujo en el campo antes que la inteligencia hubiera aparecido.

—Pero deben de haber muchos planetas en situaciones similares —observó Corinth.

—Es probable —concedió Lewis—. Pueden ser razas que emergieron, y volaron a nuestro nivel actual, hace ya cientos de años. De ser así, podríamos encontrarlos con algunas de ellas, aunque la Galaxia es tan grande que eso nos llevaría muchísimo tiempo. Y creo



que nuestras relaciones serían muy cordiales —sonrió amargamente—. Después de todo, la mente lógica pura es tan proteica, y el simple deseo físico tiene tan poca importancia para nosotros, que sin duda alguna encontraremos que todos esos seres son como nosotros mismos, cualquiera sea la forma de sus cuerpos. ¿Te gustaría tener por compañero a una... supongamos, una araña gigante?

Corinth se encogió de hombros.

—No tengo ninguna objeción que formular.

—No, naturalmente que no. Sería gracioso el encuentro. Y dejaríamos de estar solos en el universo... —Lewis suspiró—. Cálmate, Pete. Enfrentemos la suposición. Sólo una muy pequeña minoría de todas las especies conscientes que pudieran existir en la Galaxia, podría haber sido tan afortunada como la nuestra. Podríamos encontrar una docena de razas parecidas, o un centenar... no mayor número. Nuestro tipo de mente es muy solitaria —miró hacia las estrellas—. Sin embargo, quizás nuestra originalidad tenga sus compensaciones. Creo que comienzo a ver una respuesta al problema real: ¿qué irá a hacer con sus facultades el hombre supercerebral?; ¿qué encontrará digno de sus esfuerzos? Todavía me pregunto si quizás no haya habido una razón (llámala Dios, si así lo deseas), para que todo esto haya sucedido.

Corinth asintió lentamente, y abstraído. Su mente estaba mucho más adelante; sus ojos observaban la pantalla panorámica de proa, como si con la vista pudiese saltar años luz y encontrar el planeta llamado Tierra.

CAPÍTULO XVII

LA primavera había llegado tarde, pero por fin había tibieza en el aire y un ligero toque de verde en los árboles. Era un día demasiado lindo

para estar sentado en la oficina. Mandelbaum renegó contra su propia importancia. Hubiese sido mucho más agradable poder ir al club a jugar un rato al golf, si estuviera ya seca la cancha. Pero, como jefe administrador de la región que abarcaba los viejos estados de Nueva York, Nueva Jersey y Nueva Inglaterra, tenía sus deberes.

Cuando ya estuviesen en plena producción las pantallas de fuerza para producir cambios climáticos, mudaría sus oficinas a cualquier lugar campestre, con tal de poder contemplar la naturaleza. Hasta entonces, permanecería en la ciudad. Nueva York se estaba muriendo, había dejado ya de tener un propósito social o económico, y día a día la abandonaban cientos de personas; pero el sitio seguía siendo todavía muy conveniente.

Entró en sus oficinas, saludó a sus colaboradores, y se metió en su propio santuario. El acostumbrado montón de informes lo estaba esperando; pero apenas había comenzado con ellos cuando sonó el teléfono. Lanzó un juramento mientras lo levantaba. Debía de ser algo urgente, pues de otra manera su secretaria no hubiese pasado la comunicación directamente.

—Haló —contestó.

—Soy William Jerome —era la voz del superintendente del proyecto de la fábrica de alimentos de Long Island. Antes del cambio había sido ingeniero civil, y continuaba ahora su viejo trabajo, pero en un nivel muy superior—. Necesito consejo —continuó diciendo—, y creo que usted es el hombre que necesito.

Hablaba algo torpemente, al igual que Mandelbaum; ambos estaban practicando el recientemente desarrollado lenguaje unitario, que tenía un máximo de lógica y un mínimo de redundancia en su estructura; expresaba siempre en pocas palabras una idea precisa, y posiblemente muy pronto

llegaría a ser la lengua de los negocios y de la ciencia, si no de la poesía. Pero sólo se había hecho público desde hacía una semana.

Mandelbaum frunció el ceño. El trabajo de Jerome era quizás en esos días el más importante del mundo. De una u otra manera había que alimentar a dos mil millones de personas, y las fábricas de alimentos sintéticos permitirían la libre distribución de una adecuada aunque no estimulante dieta. Pero antes que nada debían construir esas fábricas.

—¿Qué es lo que pasa ahora? —preguntó—. ¿Más problemas en Fort Knox?

El oro era ahora un simple metal industrial, sólo valioso por su conductibilidad e inactividad; y Jerome necesitaba mucha cantidad de ese metal para fabricar barras colectoras y tanques de reacción.

—No; finalmente comenzaron los envíos. Ahora son los operarios. Acabo de pasar por un trabajo a desgano, que muy bien podría transformarse en huelga.

—¿Por qué motivo? ¿Mayores retribuciones? —el tono de Mandelbaum era francamente sarcástico.

El problema del dinero no había sido todavía solucionado por completo, y no lo sería hasta que el pago standard del hombre - hora hubiese sido aceptado mundialmente. Mientras tanto, él había establecido su propio sistema local, pagadero en vales o cédulas que podían ser cambiados por alimentos o servicios. Se podía gastar en muy pocas cosas: más dinero sería un gesto sin valor alguno.

—No; ese problema lo hemos vencido ya. El asunto es que no desean trabajar seis horas por día. Es bastante aburrido eso de clavar remaches y mezclar cemento. Ya les he explicado que requerirá cierto tiempo construir robots para esa clase de trabajos; pero desean holgar lo antes posible. ¿Qué puedo

hacer yo si todos prefieren aceptar un mínimo nivel de vida y sentarse a filosofar en sus ratos de ocio?

Mandelbaum sonrió levemente.

—Los ratos de ocio forman también parte del nivel de vida. Lo que usted debe hacer, Bill, es lograr que sus obreros se sientan cómodos y alegres durante el trabajo.

—Sí, sí, pero... ¿cómo?

—¿Qué inconvenientes habría en instalar altoparlantes que transmitirían conferencias sobre esto o aquello? Mejor todavía, provea a cada hombre con un receptor de bolsillo, y que ellos elijan lo que deseen escuchar: charlas, sinfonías, deportes, lo que sea. Llamaré a una estación transmisora y haré los arreglos necesarios para que emitan en varias ondas al establecimiento.

—Quiere usted significar una transmisión radial común, ¿no es verdad?

No. Así todo el mundo permanecería en su casa escuchando. La transmisión se hará exclusivamente durante las horas de trabajo y estará dirigida exclusivamente hacia el lugar donde se encuentra su establecimiento.

—¡Hum!... —Jerome sonrió—. Creo que la idea es buena.

—Por supuesto. Averigüe qué es lo que les gusta a los muchachos y hágamelo saber. Yo me encargaré del resto.

CUANDO el ingeniero hubo colgado el auricular, Mandelbaum dió una larga chupada a su pipa y se entregó de nuevo a sus papeles. Deseó que todos sus quebraderos de cabeza pudiesen ser resueltos tan fácilmente como aquél. Tenía ahora el problema del cambio de domicilios. Parecía que todo el mundo deseaba vivir en las afueras de la ciudad, pues el transporte y las comunicaciones habían ya dejado de ser factores de aislación. Eso implicaba una gran tarea de transferencia y nivelación de terrenos, sin tener en cuenta el engorroso problema de los

nuevos títulos de propiedad. No podía negarse ante tantas demandas, pero tampoco podía satisfacer a todos a la vez. Además estaba el asunto de...

—O'Banion —dijo el anunciador.

—Sí... Estaba citado, ¿no?... Hágallo pasar.

Brian O'Banion había sido un policía común antes del cambio; durante el período caótico había trabajado con la policía civil, y ahora ocupaba el puesto de jefe local de los observadores. A todo esto, seguía siendo un enorme irlandés de sonrosado rostro, y era incongruente el escuchar cómo salía de su boca el frágil lenguaje unitario.

—Necesito más hombres —dijo—. El trabajo se ha vuelto a complicar de nuevo.

Pensativamente, Mandelbaum echó una bocanada de humo. Los observadores eran el producto de su propia inventiva, aunque la idea se había hecho popular probablemente muy pronto sería adoptada por el gobierno internacional. El suave engranaje de la sociedad requería para su funcionamiento un constante flujo de informaciones, una cantidad fantásticamente enorme de datos, a fin de que los acontecimientos fuesen previstos siempre con tiempo. Los observadores los obtenían de varias maneras: una de las más efectivas era la de vagabundear por la ciudad como un ciudadano cualquiera, hablando con la gente y usando sólo la lógica a fin de descubrir todas las complicaciones que se podían presentar.

—Tome un grupo de reclutas y entrénelos, Brian —dijo Mandelbaum—.

¿Exactamente para qué los desea?

—Pues... , antes que nada está el problema de los débiles mentales. No es un trabajo fácil; todavía hay muchos débiles que ambulan por la ciudad, como usted sabe, y deben ser localizados para luego ser enviados a las pequeñas colonias que se están formando.

—Y las mismas colonias deben ser cuidadas más estrechamente a fin de evitar interferencias, sí. Tarde o temprano tendremos que decidir qué hacer con ellos. Pero eso dependerá siempre de lo que decidamos hacer con nosotros mismos, cosa que todavía está en el aire. Muy bien. ¿Algo más?

—Estoy sobre la pista de... algo. No sé exactamente lo que es, pero creo que es algo grande, y parte del asunto está aquí mismo en Nueva York.

Impasible, Mandelbaum giró hacia él. —¿Qué es, Brian? —preguntó tranquilamente.

—No lo sé. A lo mejor ni siquiera es un acto criminal. Pero es algo grande, se lo aseguro. Tengo informes confidenciales de más de media docena de países diseminados por el mundo. Equipos y materiales científicos están siendo dirigidos por vías fuera de lo normal, y luego desaparecen de la vista pública, todo en el mayor secreto.

—¿Y qué? ¿Por qué razón cada uno de los científicos tendría que darnos cuenta, paso a paso, de sus actividades?

—No hay razón alguna. Por ejemplo, el observador sueco comenta lo siguiente: Alguien de Estocolmo deseaba cierto tipo de tubo de vacío, algo muy es-

Energía barata

SE calcula que cubrir con baterías solares, como las que ya se han perfeccionado, unos 200 km. cuadrados de tierras bien soleadas, bastaría para satisfacer toda la demanda de energía de los Estados Unidos.

pecial. El fabricante explicó que todo su stock existente, muy pequeño debido a la escasa demanda, había sido adquirido por un desconocido. El supuesto comprador buscó y encontró a ese desconocido, que resultó ser un agente de compras al servicio de otro al cual nunca había visto. Ese hecho despertó el interés del observador, de modo que consultaron todos los laboratorios del país. Ninguno de ellos había efectuado la compra, de modo que esos tubos tendrían que haber sido sacados del país por un avión particular o algo por el estilo. Entonces a los demás observadores les solicitaron que se interesaran por el problema. Y resultó ser que uno de nuestros aduaneros recordó un cajón lleno de esos tubos, que había llegado al aeródromo de Idlewild. El hecho me dió mala espina y traté de averiguar dónde habían ido esos tubos a parar. Pero no tuve suerte: la pista finalizaba allí. Comencé a preguntar por mí mismo a los demás observadores diseminados por el planeta, y encontré muchos casos similares. Partes de naves espaciales que desaparecen de Australia, por ejemplo, o un cargamento de uranio robado en el Congo belga. A lo mejor no significa nada; pero... si es algún proyecto dentro de la ley, ¿por qué tanto secreto? Deseo más hombres que me ayuden en este asunto. No olfateo nada bueno.

Mandelbaum asintió con la cabeza. Todo parecía indicar un loco e inseguro experimento nuclear... que podría devastar todo el territorio. O podría ser un plan más deliberado, del cual no tenía noticia alguna.

—Haré que le sean entregados esos hombres —contestó.

CAPÍTULO XVIII

ES a comienzos del verano: el primero y tímido verdor de las hojas se ha convertido ahora en paleta en-

cantada bajo el sol, que conversa en susurros con el viento; apenas una hora atrás ha llovido, y un leve y fresco céfiro hace caer un fino rocío de gotas, como beso fantasmal sobre el rostro de quien mira a lo alto; unos gorriones bailotean sobre las largas y vacías calles; la limpia y quieta masa de edificios se destaca nitidamente contra el luminoso cielo azul, y sus cientos de ventanas aprisionan el sol de la mañana, para luego reflejarlo con impo-

nitente fulgor. La ciudad tenía un aspecto somnoliento. Unos pocos hombres y mujeres caminaban entre los silenciosos rascacielos; iban vestidos descuidadamente, algunos casi desnudos, y la afiebrada y eterna premura de los viejos días había desaparecido. Aquí y allá ronroneaban autos y camiones por la avenida en la cual no se notaba ningún otro signo de vida. Aquellos vehículos marchaban mediante el nuevo sistema de energía autoproducida, y el aire sin humo ni polvo brillaba casi con crueldad. La mañana tenía algo de dominguera, aunque la semana no había terminado aún.

Los zapatos de Sheila repiqueteaban sonoramente sobre la acera. El incisivo ruido crispaba la quietud de sus pensamientos. Pero sólo podía amortiguarlo reduciendo el paso, y no deseaba hacer eso. No podía hacerlo.

Unos cuantos chiquillos, de unos diez años de edad, salieron de una tienda abandonada donde habían estado jugando, y, en tropel, pasaron lo largo de la calle, por delante de Sheila. Los músculos jóvenes necesitaban todavía del ejercicio, pero a ella le entristecía observar que ninguno de ellos gritaba o bromeaba en voz alta. Algunas veces había pensado que los niños eran la cosa más difícil de aguantar. Pero ahora los niños habían dejado de ser niños.

Había una larga caminata desde los

galpones hasta el Instituto. Sheila podría haberse ahorrado sus energías tomando el subterráneo. Pero el solo pensar en estar encerrada dentro de una jaula de metal con los nuevos habitantes de la Tierra, la hacía estremitarse violentamente. Era más abierto y libre el caminar por la superficie: resultaba casi como en el campo. La ciudad había cumplido ya su objetivo; ahora estaba muriéndose, y las desnudas y ciegas paredes que la rodeaban eran tan impersonales como las montañas. Sheila se encontraba sola.

Una sombra corrió a lo largo de la calle, como si hubiera sido proyectada por una nube que rápidamente hubiese cruzado por sobre su cabeza. Mirando hacia arriba, observó una forma larga y metálica que desapareció silenciosamente entre los rascacielos. Quizás hayan dominado ya la gravedad... ¿Y qué?

Pasó frente a dos hombres sentados en el vano de una puerta, y su conversación llegó a sus oídos a través del silencio de la mañana:

—... cambio sediento de estéticas.

Rápido gesticular de manos.

—Wiedersehen.

Suspiro.

—Niego: macrocosmo, sin-ego, entropía. Significado humano.

Sheila caminó más rápidamente.

EL edificio del Instituto era más deslucido que los gigantes de la Quinta Avenida. Quizás era así debido a que se encontraba todavía en intensa actividad: no poseía la monumental dignidad de la muerte. Sheila entró al "hall". No se veía a nadie; pero, en un rincón, un enigmático aparato de luces parpadeantes y tubos relucientes parecía murmurar consigo mismo. Sheila se dirigió hacia el ascensor, dudó un instante, y luego tomó el camino de las escaleras. Nadie sabía lo que habrían hecho con el ascensor; quizás fuese

ahora completamente automático, quizás respondiese a órdenes mentales, quizás estuviese un perro a cargo de él...

Al llegar al séptimo piso, respirando con agitación, tomó por el corredor. Por lo menos, no había cambiado: los hombres que allí trabajaban tenían otras cosas que hacer. Pero los viejos tubos fluorescentes sí habían desaparecido, y ahora el aire mismo... ¿o las paredes, el cielorraso y el piso?... todo era luminosidad. Resultaba bastante difícil calcular distancias en aquel ambiente radiante y sin sombras.

Se detuvo antes de entrar en el viejo laboratorio de Pete, tragando saliva de puro temor.

"Estúpida", se dijo a sí misma, "nadie te irá a tragar. Pero... ¿qué habrán hecho adentro? ¿Qué estarán haciendo ahora?"

Echando los hombros hacia atrás, llamó a la puerta. Hubo una perceptible y evidente sensación de duda, y luego:

—Adelante.

Sheila giró el picaporte y entró.

El lugar apenas había cambiado. Esto era quizá lo más difícil de entender. Algunos de los aparatos permanecían en un rincón, cubiertos de polvo, descuidados. Sheila no comprendió lo que era un artefacto que había crecido al extremo de ocupar ya tres mesas enteras. Pero siempre había ocurrido así. Cuando visitaba a su esposo en los viejos tiempos del precambio, se enfrentaba con un conglomerado de mecanismos que su ignorancia era sencillamente incapaz de comprender. Seguía siendo todavía la enorme sala de ayer, con sus ventanas abiertas hacia un cielo despiadadamente brillante y sobre un fondo lejano de muelles y depósitos. Un arrugado guardapolvo colgaba de una manchada pared. Leve olor a ozono y goma llenaba el aire. En el escritorio de Pete se veía todavía su gasta-

do libro de informes; el encendedor de mesa (que ella había regalado a Pete para Navidad, hacía ya mucho tiempo), perdía lentamente su brillo junto a un cenicero; la silla estaba apartada hacia atrás levemente, como si él hubiese sólo salido por unos minutos y pudiese volver en cualquier instante.

Grunewald levantó la vista del aparato en el cual estaba ocupado, pestañeando con su característica mirada miope que Sheila siempre recordaba. Parecía cansado, con los hombros hundidos más que de costumbre, pero su rostro rubio y cuadrado era el de siempre. Un joven de tez oscura, al que ella no conocía, lo estaba ayudando.

Grunewald expresó en gesto torpe:

—(¡Buenos días, señora Corinth! ¡Qué placer inesperado! Pase, por favor.)

El otro hombre gruñó y Grunewald lo señaló con la mano.

—(Le presento a) Jim Manzelli —pronunció—. (Me está ayudando en mis trabajos. Jim, te presento a la) señora Corinth (esposa de mi ex jefe.)

Manzelli inclinó levemente la cabeza. Cortesía:

—(Mucho gusto en conocerla.) —sus ojos eran los de un fanático.

Grunewald se dirigió hacia ella, limpiándose sus desaseadas manos.

—¿Qué (la trae por aquí, señora Corinth)?

Ella contestó, sintiendo en su garganta la aspereza de su timidez.

—(Sólo deseaba dar) un vistazo. (Yo) no les molestaré mucho —los ojos, los dedos que se retorcián entrelazados, rogaban un poco de amabilidad.

Grunewald la escudriñó desde más cerca, y ella vió en su rostro la expresión de sorpresa: “¡Qué delgada está! Parece que estuviese usted hechizada. Sus manos ya no pueden estarse quietas”. Y de compasión: “Pobre muchacha. Ha sido muy duro para usted, ¿no es cierto? Todos notamos la au-

sencia de Pete”. Y el gesto de cortesía convencional:

—(Espero que haya dejado atrás su) enfermedad.

Sheila asintió con la cabeza.

—(¿Dónde está) Johansson? —preguntó—. (El laboratorio no parece el mismo sin su rostro largo y sombrío... , o sin Pete.)

—(Ha ido a prestar su ayuda a) Africa, creo. (Un trabajo colosal es el que enfrentamos; demasiado grande; demasiado repentino.)

—(¡Demasiado cruel!)

Asintiendo:

—(Sí.) —Y con los ojos hacia Manzelli—: (Interroga.)

Los ojos de Manzelli se posaron en Sheila con analizadora intensidad. Ella tembló. Grunewald dirigió a su ayudante una mirada de reproche.

—(He venido) hoy desde Long Island —había amargura en la sonrisa de Sheila, que últimamente se había vuelto completamente escéptica; mas luego expresó con asentimiento—: (Sí, los médicos parecen ahora creer que pueden dejarme en libertad. Por lo menos, no tienen manera de dominarme, y por otra parte tienen demasiados problemas para ocuparse mucho de mí.)

La expresión de Grunewald fué de desaliento:

—(Usted ha venido a decirnos adiós, ¿no es cierto?)

—(Deseaba) ver este lugar (una vez más, sólo por unos instantes. ¡Me recuerda tanto los días del ayer!) —la voz de Sheila se hizo implorante—. Pete está muerto, ¿no es cierto?

Sólo lástima, encogimiento de hombros:

—(No podríamos decirle nada. Pero la nave estelar está atrasada en varios meses en su itinerario, y sólo un desastre de grandes proporciones podría haberla detenido. A lo mejor ha caído en el) campo inhibitor (a pesar de todas las precauciones.)

Lentamente pasó Sheila por el lado de Grunewald, dirigiéndose hacia el escritorio de Pete, y con sus lánguidos dedos acarició el respaldo de su silla.

Grunewald aclaró su garganta. —(Vá usted a) abandonar la civilización?

Ella asintió sin palabras y pensó: “Es demasiado grande para mí; demasiado fría y extraña.”

—(Hay todavía mucho) trabajo por hacer —dijo Grunewald.

Ella movió negativamente la cabeza.

—(No para mí. Son trabajos que no entiendo ni son de mi agrado.) —Levantó el encendedor de mesa, y lo colocó en su bolso, sonriendo levemente.

Grunewald y Manzelli cambiaron otra mirada, y Manzelli hizo ahora un gesto de asentimiento.

—(Hemos estado) realizando aquí (algunos) trabajos (que podrían interesarle a usted) —dijo Grunewald, y pensó: “Para darle a usted esperanzas; para devolverle su confianza en el mañana”.

Los ojos pardos que se volvieron hacia él parecían casi extraviados. Grunewald pensó que el rostro de Sheila era como un trozo de papel blanco apretado contra los huesos, y que un artista chino había trazado a pluma la intrincada red de venas de sus sienes y manos.

TORPEMENTE trató de explicar. La naturaleza del campo inhibitor había sido estudiada cuidadosamente desde que la nave estelar abandonó la Tierra. Aun antes de esa fecha, había sido posible generar artificialmente ese campo y estudiar sus efectos: y ahora, Grunewald y Manzelli estaban trabajando juntos en un proyecto para crear el mismo campo, pero en gran escala. El aparato no sería demasiado grande (unas pocas toneladas, quizás); y una vez que el campo estuviese listo, usando un desintegrador nuclear para proveer la ener-

gía necesaria, el Sol se encargaría de mantenerlo en funcionamiento.

El proyecto era absolutamente particular: nada sabían los círculos oficiales. Ahora que las primeras necesidades habían sido superadas, los científicos que participaban en él eran libres de elegir el trabajo dictado por su propia inspiración; pues los materiales se podían obtener con facilidad. Existía además una pequeña organización que ayudaba siempre en todo lo que era necesario. Todo lo que Grunewald y Manzelli hacían en el Instituto era realizar pruebas de materiales y partes del equipo. La verdadera construcción se estaba realizando en otro lugar desconocido. La tarea de ambos parecía inofensiva para todos; un poco descolorida si se comparaba con las otras que se estaban realizando en esa época de continua superación. Nadie prestaba la mínima atención a estos científicos, ni lograba penetrar bajo la superficie de las públicas declaraciones de Grunewald.

Sheila lo miró vagamente, y él se preguntó a qué regiones del íntimo ego se había ella trasladado.

—¿Qué es lo que ustedes están realmente haciendo? —preguntó Sheila.

Manzelli sonrió con cierta torpeza.

—(¿No está claro acaso? Nos proponemos) construir una estación espacial orbital (y establecerla a varios miles de kilómetros de la superficie). Generadores de campo en gran escala (serán colocados en ella, y volveremos así la humanidad a los) viejos tiempos (del precambio).

Sheila no hizo exclamación alguna, ni siquiera sonrió. Sólo asintió con la cabeza, como si todo fuese una imagen borrosa sin significado alguno.

—(Apártese de la realidad. . . ¿Hasta dónde está usted curada?) —preguntaron los ojos de Grunewald.

—(¿Qué realidad?) —la respuesta brilló en los ojos de Sheila.

Manzelli se encogió de hombros. Sabía que ella no se lo diría a nadie (lo podía leer en su mente), y eso era lo que importaba. Si la noticia no le había brindado a ella la excitación que esperaba su compañero de trabajo, no tenía él por qué preocuparse.

Sheila comenzó a pasear de uno a otro extremo de la sala. Una colección de aparatos, colocados en un rincón, parecían especialmente de medicina. Vió la mesa con sus cinturones, una gaveta con agujas hipodérmicas y ampollas, un artefacto negro y chato sobre un extremo de la mesa...

—¿Qué es eso? —preguntó. El tono de la voz debió hacerles entender que ella sabía la respuesta a su pregunta; pero los científicos estaban demasiado sumergidos en sus propios pensamientos.

—Un tratamiento modificado del “shock” eléctrico —contestó Grunewald. Le explicó que durante las primeras semanas del cambio se había hecho una tentativa de estudio de los aspectos funcionales de la inteligencia, mediante la destrucción sistemática de las células de la corteza cerebral en los animales, y la medición de sus efectos. Pero fué abandonada muy pronto por inhumana y por el escaso valor de sus resultados.

—Pensé que usted estaba al tanto de ella —terminó diciendo—. (Se realizó) en los departamentos de biología y física, cuando Pete (estaba todavía entre nosotros. Recuerdo que) protestó airadamente (contra la experiencia. ¿No se quejó) a usted (acerca del particular)?

Sheila negó suavemente.

—El cambio (ha hecho) crueles (a los hombres) —dijo Manzelli—. (Y) ahora (ni) siquiera (son hombres. Se han transformado en algo inhumano, y este mundo de intelecto sin fundamentos ha perdido sus viejos sueños y sentimientos. Nosotros deseamos restaurar el humanismo.)

Sheila se alejó de la fea y negra máquina.

—Adiós —dijo.

—Yo... bueno... —Grunewald se quedó mirando el suelo—. Háblenos de cuando en cuando, por favor. (Háganos saber dónde se encuentra usted; de modo que, si vuelve Pete...)

La sonrisa de Sheila era tan lejana como la muerte.

—(Pete nunca volverá... Adiós.)

SALIO de la sala y pasó por el corredor. Cerca de las escaleras estaba la puerta de un toilette. No decía ni “Caballeros” ni “Damas” (hasta el mundo occidental había ya sobrepasado esa etapa moral); de modo que Sheila entró para mirarse en un espejo. La cara que desde éste la miraba era inexpressiva, y los cabellos caían lánguidos y desgredados sobre sus hombros. Con un peine y algo de agua procuró arreglárselos, sin saber siquiera y sin importarle qué la inducía a ello. Luego, bajó por las escaleras hasta el primer piso.

La puerta que daba a la oficina del director estaba abierta, dejando pasar la brisa entre las ventanas y la entrada del edificio. Había en su interior silenciosas máquinas, que casi con certeza estarían realizando el trabajo de un enorme cuerpo de secretarías. Sheila pasó la oficina exterior y llamó a la puerta abierta de la interior.

Helga Arnulfsen levantó la vista de su escritorio. Ella también estaba algo más delgada, y círculos negros se notaban alrededor de sus ojos. Pero a pesar de que ahora vestía con menos cuidado que lo normal en ella, seguía siendo fuerte, pulcra y de aspecto agradable. Su voz, que siempre había sido algo ronca, se agudizó con la sorpresa:

—¡Sheila!

—¿Cómo estás?

—Adelante (pasa, por favor; siéntate. Ha pasado bastante tiempo desde nues-

tro último encuentro). —Helga sonreía mientras giraba alrededor del escritorio para tomar las manos de Sheila entre las suyas; pero sus dedos estaban helados.

Apretó un botón, y la puerta se cerró.

—(Ahora podemos conversar en) privado —dijo—. (Esto significa que no seré molestada por ninguna razón.)

—tomó una silla, que colocó frente a la de Sheila, y se sentó, cruzando las piernas de manera muy masculina—. Bien, me alegro (de verte. Espero que te encuentres perfectamente bien ahora.) “Pobre criatura; tiene muy mal aspecto.”

—Yo... —Sheila cruzaba y descruzaba sus manos, colocando su bolso sobre la falda—, yo... (¿por qué he venido?)

Los ojos de Helga:

—(A causa de Pete.)

Asentimiento de Sheila:

—(Sí, sí, debe de ser así. Algunas veces no sé por qué... Pero ambas lo amamos, ¿no es cierto?)

—Tú —dijo Helga en tono opaco—, tú eres la única mujer por la que se ha preocupado en su vida. “Y tú lo hieres. Tus sufrimientos lo han llenado de dolor.”

—“Ya lo sé. Eso es lo peor.” Pete no era ya el mismo hombre —dijo Sheila—. (Ha cambiado demasiado, como el resto del mundo. A pesar de haberme asido a él, se escabulló de mi lado; el tiempo mismo se lo llevó de

mi círculo.) Yo lo había perdido aun antes de su muerte.

—No. Pete siempre fué tuyo, siempre te ha querido. —Helga se encogió de hombros—. Bien; la vida siempre continúa (aunque algo remendada. Nos alimentamos y respiramos y dormimos y trabajamos, porque no se puede hacer otra cosa.)

—Tú eres muy fuerte —dijo Sheila. (Tú has subsistido donde yo no he podido.)

—Oh, no lo creas —contestó Helga.

—Tú tienes todavía el porvenir.

—Sí, supongo que es así.

Sheila sonrió, con cierto temblor en los labios.

—(Soy más afortunada que tú. Yo tengo el pasado.)

—Todavía pueden regresar —dijo Helga—. (Nadie sabe lo que les haya ocurrido. ¿Tienes tú el coraje de esperar?)

—No —dijo Sheila—. Sus cuerpos podrán regresar (pero no Pete. Ha cambiado demasiado, y yo no puedo cambiar tanto. Y tampoco quisiera ser un peso colgado a su cuello.)

Helga colocó una mano sobre el hombro de Sheila. ¡Qué delgada estaba! Se podían tocar los huesos bajo la piel.

—Espera —dijo—. La terapéutica (ha progresado muchísimo últimamente. Tú podrías volver a un estado) normal (en... digamos unos) pocos años, cuando más.

—No creo que sea todo tan fácil.

Dictadura piscícola

LAS diferencias de inmunización frente a ciertas enfermedades en diversos peces de una misma especie, llevó al descubrimiento de una desigual alimentación entre individuos “dominantes”, que se apoderan de la parte principal, otros “dominados”, que se contentan con las migajas. Lo curioso del caso es que si se saca de un acuario al dominante, los ex dominados se contentan con la misma alimentación de antes, sin aprovechar tan buena oportunidad de nutrición.

Había un ligero aire de desprecio, apenas velado, en los fríos ojos azules.

—“¿Deseas amoldarte al futuro? Intimamente, ¿deseas en realidad armonizar con el mundo exterior? ¿Qué otra cosa (puedes tú hacer) sino esperar? A menos que el suicidio...”

—No, ni siquiera eso. (Existen todavía montañas, valles profundos, brillantes ríos, sol y luna y las altas estrellas invernales.) Yo encontraré mi... ajuste mental.

—(Me he mantenido siempre en contacto con) Kearnes. (El) parece pensar (que tus) progresos (son realmente firmes).

—¡Oh, sí! “Pero yo he aprendido a ocultarlos. En este nuevo mundo existen demasiados ojos.” Pero no he venido a charlar acerca de mí misma, Helga. (Sólo he venido a decirte) adiós.

—¿Dónde (vas? Debo saberlo, por si Pete regresara.)

—Escribiré (haciéndote saber dónde me encuentro).

—Mejor será que entregues el mensaje a un sensitivo. (El sistema postal es anticuado.)

—“¿También eso? Recuerdo al viejo Mr. Barneveldt, caminando pesadamente por las calles, con su uniforme azul, cuando yo era una niña todavía. Solía regalarme siempre un caramelo...”

—Escucha, estoy sintiendo apetito —dijo Helga—. (¿Por qué no vamos juntas a) almorzar?

—(No, muchas gracias. No me siento con ganas) —Sheila se levantó—. Adiós, hasta siempre, Helga.

—No me digas hasta siempre, Sheila. Volveré a verte, y entonces te encontrarás completamente restablecida.

—Sí —dijo Sheila—. Ya estaré bien. Adiós.

Salió caminando de la oficina y luego del edificio. Había mucha gente nueva en la ciudad, y se mezcló entre ella. El vano de una puerta sobre la acera

de enfrente le ofrecía un seguro escondite.

No sentía en absoluto la sensación de despedida. Había dentro de su alma un vacío enorme, como si el dolor y la soledad y el desconcierto la devorasen poco a poco. Una y otra vez las sombras de siempre comenzaron a cruzar por su mente; pero habían ahora dejado de darle miedo. Casi sentía lástima por ellas. ¡Pobres fantasmas! Muy pronto morirían.

Vió a Helga salir del edificio y caminar a lo largo de la calle, hacia algún lugar determinado, donde tomaría un solitario almuerzo antes de volver al trabajo. Sheila sonrió, sacudiendo lentamente la cabeza.

“¡Pobre y siempre eficiente Helga!”

Salían ahora Grunewald y Manze-lli, quienes conversando abstraídamente siguieron el mismo camino. Sheila sintió un sobresalto en el corazón. Tenía frías y húmedas las manos. Esperó hasta que los dos científicos se perdieran de vista, y entonces cruzó la calle de nuevo y volvió a entrar en el Instituto.

El ruido de sus zapatos resonaba fuertemente en las escaleras. Respiró profundamente, para tranquilizarse. Cuando llegó al séptimo piso, permaneció inmóvil durante un minuto, procurando lograr el autodomínio que necesitaba. Echó entonces a correr por el corredor hacia el laboratorio de física.

La puerta estaba entreabierta. Dudó de nuevo, con la vista fija en la negra máquina a medio construir que había dentro. ¿No le había hablado Grunewald acerca de ciertos planes fantásticos para...? Pero no... Era imposible que resultase cierto. El y Manze-lli, y toda aquella pandilla de criminales reincidentes, estaban completamente locos.

“¿Estaré yo loca?”, se preguntó.

De ser así, había en ella una extraña fortaleza. Necesitaba más resolución pa-

ra lo que ahora iba a realizar, que para colocar el caño de una pistola en su boca y apretar el gatillo.

La máquina de “shock” yacía en un extremo de la mesa, semejando un animal de extraña armadura. Sheila trabajó rápidamente, ajustándola. El recuerdo de la cólera de Peter cuando los primeros experimentos, había, por cierto, vuelto a su memoria durante su aislamiento en Long Island; y Kearnes se había mostrado muy complacido de proporcionarle todos los libros que trataban sobre el tema, creyendo que ella había encontrado un asunto de real interés. Sheila sonrió nuevamente. ¡Pobre Kearnes! Ella lo había engañado por completo.

La máquina ronroneó suavemente a medida que tomaba temperatura. Sheila sacó un pequeño bulto de su bolso y lo desenvolvió. Había en él una jeringa, aguja, frasco de anestésico, pasta para los electrodos, cordón para tirar de la llave con los dientes, y un reloj para la llave, en el que debía marcarse el tiempo necesario de “shock”, pues ella estaría inconsciente en el momento de detener nuevamente el aparato.

Quizás no resultase de acuerdo a sus cálculos. Con toda probabilidad su cerebro se abrasaría dentro del cráneo. ¡Y qué!...

Sonrió hacia las ventanas abiertas, cuando comenzó a inyectarse. Adiós, sol; adiós, cielos azules, nubes, lluvias, brisas que traen el sonido de los pájaros que vuelan al nido. Adiós y... gracias.

Se desnudó, se acostó sobre la mesa y ajustó los electrodos en la placa. Sintió frío en todo el cuerpo. Algunas de las correas eran fáciles de atar, pero el brazo derecho... Bueno, ya había venido preparada para una eventualidad así. Ajustó otra larga correa que pasaba debajo de la mesa, alrededor de su muñeca, con un candado que podría

cerrar de un golpe. Ahora sí que estaba inmóvil.

Sus ojos se oscurecían a medida que la droga comenzaba a surtir efecto. ¡Qué agradable era poder dormir!

Ahora... un rápido tirón con sus dientes.

TRUENOS, FUEGO, TINIEBLAS...
RUINAS, HORRORES Y RELÁMPAGOS.
DOLOR, DOLOR, DOLOR.

CAPÍTULO XIX

HALO, Tierra! ¡Peter Corinth llamando a Tierra desde Nave Estelar 1, en viaje de regreso!

Zumbidos y murmullos de interferencia cósmica: la charla interminable de las estrellas. La Tierra: un bulto azul brillante contra el fondo del espacio. Su luna: una perla colgada en el pecho de la Galaxia. Y el Sol: eterno círculo de llamas.

—¡Haló, Tierra! Adelante, adelante. ¿Me escucha, Tierra? Click, click, zz zzz, mmmmm, voces cruzando los cielos.

“¡Haló, Sheila!”

El planeta crecía ante la vista de los viajeros. Los motores de la nave roncaban fuertemente; cada chapa del casco temblaba bajo el impulso de enormes energías; había una salvaje y sutil canción en los cristales del metal. Corinth se dió cuenta de que él también estaba agitado, temblando; pero no deseaba dominarse, por lo menos no en aquel momento.

—¡Haló, Tierra! —dijo monótonamente frente a su micrófono. Iban navegando a menor velocidad que la luz, y sus señales penetraban sondeando las tinieblas del espacio.

—¡Haló, Tierra! ¿Me escucha, Tierra? Aquí Nave Estelar 1, llamando desde el espacio, en viaje de regreso.

Lewis gruñó algo que significaba: —(Quizás hayan abandonado la ra-

7
dio desde nuestra partida. En todos estos meses...)

Corinth sacudió negativamente la cabeza:

—Estoy seguro de que tendrán todavía monitores de alguna clase.

Y volvió de nuevo al micrófono:

—¡Haló, Tierra! ¿Alguien de la Tierra puede escucharme?

—Si algún tipo cualquiera... un chico de cinco años, o alguien de Rusia, de la India o de África, escucha tu transmisión, tendrá que pasarla a otro que tenga un aparato bastante potente para que nos alcance —dijo Lewis—. Todo requiere su tiempo. Tranquilízate, Pete.

—¡Sí, es cuestión de tiempo! —Corinth giró sobre su asiento—. Creo que tienes razón. Dentro de pocas horas habremos ya planetizado. ¡Pero yo deseaba tener preparado un verdadero recibimiento para nosotros!

—Una docena de ostras Limfiord en su media concha, con bastante jugo de limón —dijo Lewis sonáblemente, hablando en voz alta—. Vino del Rhin, naturalmente; digamos cosecha del 37. Camaroncitos en mayonesa; pan francés con manteca recién batida; anguila ahumada con huevos batidos fríos sobre pan moreno... y no olvides las cebolletas y demás encurtidos...

Corinth sonrió, medio abstraído, imaginando que estaba con Sheila, los dos muy juntos y solos, en un lejano lugar donde brillaba el sol. Era agradable, extrañamente tibio, sentarse y conversar de lugares comunes, aun si aquellos eran recordados de modo general, con algo más que una palabra o un ligero cambio de expresión. Durante el largo viaje de regreso a la Tierra, Lewis y él habían discutido como dioses borrachos de sueños, explorando sus propios intelectos. Había sido una manera agradable de correr un velo sobre la magnífica y oscura quietud del espacio. Ahora volvían al viejo fogón hogareño.

—¡Haló, Nave Estelar 1!

Ambos científicos saltaron de sus asientos enfrentando el receptor. La voz que llegaba era débil, casi borrada por el ruido del Sol y las estrellas, pero era humana. Era del hogar.

—¡Oh! —susurró Lewis asombrado—; pero si... ¡esa voz tiene acento de Brooklyn!

—Haló, Nave Estelar 1. Aquí Nueva York llamando. ¿Puede oírme?

—Sí —dijo Corinth, con la garganta seca, esperando que la señal realizara el salto de millones de kilómetros.

—He trabajado como el diablo para poder comunicarme con ustedes —contestó la voz, amablemente, luego de un largo intervalo matizado de estridencias y silbidos—. Debo tener en cuenta el efecto Doppler... Ustedes deben de estar acercándose como un murciélago a las afueras de Chicago. ¿Se les quemaron los pies, o algo por el estilo? —nada mencionó la voz acerca del genio de la ingeniería que hizo posible este tipo de comunicaciones; ahora, era sólo un trabajo de poca importancia—. ¡Mis sinceras felicitaciones! ¿Todo bien?

—Perfecto —dijo Lewis—. Tuvimos algunos problemas; pero volvemos enteros al hogar, y esperamos ser recibidos convenientemente —dudó por unos instantes y luego preguntó:

—¿Cómo anda la Tierra?

—Bastante bien. Aunque apuesto a que no reconocerán más el lugar. Las cosas están cambiando tan rápidamente, que es un verdadero alivio poder hablar todavía de los viejos Estados Unidos de Norteamérica. Probablemente es la última vez que yo lo haga. Pero, de todos modos, ¿qué diablos ha pasado con ustedes?

—Ya lo explicaremos más tarde —dijo Corinth bruscamente.

—¿Cómo están nuestros asociados?

—Muy bien, creo. Yo sólo soy un técnico de Brookhaven, y no estoy al tanto de ello. Daré la noticia en

seguida. Ustedes aterrizarán aquí, creo.

—Sí, dentro de... —Corinth realizó mentalmente y en pocos segundos los cálculos que comprendían la solución simultánea de varias ecuaciones diferenciales— seis horas.

—Muy bien; nosotros le... —la voz se perdió. Sólo pudieron escuchar otra palabra más—: ...bandas... —y luego sólo el silencio.

—Haló, Nueva York. Hemos perdido su onda dirigida —dijo Corinth.

—No te preocupes —dijo Lewis—. Cierra el aparato, Pete.

—Pero...

—Hemos esperado tanto, que seis horas más no nos molestarán en absoluto. No vale la pena preocuparse de esa manera.

—Esto... bueno... —Corinth cedió—. ¡Haló, Nueva York. Haló, Tierra. Aquí, Nave Estelar 1, finalizando transmisión. Cambio y corto.

—Yo deseaba hablar con Sheila —agregó.

—Ya tendrás bastante tiempo para ello, jovencuelo enamorado —contestó Lewis—. Creo que ahora mismo deberían estar tomando observaciones del funcionamiento del motor. Se oye un zumbido que debe de tener algún significado desconocido. Nadie ha operado un sistema de propulsión de este tipo durante tanto tiempo como nosotros. Podrían existir efectos acumulativos, y...

—Fatiga de los cristales, quizás —dijo Corinth, y se entregó de lleno al estudio de los indicadores.

La Tierra crecía ante ellos. Los científicos, que en pocas horas habían cruzado años luz, debían andar ahora a una velocidad de apenas unos cientos de kilómetros por segundo. Sus nuevas reacciones no eran aún bastante rápidas para permitirles manejar velocidades superiores a la de la luz, estando tan cerca de su planeta. Pero éste sería probablemente el último navío espacial que tuviese esa limitación, pen-

só Corinth. A la fantástica velocidad del avance tecnológico posterior al cambio, la próxima nave estelar sería un sueño de perfección: como si los hermanos Wright hubiesen construido un clipper transoceánico en su segundo modelo. Imaginó que durante el lapso que le restaba por vivir, vería la ingeniería lanzada a límites inimaginables, alcanzando fronteras impuestas por la ley de la naturaleza. De entonces en adelante, el hombre tendría que encontrar un nuevo campo de aventura intelectual, y pensó que él conocía cuál sería ese campo. Observó con cariño al hermoso planeta que se agigantaba segundo a segundo. "Ave ataque vale"

La creciente Tierra se transformó en un festoneado y nuboso disco, a medida que giraban hacia la mitad iluminada por el Sol. Entonces, súbitamente, dejó de estar delante de ellos, para situarse por debajo, y pudieron entonces escuchar los primeros y débiles chillidos del aire al ser cortado por la nave. Pasaron sobre la enorme vastedad del océano Pacífico, suavemente iluminado por la luz de la Luna, frenando lentamente la velocidad que llevaban, y pudieron luego contemplar debajo de ellos la Sierra Nevada. América corría a sus pies, enorme, verde y hermosa, de nervios potentes. El Misisipi era como una hebra de plata bajo la nave. Comenzaron a descender, y pronto los rascacielos de Manhattan aparecieron enhiestos junto al borde del mar.

A Corinth le latía fuertemente el corazón.

"Tranquilízate", se dijo; "tranquilízate y espera. Ahora llega el momento".

Guió la nave hacia Brookhaven, donde el espaciopuerto era como un manchón gris, y observó en él una masa brillante, en forma de huso, preparada para su lanzamiento. ¡De modo que la próxima nave espacial estaba ya en marcha!



HUBO una pequeña sacudida al asentar la nave sobre el suelo. Lewis cortó los motores. Cuando cesó repentinamente todo ruido, a Corinth le quedaron zumbando los oídos. Pero no se daba cuenta de qué parte de su cuerpo era la que producía aquel zumbido.

—¡Vamos! —dijo levantándose y cruzando la angosta cabina, antes de que Lewis se hubiese movido. Sus dedos temblaron al deslizarse sobre la intrincada maraña de los cierres electrónicos. La porta interna giró suavemente hasta quedar abierta; la externa se abrió también, y Corinth pudo entonces respirar profundamente una bocanada de aire salino y fresco, que venía del mar.

“¡Sheila! ¿Dónde estará Sheila?”

Se abalanzó ansioso por la escala, su forma oscura destacándose nítida contra el metal del casco de la nave. El metal estaba abollado y corrugado, cruzado con curiosas formas de cristalización. Sin duda alguna, la nave había navegado en lejanísimos espacios, sobre mundos extraños. Cuando Corinth puso pie en tierra, perdió el equilibrio y cayó; pero se puso de pie antes de que nadie lo ayudase.

—¡Sheila! —gritó.

Félix Mandelbaum dió un paso adelante, extendiendo sus manos. Parecía muy viejo y cansado, consumido por el esfuerzo de una vida demasiado activa. Tomó las manos de Corinth entre las suyas, pero no pronunció palabra alguna.

—¿Dónde está Sheila? —preguntó Corinth—. ¿Dónde está?

Mandelbaum movió negativamente la cabeza. Lewis se encontraba ahora bajando la escala, muy cuidadosamente. Rossman se dirigió a saludarlo, apartando la mirada de Corinth. Los demás lo siguieron. Eran todos empleados o científicos de Brookhaven, aunque no

amigos íntimos; y también desviaron su mirada.

Corinth quiso tragar saliva, pero tenía la boca seca.

—¿Muerta? —preguntó. El viento murmuraba a su alrededor, alborotando sus cabellos.

—No —dijo Mandelbaum—. Tampoco está loca. Pero... —movió tristemente la cabeza, y su cara afilada se cubrió de arrugas—. No, no muerta...

Corinth respiró profundamente. El aire resonó en sus pulmones. Las personas que lo rodeaban vieron que flaqueaba en él la fuerza de voluntad. Pero Corinth no se permitió derramar siquiera una sola lágrima.

—Continúa —dijo—. Cuéntame.

—Sucedió aproximadamente hace seis semanas —dijo Mandelbaum—. Supongo que ya no daba más. Se apoderó de una máquina de “electroshock”.

Corinth asintió muy lentamente.

—Y destruyó su mente —dijo concluyendo la frase.

—No, no tanto; aunque sufrió los efectos del “shock” —Mandelbaum cogió al físico por los brazos—. Digámoslo así: ella es ahora la Sheila de antes; la de antes del cambio...; casi la misma.

Corinth apenas tuvo tiempo de gozar el fresco y vivificante aire marino que llegaba a sus fosas nasales.

—Vamos, Pete —dijo Mandelbaum—. Te llevaré a donde está ella.

Corinth lo siguió hasta la salida del espaciopuerto.

KEARNES, el psiquiatra, se reunió con ellos en el hospital Bellevue. Su rostro parecía tallado en madera, pero no había en él sensación de culpa, ni el de Corinth parecía acusarlo de nada. El hombre había hecho todo lo posible, dentro del inadecuado conocimiento que tenía sobre el particular, y había fracasado. Era una de esas cosas que a veces suceden, y nada más.

—Ella me engañó —dijo—. Yo pen-

saba que estaba mejorando. No me di cuenta de cuánto dominio, incluso una persona demente, podía tener con el sistema nervioso cambiado. Creo que tampoco me di cuenta de lo duro que era para ella soportar todo lo que yo le exigía. Ninguno de los que hemos sobrevivido al cambio, podremos saber nunca la pesadilla que ha de haber sido para aquellos que no pudieron adaptarse.

“Oscuros vientos nos azotan, y Sheila está sola. Cae la noche, y Sheila está sola.”

—¿Ella estaba completamente loca cuando lo hizo? —preguntó Corinth, con voz apenas perceptible.

—¿Qué es la cordura? Quizás ella haya hecho lo más cuerdo de todo. ¿Valía la pena esa clase de existencia? ¿o era preferible tratar de curarse a costa de cualquier eventualidad, cuando aprendimos cómo?

—¿Cuáles fueron los efectos?

—Bien, fué un acto inconsciente, naturalmente. Varios huesos sufrieron fracturas durante las convulsiones, y de no haber sido encontrada a tiempo, habría muerto —Kearnes apoyó una mano sobre uno de los hombros de Corinth—. El volumen real de la corteza cerebral destruída es pequeño pero, como es natural, pertenece al área más crítica del cerebro.

—Felix me ha dicho que... se está reponiendo bien.

—¡Oh, sí! —Kearnes sonrió guiñando los labios, como si hubiese tragado algo amargo—. No es difícil para nosotros comprender la psicología humana de antes del cambio... ahora. Yo usaba el método de acceso de triple punta, desarrollado por Gravenstein y de la Garde, desde el cambio. Tratamientos de revaluación simbólica de neurología cibernética y de coordinación somática. Quedó suficiente tejido sano para asumir las funciones de la parte dañada, con un tratamiento apropiado,

una vez que la psicosis haya sido curada. Creo que dentro de tres meses podrá abandonar este hospital —respiró profundamente—. Sheila volverá a ser una persona normal y sana del precambio, con un C. I. de 150.

—Comprendo —asintió Corinth—. Bien... ¿qué posibilidades de curación existen?

—En el mejor de los casos, pasarían años antes de que podamos reconstruir tejidos nerviosos. Como usted sabe, este tejido no se regenera, ni siquiera con estímulos artificiales. Tendríamos que crear la vida misma sintéticamente, y adelantarnos en un billón de años de evolución, para desarrollar las células cerebrales humanas, y duplicar los mismos genes del paciente; y aun entonces...

—Comprendo.

—Usted podría visitarla ahora por un momento. Ya le hemos comunicado que se encontraba usted de regreso.

—¿Y qué ha dicho?

—Como es natural, ha llorado bastante. Es un síntoma bueno. Puedo usted permacener con ella alrededor de treinta minutos, si no la excita demasiado —Kearnes le dió el número de la habitación y regresó a su oficina.

CORINTH tomó el ascensor y caminó luego a lo largo de un silencioso pasillo que olía a rosas mojadas por la lluvia. Cuando llegó frente a la habitación de Sheila, encontró la puerta entornada. Dudó unos instantes mientras miraba al interior, que era como una frondosa floresta de árboles y helechos y el suave piar de pájaros en sus nidos. En algún lugar oculto había una caída de agua, y el aire tenía olor a tierra cubierta de pasto verde. Todo artificial e ilusorio, por supuesto; pero sería muy agradable para Sheila.

Entró, acercándose a la cama, ubi-

cada bajo un sauce jaspeado de sol.

—¡Hola, amor mío! —dijo.

Lo más extraño del caso es que ella no había cambiado en absoluto: estaba, igual que el día de su casamiento, joven y bopita; sus ondulantes cabellos, peinados suavemente alrededor de un rostro algo pálido todavía; sus ojos, llenos de fulgor, cuando los dirigió hacia su marido.

—¡Pete! —suspiró.

El se inclinó a besarla muy dulcemente. Ella respondió con cierta frialdad, como de persona extraña; y al acariciar con sus manos la cara de Pete, éste notó que había desaparecido de ellas el anillo de bodas.

—Estás vivo —ella hablaba como si no pudiese dar crédito a lo que estaba viendo—. Has regresado.

—He vuelto a ti, Sheila —dijo sentándose a su lado.

Ella movió negativamente la cabeza.

—No —contestó.

—Te quiero con toda mi alma —dijo Pete.

—Yo también te quiero —su voz era todavía tranquila y lejana, pero Pete observó una soñadora expresión en sus ojos—. Por eso hice esto.

Procuró él mantenerse calmo, luchando consigo mismo. Su cabeza era un torbellino de ideas.

—No te recuerdo muy bien —dijo ella—. Supongo que mi memoria ha sufrido algún daño. Parece como si todo hubiera sucedido hace muchos años, y tú me recordaras ahora un sueño que mucho quise —esbozó entonces una sonrisa—. ¡Qué delgado estás, Pete! Y áspero, desconocido... ¡Todos se muestran tan duros y ásperos ahora!...

—No —contestó él—. Todos se preocupan por ti.

—Pero ya no se preocupan como antes. Los sentimientos han cambiado mucho también. Y tú has dejado de ser el Pete de antes. —Sheila se incorporó en el lecho, levantando un poco su

voz—. Aquel Pete murió en el cambio. Yo lo vi morir. Tú eres muy amable y comprensivo, y yo sufro al mirarte; pero... tú no eres mi Pete.

—Tranquilízate, querida.

—Yo no podría vivir contigo —continuó ella—, y no sería capaz de darte a ti (o de darme a mí misma) esa clase de preocupación. Ahora he vuelto al ayer. ¡Y no sabes qué hermoso es! Solitario pero magnífico. ¡Cuánta paz hay en él!...

—Sin embargo... a pesar de todo, yo te sigo amando.

—No; no me mientas. ¿No comprendes que no es necesario? —la sonrisa de Sheila seguía perdida en el infinito ahora—. Puedes seguir ahí sentado, con el semblante frío... porque tú no eres mi Pete. Pero te deseo todo el bien posible.

Supo entonces Corinth lo que ella necesitaba, y se abandonó del todo, rindiendo su voluntad y su comprensión. Se arrodilló junto al lecho a llorar; y Sheila, entonces, empezó a acariciarlo con toda la dulzura de su corazón.

CAPÍTULO XX

EN medio del océano Pacífico, no muy lejos del Ecuador, existe una isla alejadísima del mundo dominado por el hombre. Las viejas líneas de navegación y los modernos cruceros aéreos transoceánicos siguen rutas que pasan fuera del alcance de la vista. Aquel atolón ha sido abandonado a los rayos del sol y al viento y al grito de las gaviotas.

Durante un breve lapso llegó a conocer a la humanidad. La lenta y ciega paciencia de los pólipos de coral lo habían construído; en días y noches habían sedimentado su áspera y húmeda superficie hasta transformarse todo en suelo firme, y las semillas de las plantas volaron durante largas jornadas has-

ta encontrar la ya formada isla. Unos pocos cocoteros crecieron a la orilla del oleaje, y últimamente hasta había algunos árboles. Permanecieron allí, desarrollándose durante cientos de años, hasta que una canoa llegó a aquel confín del mundo.

La tripulaban los polinesios, hombres altos, quemados por el sol, que vagabundeaban por el mar en busca de Hawaiki la hermosa. Iban curtidos por el sol y la sal de los mares. Muy poco les había costado decidirse a cruzar los cientos de kilómetros de vacío, pues tenían como guía las estrellas y las grandes corrientes marinas, y como impulso sus propios brazos para remar, ¡tojija, jiojá, itoki, itoki! Cuando hubieron llevado su canoa a tierra y terminado sus sacrificios a Nan el de los dientes de tiburón, pusieron flores de hibisco en sus largos cabellos; bailaron en la playa; contemplaron entonces la isla, y les resultó de su agrado.

Luego emprendieron el regreso; pero, al año siguiente... o al otro... o al otro... (el océano era inmenso y el tiempo inconmensurable), volvieron con nuevas canoas, trayendo cerdos y mujeres; y aquella noche, los fuegos se elevaron muy alto sobre la playa. Después de un tiempo, levantaron una aldea de chozas de paja; chiquillos desnudos y tostados por el sol nadaban en la costa, y los pescadores iban más allá de la laguna a trabajar siempre con la sonrisa a flor de labios. Esto duró un centenar de años, o dos siglos, antes de que llegaran los hombres de la cara pálida.

Con sus enormes canoas de alas blancas, pararon sólo unas pocas veces en la isla, que no era una de las más importantes; pero no olvidaron dejar su carga usual de viruela, sarampión y tuberculosis, y muy pocos de los habitantes pudieron librarse de aquellos males. Con el andar del tiempo, adquirieron cierta resistencia a las enferme-

dades, ayudados por la mezcla de sangre caucásica; pero pronto llegó la época de imponerles las plantaciones de copra, la religión y los vestidos para cubrir su purísima desnudez; y comenzaron las conferencias internacionales para determinar si este atolón, entre otros, pertenecía a Londres, París, Berlín o Washington: enormes aldeas situadas sobre el otro lado del mundo.

Finalmente fué alcanzado cierto *modus vivendi*, respecto a copra, Cristiandad, tabaco y goletas dedicadas al comercio. La gente de la isla, para ese entonces una mezcla ya de varias razas, estaba razonablemente satisfecha, a pesar de los muchos dolores de muelas; y cuando uno de sus hombres jóvenes, que a través de una larga cadena de circunstancias había estudiado en América, volvió suspirando por los viejos tiempos, la gente se rió de él. Ellos sólo tenían vagos recuerdos de aquella época, y apenas sabían de ella por los relatos de algunos misioneros interesados.

Fué entonces cuando alguien, en cierta oficina situada al otro lado del mundo, decidió que aquella isla era necesaria. Tal vez fuera para una base naval, o quizás para una estación experimental. ¡El hombre de tez pálida tenía tantas guerras!... ¡y además, el tiempo de paz lo pasaba preparándose bapara la próxima...! Pero no interesa mucho saber por qué deseaban aquel atolón, puesto que ahora ya no hay hombres en él, y a las gaviotas nada les importa el problema. Los indígenas se habían ido a otro lugar, y vivieron tranquilos durante algunos años, deseando volver a la tierra de origen. Nadie prestó atención a esta circunstancia, puesto que la isla era necesaria para salvaguardar la libertad del hombre. Al cabo de cierto tiempo, desapareció la vieja generación, y la joven olvidó por completo el problema. Entretanto, el hombre blanco se dedicó a

molestar a las gaviotas, levantando edificios y llenando la laguna con enormes navíos.

Entonces, por alguna razón trivial, la isla fué abandonada. Podría haber sido a causa de algún tratado, o a consecuencia de la guerra, o debido a un colapso económico. Los vientos y las lluvias y las enredaderas trepadoras no habían sido nunca vencidos, ni casi contenidos. Ahora comenzaban ellos las tareas destructivas.

Durante unos pocos siglos, el hombre había perturbado la continuidad de días y noches, de lluvias y sol y estrellas y huracanes; pero ahora se habían alejado del lugar. La marejada arrolló y trituró los arrecifes, la lenta y fría corriente de las aguas profundas carcomió sus cimientos; pero había siempre millones de pólipos que seguían construyendo a pesar de todo. La isla subsistiría un buen millón de años; de modo que no había por qué apresurarse. Durante el día, los peces saltaban en la laguna, mientras las gaviotas revoloteaban sobre la superficie; los árboles y el bambú crecían con ímpetu avasallador. Durante la noche, la luna era fría y rielaba sobre la revoltosa superficie; una estela fosforescente remolineaba detrás de los grandes tiburones que patrullaban las aguas adyacentes. Y había paz.

EL cohete bajó rugiendo desde las tinieblas y las altas y brillantes estrellas. Los invisibles dedos del radar tocaban la superficie de la tierra, y

una voz murmuraba en una onda dirigida:

—Abajo... Ahí va bien..., muy bien. Despacio ahora.

El cohete rebotó un poco al descender en un claro, y dos hombres salieron de su interior.

Fueron recibidos por otros: sombras confusas en la noche, apenas bañada por la luz de la luna. Uno de ellos habló con áspero acento australiano:

—Doctor Grunewald, doctor Manzeili: les presento al mayor Rosovsky..., a Sri Ramavashtar..., a Mr. Hwang Pu-Yi...

Continuó así hasta terminar la lista. Había alrededor de veinte, incluso los dos norteamericanos.

No mucho tiempo atrás, hubiese sido un grupo extraño, casi inconcebible: un oficial ruso, un místico hindú, un político irlandés, un comisario chino, un ingeniero australiano, un financiero sueco... Fué como si toda la Tierra se hubiese reunido para comenzar una insurrección pacífica. Pero ninguno de ellos era ahora lo que había sido antes. El denominador común que los unía era el anhelo de algo perdido.

—Yo he traído los aparatos de control —dijo Grunewald, bruscamente—. ¿Dónde están las partes de gran peso?

—Todo está aquí. Podemos comenzar en cualquier instante —dijo el irlandés.

Grunewald echó una mirada a su reloj.

—Falta un par de horas para la media noche —dijo en voz alta—. ¿Podremos estar listos para entonces?

Dolores paternos

ENTRE los indios de las Guayanas es costumbre que, durante el parto y los días subsiguientes, el dolorido padre se acueste en la hamaca más cómoda de que dispone la familia, y busque en copiosas libaciones el consuelo y aliento necesarios para superar tan difícil prueba.

—Creo que sí —contestó el ruso—. Ya está casi todo en su lugar correspondiente.

Caminando hacia la playa, hizo un gesto hacia la compacta forma negra y extraña que se encontraba sobre la laguna iluminada por la luz de la luna. El y otro camarada habían adquirido el pequeño buque, cierto tiempo atrás, equipándolo después con maquinarias que le permitían navegar sin problemas alrededor del mundo. Esa había sido la parte final de la tarea; no demasiado difícil para hombres determinados, en medio de la confusión de una civilización agonizante. Habían navegado con ese buque a través del Báltico, levantado algo de carga en Suecia, para después hacer escala en Francia, Italia, Egipto e India, en la ruta hacia el destino convenido. Ahora, en los últimos días, el trabajo de unir las secciones de la nave espacial y estibar su carga, progresaba rápidamente.

EL mar susurraba profundo y grave, estremeciendo la superficie, y saltaba en blanca espuma hacia lo alto. La arena y el coral crujían bajo las botas; las palmeras y los bambúes murmuraban ásperamente con el leve viento; y un alborotado periquito se lanzó de súbito hacia la oscuridad. Más allá de aquel pequeño ruido, sólo había silencio y sueño.

Allá enfrente, las ruinas de una vieja barraca se desvencijaban bajo una maraña de bejucos y trepadoras. Grunewald olió allí el perfume de las flores y la pesada humedad de maderas podridas. Fué un olor penetrante que le hizo volver la cabeza. Sobre el otro costado de las ruinas se levantaban algunas carpas, recientemente construídas, y por ellas se distinguía la esbelta forma de la nave espacial.

Era un aparato de líneas limpias y hermosas, como un pilar de hielo gris bajo la Luna, apuntando al cielo, hacia

las estrellas. Grunewald lo observó con una curiosa mezcla de sensaciones: intenso orgullo al soñar con la gloria de la conquista; íntima convicción de su belleza, anhelo de dejar pronto de entender la lógica trascendental que había hecho posible el rápido diseño y la construcción de aquel aparato.

Observó a Manzelli y simplemente le dijo:

—Te envidio, amigo mío.

Varios hombres eran los encargados de conducir la nave a la inmensidad del espacio, para allí colocarla dentro de su órbita, realizar los trabajos finales, y poner en funcionamiento el generador de campo inhibitor, que transportaba a bordo. Entonces, ellos morirían, puesto que no había tiempo de preparar los medios para asegurar su regreso a la tierra.

Grunewald sentía que el tiempo era como un galgo sobre sus talones. Muy pronto estaría listo el próximo navío estelar, y en otros lugares ya estaban construyendo más. Entonces no habría ninguna posibilidad de oponerse a la marcha de la raza ni del tiempo. Esta noche se estaba preparando la última esperanza de los seres humanos; si fallaba ésta, no habría ya otra.

—Yo creo —dijo— que antes del próximo amanecer, todo el mundo llorará de alegría.

—No —dijo con sentido práctico el australiano—. Estarán más enfurecidos que un enjambre de avispas. Tendremos que concederles cierto tiempo para que se den cuenta de que han sido salvados.

Bien; habría tiempo de todo. La nave espacial estaba equipada con defensas más avanzadas de lo que el hombre del precambio podría haber desarrollado en un siglo. Sus robots destruirían cualquier otro navío o proyectiles enviados desde la Tierra. El hombre, la entera raza humana, tendría la oportunidad de respirar el aire de

otrora, de recordar viejos amores; y después de eso ya no sentiría deseos de atacar la nave espacial.

Los demás habían desembarcado la delicada carga traída por el cohete desde América, y estaban ahora colocando los cajones en su lugar, sobre el suelo. Grunewald y Manzelli comenzaron a abrirlos con mucho cuidado. Alguien encendió una lámpara de gran potencia, y bajo su resplandor olvidaron todos la luna y el mar que los rodeaba.

Ni habían percibido la silenciosa y larga forma que se había deslizado hasta sus cabezas y permanecía allí como un tiburón nadando en el espacio, observándolo todo. Sólo cuando oyeron que desde arriba les hablaban levantaron sus miradas.

La voz que emanaba del amplificador era amable, hasta casi había una nota de disculpa en ella.

—Lamento decepcionarlos; pero ya han hecho ustedes bastante.

Mirando vivamente hacia arriba, Grunewald vió la destellante forma acerada, y su corazón le dió un vuelco. El ruso sacó una pistola y disparó. Los disparos del arma se perdieron sobre el constante murmullo de las olas. Los pájaros se despertaron produciendo gran algarabía, y sus alas se agitaron ruidosamente entre las susurrantes palmeras. Manzelli echó una maldición, giró sobre los talones, y se lanzó dentro de la nave estelar, donde había armas que podrían contrarrestar la recién llegada amenaza. Grunewald, mientras buscaba un lugar protegido, vió que una de las torretas situadas en los flancos de la nave giraba para apuntar hacia lo alto. Rápidamente se tiró boca abajo. ¡Aquel cañón disparaba granadas atómicas!

Desde la nave enemiga, cerniéndose sobre sus cabezas, surgió un haz de intensa luminosidad. La boca del cañón se puso al rojo blanco. El sutil haz marcó la destrucción sobre el costado de la nave, hasta llegar a los conos de su

propulsión gravitatoria. Se concentró allí por unos minutos. El calor del acero fundido agujeró pronto el rostro de los que observaban la escena estupefactos.

“Es una gigantesca antorcha hidrógenoatómica”, pensó Grunewald, aturcido. “Ahora no podremos despegar.”

Lentamente, los mamparos de la malherida nave espacial comenzaron a brillar al rojo vivo. El sueco dió un grito, y rápidamente se sacó un anillo de un dedo. Manzelli salió del interior de la nave gritando. Había también algo destrozado en los hombres que permanecían allí esperando; pero sólo se escuchaban los sollozos entrecortados de Manzelli.

El navío enemigo (ahora vieron que era una nave estelar) permanecía inmóvil; pero una pequeña bolsa anti-gravitatoria descendió de su interior dirigiéndose a la superficie. Había en ella varios hombres y una mujer. Pero ninguno se movió al tocar tierra la balsa.

GRUNEWALD dió un paso hacia ellos, y se detuvo con sus hombros caídos, sin fuerzas.

—Félix —dijo con voz queda—. Pete, Helga.

Mandelbaum asintió con la cabeza. La solitaria linterna dibujó una sombra dura y negra sobre su rostro. Permaneció esperando en la balsa, mientras tres fornidos hombres que habían sido detectives en el viejo mundo se dirigían en silencio al grupo de conspiradores, a recoger las armas que éstos habían arrojado al suelo, al volverse demasiado calientes para seguir llevándolas consigo. Entonces siguió a los policías que estaban en la superficie. Corinth y Helga lo siguieron.

—Seguramente no esperaban ustedes escaparse con esto —dijo Mandelbaum. Su voz no era alborozada, pero sí can-

sada. Movi6 negativamente la cabeza—. Los observadores estaban al tanto de sus planes, casi desde el principio. Los deat6 el guardar demasiado secreto.

—Entonces, ¿por qu6 nos han permitido llegar tan lejos? —pregunt6 el australiano, con voz llena de ira.

—En parte, para mantenerlos fuera de peores barrabasadas, y en parte para que pudieran atraerse a personas que pensaban igual que ustedes, y poder as6 localizarlos m6s facilmente —dijo Mandelbaum.— Hemos esperado hasta saber que ustedes ten6an todo listo para zarpar, y entonces hemos venido.

—Eso es alevoso —dijo el franc6s—. Es la clase de sangre fr6a que ha crecido desde el cambio. Supongo que pensar6an, ustedes ahora, como soluci6n r6pida y perfecta, fusilarnos, ¿no?

—¡Oh, no! —contest6 Mandelbaum, amablemente—. En realidad, hemos usado un atenuador de reacci6n junto al campo calentador de metales, para que sus cargas explosivas no pudiesen estallar y herirlos a ustedes. Despu6s de todo, tendremos que averiguar qui6nes los han respaldado. Adem6s, todos ustedes tienen una mente privilegiada, y mucho coraje y energ6as: grandes valores potenciales dignos de aprovechar. No es culpa suya que el cambio los haya trastornado.

—¿Locos nosotros? —exclam6 el ruso, tratando de serenarse con esfuerzo bien visible—. ¿Usted nos llama locos?

—Pues... —dijo Mandelbaum— si el que unos pocos de ustedes se crean falsamente con derecho a tomar decisiones en nombre del resto de la raza humana, y forzarla a seguirlos, no es megaloman6a, ¿qu6 es entonces? Si realmente ustedes hubieran tenido una buena idea, podr6an haberla presentado de inmediato al resto del mundo.

—El mundo ha estado ciego —dijo el hind6 con dignidad—; ha dejado ya de ver la verdad. Yo mismo he perdido

la d6bil visi6n que cierta vez ten6a de lo realmente fundamental, aunque por lo menos s6 que lo he perdido.

—Lo que usted quiere decir —dijo Mandelbaum fr6amente— es que su mente se ha vuelto demasiado fuerte para que usted pueda entrar de nuevo en esa especie de trance que era su creaci6n particular; pero usted siente todav6a la necesidad de ese trance.

El hind6 se encog6 despreciativamente de hombros.

Grunewald observ6 a Corinth.

—Yo pens6 que t6 eras mi amigo Pete —susurr6—. Y despu6s de lo que el cambio ha hecho a tu esposa, yo pens6 que t6 podr6as ver...

—Pete no ha tenido nada que ver en todo esto —dijo Helga, adelant6ndose un poco y tomando a Corinth por el brazo—. Yo soy la que te ha se6alado, Grunewald. Pete s6lo ha venido esta noche con nosotros en su calidad de f6sico, a observar vuestros aparatos y salvarlos para algo 6til. "Terap6uticas del oficio... ¡Oh, Pete, Pete, te han herido tanto ya...!"

Corinth movi6 negativamente la cabeza y habl6 con tono 6spero y distinto de su habitual manera de ser.

—No te preocupes en encontrar excusas para m6. Yo lo habr6a hecho por m6 mismo, si me hubiera enterado de tus planes. Pues ¿qu6 ser6a de Sheila si volvi6ramos al viejo mundo de ayer?

—Todos ustedes ser6an curados —dijo Mandelbaum—. Sus casos no son violentos, y creo que la nueva t6cnica psiqui6trica los podr6a curar r6pidamente.

—Preferir6a que me quitaran la vida —dijo el australiano.

Manzelli segu6a sollozando. Sus l6grimas le ar6aban como garras.

—¿Pero es posible que no pueda usted comprender? —pregunt6 el franc6s—. ¿Nada valen las glorias conquistadas por el hombre en el pasado? An-

tes de haber encontrado siquiera a Dios, ¿haremos que Dios s6lo sea un cuento de ni6os? ¿Qu6 le hemos brindado en retribuci6n por el esplendor de su arte, la creaci6n de sus manos, y los tibios peque6os placeres cuando termina el trabajo del d6a? Usted lo ha convertido en una m6quina de calcular, y el cuerpo y el alma pueden marchitarse, ahogados bajo el peso de sus nuevas ecuaciones.

Mandelbaum se encog6 de hombros.

—El cambio no ha sido el resultado de una idea m6a —dijo—. Si usted cree en Dios, convendr6a conmigo que esto parece Su obra, Su manera de dar un paso adelante.

—Desde el punto de vista intelectual es un paso adelante —dijo el franc6s—. Para un corto de vista, reblandecido y flatulento profesor, sin d6da alguna hemos progresado.

—¿Parezo yo un profesor? —gru6o Mandelbaum—. Yo estaba remachando acero cuando usted le6a sus primeros libros acerca de las bellezas de la naturaleza. Yo me destrozaba el rostro a patadas con los caudillos gremiales cuando usted escrib6a acerca del pecado del orgullo. Usted estimaba a los trabajadores, pero no los hubiese invitado a su mesa, ¿no es cierto? Cuando el peque6o Jean-Pierre, que antes de la guerra era estudiante de teolog6a... cuando el peque6o Jean-Pierre fu6 capturado, espiando para nuestro bando, aguant6 durante veinticuatro horas todo lo que los alemanes pudieron hacerle, para as6 darnos una oportunidad de escapar. Mientras tanto, y lo recuerdo muy bien, usted se encontraba a salvo en los Estados Unidos de Norte Am6rica, escribiendo propaganda. ¡Ac6lito de Judas!, ¿por qu6 no prueba alguna vez esas cosas acerca de las cuales est6 listo a teorizar? —el peso del cansancio desapareci6 de su semblante mientras retornaba a la vieja alegr6a de la lucha cara a cara. Su voz se elev6

hasta adquirir un tono impetuoso, como de martillos machacando sobre el hierro—. El problema con todos ustedes es que de una u otra manera tienen siempre miedo a enfrentar la vida. En vez de tratar de moldear el futuro, han estado deseando un pasado que ha quedado ya un mill6n de a6os detr6s de nosotros. Ustedes han perdido sus viejas ilusiones, y no han sabido encontrar el material para edificar otras nuevas y mejores para ustedes mismos.

—Incluy6ndo el error americano del "Progreso" —le espet6 el chino.

—¿Qui6n dijo nada acerca de eso? Eso tambi6n ha sido olvidado; es s6lo chatarra anticuada... otro santo y se6a nacido de la estupidez, la gula y el engreimiento. Seguro: todo nuestro pasado nos ha sido arrancado a tirones. Es cierto, es una terrible sensaci6n, simple y solitaria. ¿Pero cree usted que el hombre no puede descubrir un nuevo equilibrio? ¿Cree usted que no podemos edificar una nueva cultura, con sus propias bellezas y sue6os y satisfacciones, ahora que nos hemos librado del viejo capullo de seda? ¿Cree usted que el hombre (el hombre con fuerzas y esperanzas, de todas las razas, de todo el mundo) desea volver al mundo de ayer? Perm6tame decirle que no desea volver. Y la verdadera raz6n del secreto que ha envuelto a todo esto estriba en que ustedes tambi6n lo sab6an... ¿Qu6 ofrec6a el viejo mundo al noventa por ciento de la raza humana? Fatigas, ignorancia, enfermedades, guerras, opresiones, ansiedades, miedos, desde el in-mundo nacimiento a la tumba miserable. Si uno nac6a en una tierra afortunada, pod6a llenarse el est6mago y tener juguetes bonitos con que jugar; pero no hab6a ninguna otra esperanza, ni horizonte, ni meta. El hecho de que una civilizaci6n tras otra se transformara en ruinas, nos muestra que no estamos capacitados para ella: 6ramos salvajes por naturaleza. Ahora tenemos

la oportunidad de librarnos de esa rueda de la historia y llegar a un punto determinado. Nadie sabe a dónde; nadie puede siquiera imaginarlo; pero ya hemos abierto los ojos... ¡y ustedes desean cerrarnoslos de nuevo!

Mandelbaum interrumpió su discurso, suspiró, volviéndose luego hacia sus detectives.

—Llévenlos, muchachos —dijo.

EL grupo fué conducido a la balsa, suavemente, sin rudeza ni desconfianza. Mandelbaum permaneció observando mientras la balsa se elevaba lentamente hasta la nave estelar. Luego, se volvió hacia la enorme forma metálica sobre la superficie.

—¡Qué obra heroica! —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Inútil, pero heroica. Esos hombres eran buenos. Espero que pronto estarán a salvo.

—¡Naturalmente! —dijo Corinth con irónica sonrisa—; como que sólo nosotros tenemos razón.

Mandelbaum replicó:

—Lamento el discurso. Es demasiado fuerte el viejo hábito de que todo hecho real debe tener un rótulo moral. Pero nosotros, la raza humana, debemos sobreponernos lo antes posible.

El físico se puso serio.

—Hay que tener cierta norma moral —dijo.

—Por supuesto; por la misma razón que debe tenerse siempre un motivo para hacer cualquier cosa. Sin embargo, yo creo que estamos más allá de ese hipócrita refinamiento del código que proclama cruzadas, coloca herejes en la pira y arroja disidentes en los campos de concentración. Necesitamos más honor personal y menos honor público.

Mandelbaum bostezó, y despezó su delgado cuerpo hasta que pareció que se le iban a romper los huesos.

—¡Largo viaje! —dijo—. ¡Y al final, ni siquiera una batalla a cañonazos!

—la balsa bajaba nuevamente, en forma automática—. Me iré a dormir un rato. Mañana podremos echar un vistazo sobre toda esta chatarra. ¿Me acompañas?

—Todavía no —dijo Corinth—. Estoy demasiado cansado. (Deseo pensar.) Daré un paseo por la playa.

—Muy bien —Mandelbaum sonrió, y una curiosa ternura asomaba a sus labios—. Buenas noches.

—Buenas noches —Corinth se volvió y echó a andar desde la explanada donde se encontraban. Helga se aproximó a su lado sin decir palabra alguna.

SALIERON de la jungla y permanecieron sobre la arena que parecía de hielo bajo la luz de la luna. Detrás de los arrecifes, la rompiente flameaba al estrellarse, y el océano parecía listado con frías líneas fosforescentes. Las estrellas de primera magnitud aparecían inmensamente altas por sobre sus cabezas. El cielo era como de cristal. Corinth sintió en su rostro el frío y salado viento del mar, saturado de la humedad recogida a través de miles de kilómetros de ruta sobre las aguas. Por detrás de él, la jungla murmuraba y susurraba consigo misma. La arena crujía agudamente bajo sus pies. Se daba cuenta de todo con extraordinaria claridad; como si lo hubiesen exprimido hasta sacarle todo lo que era él mismo, y fuese ahora sólo un depósito de imágenes.

Miró a Helga, que permanecía cogida a su brazo. Vió el perfil de su cara que se delineaba nítidamente contra el fondo de la noche, y sus cabellos sueltos flotaban libremente al viento, blancos bajo la irreal luz de la luna que se derramaba sobre ellos.

Sus sombras se habían juntado en una sola, larga y azul, sobre la arena brillante. Corinth podía sentir el ritmo de la respiración de Helga a través de su cuerpo.

No tenían necesidad alguna de hablar. Entre ellos había demasiado entendimiento mutuo, nacido de muchos desvelos y trabajos compartidos. Permanecían ahora juntos y en silencio. El mar les hablaba, pulsando gigantes cas olas, ensordecedoras al estrellarse contra los arrecifes y al volverse de nuevo a su lecho. Bajo el cielo, el viento murmuraba silbando suavemente.

Gravitación (sol, luna, estrellas, la tremenda unidad constituida por el espacio-tiempo).

+ Fuerza de Coriolis (el planeta gira, gira, en su ruta a través de la distancia y el tiempo).

+ Fricción de flúidos (los océanos trituran, se arremolinan, rugen entre angostos estrechos, tronando llenos de espumas sobre las rocas).

+ Diferencias de temperatura (luz solar semejante a lluvias tibias, hielos, penumbras, nubes, nieblas, vientos y tormentas).

+ Vulcanismo (fuego bien adentro del planeta, movimiento de inconcebibles masas de rocas, humo y lava, nacimiento de nuevas montañas con nieve en sus laderas).

+ Reacciones químicas (oscuras y turgentes tierras, el aire agotado vuelve a la vida, rocas rojas, azules y ocres, vida, sueños, muerte, resurgimiento y todas las más brillantes esperanzas).

IGUAL A:

Este mundo nuestro, que, contemplado, es muy agradable.

SIN embargo, había cansancio y desolación en el hombre, y luego de un rato se volvió buscando consuelo, como si aquella mujer hubiese sido suya.

—Fácil —dijo—. (La palabra y el tono significaban: Ha sido muy fácil para nosotros y para ellos. Esos hombres tienen un espíritu divino. Debía haber terminado todo de otro modo. Fuego y furia, ira, destrucción, y el inconquistable orgullo del hombre contra los dioses.)

—No —replicó ella—. Fué mejor de esta manera. (Quietamente y con calma: Piedad y comprensión. Hemos dejado de ser animales salvajes, debemos dejar de mostrar los dientes ante el destino.) "Sí, ése es el futuro. Olvida todas las glorias rojas."

—¿Pero cuál es nuestro mañana? —preguntó él—. (Permanecemos con los despojos de un mundo bajo nuestros pies, contemplando un universo vacío, y debemos llenarlo nosotros mismos. Nadie habrá para ayudarnos.)

—A menos que exista un destino. (Dios, hado, coraje humano) —contestó ella.

—Quizás exista —murmuró Corinth—. Conscientemente o no, un entero universo ha sido entregado a nuestras manos.

Ella huyó de la idea, sabiendo que, para contestar su pregunta, él tendría que apelar al valor que necesitaba.

—(¿Tenemos el derecho de tomarlo? Si nos erigimos en guardianes de planetas, ¿seríamos mejores que Grunwald, cegado por un principio, bajo la

Cu... Cu... Curando la tartamudez

SEGUN parece, la tartamudez se debe a que los que tienen ese defecto se escuchan a sí mismos. Un método para curarla, que ha tenido éxito rotundo, consiste en someter al paciente a la audición continua de un sonido de baja frecuencia, que le impide oírse. En unas cuantas sesiones se obtiene la curación completa.

insensible crueldad del azar, en medio de los desvaríos de su pobre y loca cabeza?)

—No creo que sea de este modo como debamos entrar a nuestro destino —dijo Corinth—. Nosotros seríamos guías invisibles, desconocidos, guardianes de la libertad, no imponedores de un deseo arbitrario. Cuando se construya nuestra nueva civilización, ésa sería la única tarea verdadera a realizar. “¡Oh, destino glorioso! ¿Por qué habría de sentirme triste esta noche? Y sin embargo, hay lágrimas detrás de mis ojos.”

Helga dijo lo que debía decir:

—Hace unos pocos días, Sheila fue dada de alta en el hospital. “He llorado por ti, mi amor en tinieblas.”

—Sí —asintió él—. Lo vi. (Salió corriendo como una chiquilla. Elevaba sus manos hacia el sol y reía.)

—Ella ha encontrado su propia respuesta. Tú debes encontrar la tuya todavía.

Corinth escarbaba en sus recuerdos.

—Ella no sabía que yo la estaba observando. “Era una mañana fría y luminosa. Una hoja de arce rojo que caía se detuvo en sus cabellos, donde ella siempre llevaba flores para mí.” Ahora ya ha comenzado a olvidarme.

—Tú le has dicho a Kearnes que la ayude a olvidarte —dijo ella—. Ha sido el acto de más valentía de cuantos has realizado. Se necesita valor para ser generoso. ¿Pero eres ahora bastante fuerte para tener generosidad contigo mismo?

—No —contestó—. No deseo dejar de amarla. Lo siento, Helga.

—Sheila será vigilada —dijo ella—. No lo sabrá; pero los observadores la guiarán en sus pasos. Existe una excelente colonia de retardados mentales... “¡Qué angustia!”... situada en el norte de la ciudad. Ultimamente los hemos estado ayudando sin que ellos lo supieran. Su jefe es un buen hombre, joven, fuerte y comprensivo.

La sangre de Sheila será como levadura en esa raza.

El nada dijo.

—Pete —lo acosó ella nuevamente—; debes ahora ayudarte a ti mismo.

—No —contestó—. Pero tú también puedes cambiar, Helga. Puedes imponerte el deseo de alejarte de mí.

—No cuando tú me necesitas, y lo sabes, y todavía te prendes ciegamente a un símbolo ya muerto —replicó ella—. Pete, ahora eres tú el que tiene miedo de enfrentar la vida.

Hubo un largo silencio; sólo el mar y el viento poseían voz. La luna se iba hundiendo lentamente, y su resplandor les llenaba los ojos. El hombre volvió la cara, se sacudió, e irguió los hombros.

—¡Ayúdame! —dijo tomándole las manos—. No puedo hacerlo solo. ¡Ayúdame, Helga!... “No existen palabras. Nunca habrá palabras para expresar esto.”

Las mentes se encontraron, entrelazándose, satisfaciendo mutuas necesidades, y de una manera que era nueva en el mundo con el que compartieron su pujanza y por el cual lucharon para liberarse de lo pasado.

“Amor, honor y apoyo mutuo, hasta que la muerte nos separe.”

Era una vieja historia, pensó ella entre los truenos. Era la más vieja y agradable historia de la Tierra; por lo menos así la designaban en el viejo lenguaje. Mar y estrellas... ¡y hasta había luna llena!

CAPÍTULO XXI

DE nuevo el otoño, y el invierno ya en el aire. Las hojas caídas yacían amontonadas bajo los desnudos árboles, susurrando y moviéndose sobre el suelo a cada soplo del viento. En el bosque quedaban sólo unas pocas manchas de color, amarillas, bronceadas o rojizas, contra el fondo gris.

Los gansos salvajes volaban en gran-

des bandadas, rumbo al sur. Aquel año había más vida en el cielo: había menos cazadores. Los remotos graznidos llegaron a los oídos de Brock, que observaba lleno de soledad y tristeza. El cielo era de color azul pálido. El sol rodaba brillante pero sin calor, derramando su luz esplendente sobre una comarca enorme y vacía. El viento soplabá fuertemente, zumbando alrededor de sus mejillas, agitando sus ropas y haciendo entonar a los árboles la canción interminable.

Lentamente, Brock se alejó de la casa principal, arrastrando sus botas sobre el pasto reseco. Joe lo seguía pegado a sus talones. Desde el cobertizo llegaba el ruido de martillos sobre chapas de hierro; pues Mehitabel y Mac estaban construyendo su destilador de gas de carbón de leña. Para ellos esa construcción era motivo de entretenimiento; pero sería de gran utilidad muy pronto, debido a que los depósitos de gasolina estaban casi agotados. Algunos de los habitantes de la granja se habían ido a la ciudad; otros estaban durmiendo las consecuencias del almuerzo siempre copioso de los domingos. Brock estaba solo.

Pensó que debía detenerse a conversar con Mehitabel. Pero no: era mejor dejarla trabajar sin interrupción. Por otra parte, su conversación era bastante limitada. Decidió dar un paseo por el bosque. Era media tarde, y el tiempo estaba demasiado lindo para quedarse adentro.

Ella Mae salió de una de las cabañas, y sonrió al verlo.

—Hola —dijo.

—Hola —contestó él—. ¿Cómo estás?

—Yo, bien. ¿Quiere pasar? No hay nadie ahora.

—No, gracias. Tengo que... revisar los alambrados.

—¿Podría ir contigo? —preguntó ella tímidamente.

—Mejor no —contestó Brock—. Los

cerdos, ¿sabes?... es posible que andan rondando por ahí todavía.

Los brillantes y azules ojos de Ella Mae se llenaron de lágrimas, y bajó su deformada cabeza—. Tú nunca te detienes a verme —lo acusó.

—Lo haré cuando se presente la oportunidad —dijo Brock presuroso—. Lo que pasa es que estoy terriblemente ocupado, como tú sabes —y se retiró del lugar lo más rápido que pudo.

“Debo conseguirle un marido”, reflexionó. “Todavía deben existir varios de su clase, perdidos por los alrededores. No puedo aguantar que ande todo el día queriendo cazarme de esta manera; es muy duro para ambos.”

Sonrió maliciosamente. El problema de la conducción parecía tener muchas dificultades y pocas recompensas. El era el jefe, el planificador, el ejecutante, maestro, doctor, confesor... y ahora ¡casamentero!

Se inclinó para acariciar con su mano enorme y ruda la cabeza de Joe. El perro le lamió la muñeca, moviendo alegremente la cola. Algunas veces el hombre se sentía horriblemente solo. Ni siquiera un amigo como Joe podía llenar todas sus necesidades. En aquel día de viento y sol y hojas arremolinadas (un día de adiós, en que toda la tierra parecía despedirse del verano y partir hacia cierto camino desconocido) sintió su propia desolación como un fuerte dolor dentro de su cuerpo.

“Ahora, dejémonos de tales pensamientos”, se reprochó a sí mismo.

—Vamos, Joe, demos un paseo.

EL perro se puso rígido, en una tie- sa postura llena de gracia, y miró hacia el cielo. Los ojos de Brock lo siguieron. El reflejo del metal fué tan fuerte que hería los ojos.

“Un aeromóvil...: una especie de aeromóvil. ¡Y está aterrizando!”

Permaneció con los puños apretados

contra sus caderas, sintiendo el viento helado sobre su piel, mientras lo oía susurrar entre las ramas detrás de él. Sintió su corazón absurdamente grande dentro de su pecho, y tembló bajo su pesada chaqueta, notando húmedas las palmas de las manos.

“Tranquilízate”, se dijo a sí mismo. “Tranquilízate. Muy bien, de modo que es uno de ellos. No irá a morderte. Nadie nos ha hecho daño, ni se ha interpuesto ante nosotros, todavía...”

Suavemente, como una hoja al caer, el aeromóvil aterrizó en las cercanías. Era pequeño y de forma ovoidal. Brock no pudo observar en él ningún medio de propulsión. Rígida y lentamente, comenzó a caminar hacia el aparato. El revólver que colgaba de su cintura le pareció ridículo, como un juguete infantil.

Sintió una repentina sensación de amargura. “Deja que ellos nos tomen como realmente somos. ¡Maldito sea si trato de mostrar buena educación ante estos sucios turistas domingueros!”

Vibró el costado del aeromóvil y un hombre pasó a través de él. “¡A través de él!” La primera reacción de Brock fué casi de desencanto: El hombre parecía enteramente vulgar. Era de mediana estatura, bajo y fornido, con cierta propensión a la obesidad, rostro indefinido, y vestía ropa sport de tweed ordinario. Al aproximarse Brock, el hombre saludó sonriente:

—¿Cómo le va?

—Bien.

Brock se detuvo, moviendo alternadamente los pies sobre el suelo, sin levantar la vista. Joe sintió la inquietud de su amo, y gruñó aunque débilmente.

El visitante extendió su mano.

—Mi nombre es Nat Lewis, de Nueva York. Espero que usted perdone mi intrusión. John Rossman me ha enviado aquí. El no se siente muy bien; por esa causa no ha venido personalmente.

Brock estrechó su mano, un poco

más tranquilo al oír el nombre de Rossman. El viejo había sido siempre decente, y los modales de Lewis eran simpáticos. Brock logró mirarlo directamente a los ojos y dió su nombre.

—Sí, lo reconozco por la descripción de Rossman —dijo Lewis—. Se halla muy interesado en saber cómo están usted y su gente. No se preocupe; no tiene intención de volver a apoderarse de esta propiedad, es sólo una amistosa curiosidad. Yo trabajo en su Instituto y, francamente, me sentía también muy curioso respecto a ustedes, de modo que he venido para llevarle noticias.

Brock decidió que Lewis le agradaba. El hombre hablaba bastante lentamente; le debía de costar un ligero esfuerzo retornar a la vieja manera de hablar, pero no había tono protector alguno en su voz.

—Por lo que he oído, ha hecho usted un trabajo maravilloso —dijo Lewis.

—No sabía que usted... digo... que nosotros... —Brock se detuvo, tartamudeando.

—¡Oh, sí!, tan pronto como ustedes se hicieron cargo de todos los problemas de la granja, los hemos observado de vez en cuando. Créame que los problemas eran muchos, le aseguro. Y todavía lo son. Tome, ¿puedo ofrecerle un cigarro?

—¡Hum!... bueno —Brock aceptó, pero no lo encendió. No se había acostumbrado al tabaco. Pero más tarde daría el cigarro a alguien que fumase—. Gracias.

—No es para una criatura —Lewis sonrió—. Por lo menos, espero que no.

Encendió uno para él, usando un encendedor extraño que encendía a pesar del fuerte y ruidoso viento.

—Sin duda habrá notado usted que todas las ciudades de los alrededores han sido evacuadas —dijo después de dar una profunda chupada.

—Sí, desde hace varios meses —contestó Brock, y agregó desafiante:— He-

mos estado tomando de ellas todo lo que necesitábamos y podíamos encontrar.

—¡Oh, perfectamente bien! Esa ha sido la idea; en realidad, pueden ustedes trasladarse a cualquiera de ellas, si así lo desean. El comité de colonias pensó que era mejor librarlos a ustedes de... bien..., de vecinos molestos. La gente no se preocupó por eso; en la presente etapa de su desarrollo, cualquier lugar es tan bueno como otro para ellos —una sombra de añoranza se reflejó momentáneamente en el rostro de Lewis—. Esa es una de nuestras pérdidas: la intimidad de entregar nuestro corazón a un pequeño rincón de la Tierra.

Esta confesión de debilidad venció la última resistencia de Brock. Sospechó que fuese deliberada; pero aun así...

—Y aquellos que, perdidos, han llegado aquí para unirse a usted, han sido a menudo disimuladamente guiados a este lugar —Lewis continuó diciendo—. Habrá otros, si usted los desea. Y yo creo que usted obtendrá ayuda. Ciertamente ellos encontrarán aquí la seguridad de un hogar.

—Es... muy amable de su parte —dijo Brock, lentamente.

—No lo crea. No piense que usted ha sido protegido de todo daño, y que los demás han hecho todo el trabajo. Eso no ha sido nunca así, ni nunca lo será. Ciertas veces hemos lanzado a su camino algunas pequeñas oportunidades, y nada más. Pero dependió de usted el usarlas bien, le aseguro.

—Comprendo.

—No podemos ayudarle más que en eso. Tenemos demasiados problemas, y somos muy pocos para resolverlos. Nuestros medios son muy diferentes. Su clase y la mía han llegado al punto donde se bifurca el camino, Brock; pero por lo menos podemos decirnos adiós y estrechar nuestras manos.

Fueron palabras llenas de calor. Algo cedió dentro de Brock, y éste sonrió. No le había gustado nunca la posibilidad de ser aniquilado por una raza de dioses despiadados, y menos aún le había pasado por la cabeza la idea de pasar sus días como guardián de nadie. Lewis no hacía ningún esfuerzo por disimular la diferencia que había entre ellos; pero tampoco se mostraba enorguecido con ellas; no hubo en lo que había dicho ninguna alusión de superioridad.

MIENTRAS hablaban, habían caminado por el campo. Lewis escuchó el ruido de martillos dentro del cobertizo, y miró interrogativamente a Brock.

—Tengo trabajando ahí dentro un chimpancé y un retardado mental, que están construyendo un aparato de destilación, a fin de obtener combustible para nuestras máquinas —explicó Brock. Ya no era ofensivo decir “retardado mental”. Hoy es nuestro día de descanso; pero ellos insisten en trabajar de cualquier manera.

—¿Cuántos tiene usted a sus órdenes, entre todos?

—Pues... diez hombres y seis mujeres, cuyas edades oscilan entre quince y sesenta, aproximadamente. Y su deficiencia mental oscila entre los grados de morón e imbecil. Luego hay un par de chicos que han nacido aquí. Naturalmente, es muy difícil decir dónde terminan los humanos y comienzan los animales. Los monos, o Joe, son ciertamente más inteligentes y útiles que los imbeciles —Joe movió la cola expresando agrado—. Yo no hago distinciones; todos realizan las tareas para la cual están más capacitados, y así luchamos juntos.

—Y usted es el dirigente, por supuesto.

—Creo que sí. Todos me miran como guía. Yo no soy el más inteligente del

grupo; pero nuestros dos intelectuales son . . . , bueno, son inútiles.

Lewis asintió con la cabeza.

—A menudo sucede así. La inteligencia pura cuenta menos que la personalidad, la fortaleza de carácter o la simple habilidad de tomar decisiones y ceñirse a ellas —miró meditativamente a su enorme acompañante—. Usted es un conductor nato, Brock.

—¿Lo soy? . . . Lo único que he hecho es improvisar lo mejor posible.

—Bien —gruñó Lewis—, yo diría que ésa fué la esencia de la conducción —paseó su mirada por los edificios y luego la extendió hasta el horizonte—. Es una comunidad pequeña y feliz la que usted ha construido.

—No —contestó Brock francamente—; no lo es.

Lewis lo observó, levantando las cejas, pero sin decir palabra alguna.

—Estamos aquí demasiado cerca de la realidad para andar con formalidades —continuó Brock—. Eso puede venir más adelante, cuando nos hayamos ajustado mejor; pero ahora nos cuesta mucho trabajo el sólo mantenernos vivos. Tenemos que aprender a vivir de acuerdo a ciertas realidades de la vida, bastante crudas, tales como las de algunos de nosotros de naturaleza deforme, o la necesidad de sacrificar esos pobres animales. . . —hizo una pausa, notó que tenía los puños cerrados, e intentó tranquilizarse con una sonrisa.

—¿Es usted . . . casado? —inquirió Lewis—. Perdona mi curiosidad; pero tengo mis razones para formularle esta pregunta.

—No. No he visto por aquí nada que valga la pena. Pero no importa; tengo trabajo suficiente para alejarme de ciertas imprudencias.

—Comprendo. . .

Lewis permaneció quieto por unos instantes. Habían llegado hasta el depósito de maíz, donde una tabla colocada sobre dos barriles formaba un

asiento protegido del viento. Se sentaron, sin decir palabra alguna, dejando que el día transcurriese a su alrededor. Joe se acostó ante sus pies, mirándolos con ojos alertas.

AL cabo de un rato, apagó Lewis su cigarro y habló nuevamente. Mirando hacia adelante, sin enfrentar a Brock. Su voz sonaba un poco somnolienta, como si estuviese hablando consigo mismo.

—Usted y sus animales están aprovechando lo mejor de la nueva situación —dijo—. Y hasta ahora no ha sido muy buena. ¿Desearía usted volver a los viejos tiempos?

—No, en absoluto —dijo Brock.

—Ya me lo suponía yo. Usted ha tomado la realidad que le ha sido entregada, con todas sus infinitas posibilidades, y la está conduciendo perfectamente bien. Eso es lo que los hombres de mi sector están también procurando, Brock; y quizás usted tenga más éxito que nosotros. No lo sé. Probablemente nunca lo sabré; pues no viviré para entonces. Pero deseo decirle algo. Yo he estado en el espacio, entre las estrellas. Allí han estado también otras expediciones. Hemos visto que la Galaxia está llena de vida. Todo parece allí como la vieja vida en la Tierra: muchas formas, muchas civilizaciones; pero en ningún lado una criatura como el hombre. El C. I. común del universo entero no debe de estar muy por arriba de ciento. Es prematuro decirlo; pero tenemos razones que nos inducen a suponer que es así. Y nosotros los llamados seres humanos normales, ¿qué iremos a hacer con nuestros extraños poderes? ¿Dónde podremos encontrar algo que nos estimule, algo tan grande que nos sintamos humildes y que nos ofrezca una tarea digna de enorgullecernos? Creo que las estrellas son nuestras respuestas. ¡Oh! no quiero decirle que intentamos formar un

imperio galáctico. La conquista es una niñería que ya hemos dejado de lado. Tampoco quiero que usted crea que nos transformaremos en ángeles ministros de todos esos mundos incontables, para guiarlos y cuidarlos hasta que sus razas se vuelvan tan débiles que no puedan sostenerse sobre sus propios pies. No, nada de eso. Nosotros crearemos nuestra propia civilización, que se expandirá entre las estrellas, y tendrá sus propias metas internas, creaciones, luchas, esperanzas. . . El medio ambiente del hombre es todavía, fundamentalmente, el hombre mismo. Pero yo creo que habrá un propósito en esa civilización. Por primera vez, el hombre irá realmente a un lugar. Su nuevo propósito, sobre miles y millones de años, abarcará toda la vida en el universo accesible. Yo opino que se logrará una armonía final tan perfecta que nadie puede siquiera imaginarla. Nosotros no seremos dioses, ni siquiera guías; pero nosotros (algunos de nosotros) ofreceremos las oportunidades. Cuidaremos que el mal no florezca con mucha fuerza, y que la esperanza y la oportunidad lleguen, cuando más se las necesite, a todos esos millones de criaturas conscientes que viven, aman y luchan, y ríen, lloran y mueren, como antiguamente el hombre. No, no seremos la encarnación del destino; pero quizás podremos personificar la suerte, y también, quizás, el amor —sonrió entonces el hombre, con sonrisa muy humana, ante sí mismo y ante todas sus propias pretensiones—. No me haga caso. Hablo demasiado. El aire de otoño es como el vino, según dicen —se volvió hacia Brock—. Lo más importante es que nosotros. . . , nuestra clase. . . , no permaneceremos aquí en la Tierra.

Brock asintió silenciosamente. La visión que tenía por delante era demasiado enorme para causarle sorpresa.

—Usted y los suyos no tienen por

qué preocuparse —dijo Lewis—. En unos pocos años, cuando todas las cosas estén listas, desapareceremos en el cielo. La Tierra será dejada para los de su clase, y para los animales. Después de eso, serán ustedes completamente libres. Dependerá de ustedes, como de las demás clases de vida, el trabajar por la construcción de su propio destino. Si antes o después tiene usted un poco de suerte. . . , pues eso es lo que siempre ha ocurrido.

—Muchas gracias —salió como un susurro de la garganta de Brock.

—No me agradezca nada a mí ni a otra persona. Esto es meramente el lógico camino de los hechos. Pero les deseo suerte, la mejor suerte a todos ustedes —Lewis se levantó y comenzó a caminar hacia su aeromóvil—. Debo irme ya —hizo una pausa—. No he sido completamente sincero con usted a mí llegada. No ha sido la curiosidad de Rossman la que me ha enviado aquí. El podría haber satisfecho sus deseos, preguntando al comité de colonias o viniendo él mismo a este lugar. Yo deseaba observarlo todo personalmente, porque. . . , bueno, muy pronto tendrá usted un nuevo miembro en su comunidad.

Brock lo miró, interrogante. Lewis se detuvo ante su aeromóvil.

—Es una vieja amiga —dijo—. Su historia es bastante trágica; ella se lo contará por sí misma cuando sienta deseos de sincerarse. Pero es de buena clase, realmente una chica maravillosa, y los que la conocemos deseamos verla feliz.

El metal relucía detrás de él. Tomó la mano de Brock.

—Adiós —dijo simplemente, y subió al aparato. Un momento más tarde, el aeromóvil se encontraba muy alto en el cielo.

Brock se quedó observándolo hasta que se perdió de vista.

FUE entonces cuando la vió a ella, caminando por la calzada de acceso, y el corazón le dió un vuelco dentro del pecho. No era alta, pero sus formas eran gráciles y fuertes bajo las pesadas ropas, y los bronceados cabellos enmarcaban un rostro joven, gentil y agradable de ver. Llevaba un bulto a sus espaldas, y el sol de muchos días de libre vagabundeo por los caminos la había bronceado y espolvoreado algunas pecas a lo largo de su rostro de alargados ojos.

—He oído decir que esto era un refugio —dijo ella, tímidamente.

—Sí —contestó él—. ¿Viene usted de lejos?

—Desde Nueva York —hubo en ella un leve temblor, y Brock se preguntó qué le habría sucedido; o qui-

zás fuera solamente el frío. El viento azotaba cruelmente ahora—. Me llamo Sheila —dijo ella.

—Yo soy Archie Brock. Usted es aquí bienvenida. Siempre es un gran acontecimiento el arribo de un recién llegado. Usted lo encontrará extraño, pero todos nosotros tendremos que trabajar duramente.

—No me asusta ninguna de las dos cosas —le contestó.

El recogió el bulto y se dió vuelta emprendiendo el regreso.

—Encantado de conocerla, señorita... ¿Cómo dijo usted que era su nombre?

—Sheila —contestó—. Sólo Sheila.

Caminaron calzada arriba, el uno junto al otro, el perro y el viento a sus talones, hacia la casa. Allí estaba el refugio. ✦

¿Le interesa la Astronáutica?

¿Quiere saber más de esta nueva ciencia?

Asóciese al
**Instituto de Experimentaciones
Astronáuticas " I. D. E. A. "**
y ayude teórica y prácticamente.

I. D. E. A.

Florida 640

T. E. 35-0167

Av. R. S. Peña 1119, of 614



PEQUEÑOS LABORATORIOS

Desde la Universidad de Chicago se lanzan estos pequeños laboratorios con el objeto de revelar el secreto de los rayos cósmicos. Los 21 globos de caucho sintético levantan 50 kilos de instrumentos a la estratosfera. Al llegar a los 20 km. de altura la mitad de los globos estallan y los instrumentos descienden suavemente a la tierra.

G-300-7



*Triunfante
en Europa
y Ahora en la
Argentina*

La nueva y

SENSACIONAL **GILERA** B-300 BICILINDRICA

Se impone
por su pique,
velocidad,
potencia,
elegancia
y fortaleza.

Características técnicas:
Motor de 4 tiempos, bicilindrico,
de 300 cc.
Velocidad máxima: 130 km. p/h.
Potencia: 12.5 HP.
Válvulas a la cabeza
Capacidad del tanque: 16 litros
Consumo de combustible: 3 litros
cada 100 kms.,
según normas C. U. N. A.
Velocímetro cuenta-kilómetros
incorporado al farol delantero
Y todas las otras características
de diseño que distinguen
el nombre GILERA en todo
el mundo.

RESERVE LA SUYA *Agentes
de venta en todo el país*

GILERA
ARGENTINA
Bernardo de Irigoyen 546 - Bs. As.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

BORIS GARFUNKEL E HIJOS S. A. Bartolomé Mitre 1824

ROBERTO BERLINGIERI S. A. Hipólito Yrigoyen 1602